EL TEATRO

ESPAÑOL, PORTUGUÉS, FRANCÉS, ITALIANO, INGLÉS, ALEMAN Y AMERICANO.

TEATRO AMERICANO.

COMEDIAS

DE

DON JOSÉ MÁRMOL.

MADRID:
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERI,
PLAZA SANTA ANA, 10.

BARCELONA:
EL HISPANO-AMERICANO,
CALLE STA. MÓNICA, 2 BIS, BAJOS.

1876.

ES PROPIEDAD.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, números 21 y 23.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

DON JOSÉ MÁRMOL.

D. José Mármol, poeta y escritor argentino, nació en Buenos-Aires el 4 de iciembre de 1818. Destinado por sus padres á la carrera de las letras, hizo us estudios en las escuelas públicas de Montevideo y de Buenos-Aires.

En 1838, cuando ya sobresalia entre sus compañeros por la generosidad le su carácter é instruccion, corrió la triste suerte de otras muchas personas listinguidas de su país, abriéndose á su inocencia las puertas de los calabozos olíticos. A falta de tintero, Mármol escribia con carbones, en las paredes de u prision, este cuarteto contra Rosas, su injusto opresor:

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
Bárbaro! nunca matarás el alma,
No pondrás grillos á mi mente, no!

Habiendo obtenido su libertad y burlado las pesquisas de los sectarios del dictador de Buenos-Aires, viajó por la República Oriental, Brasil, Perú y Chile, dándose á conocer por sus trabajos literarios. Derrotado Rosas por los ejércitos que habian organizado sus enemigos, abandonó ignominiosamente al país que tanto habia hecho sufrir con sus crueldades, permitiendo este suceso regresar á sus hogares á todos los que habian sido perseguidos, siendo de los primeros en verificarlo el ya entonces célebre poeta D. José Mármol.

No es de este lugar enumerar los cargos públicos que ocupó, ni reseñar los mportantes servicios que prestó á la República argentina, por cuyo motivo sólo nos ocuparemos de Mármol considerado como literato. Sus composiciones nás notables son: *los Cantos del Peregrino en el mar*, que tiene páginas admirables que honran á la literatura americana; *El 25 de mayo de* 1843; los célebres dramas *El poeta* y *El cruzado*, representados en Montevideo con grande aplauso, y la interesantísima novela *Amalia*.

Para conocer el carácter de las poesías de Mármol basta leer la siguiente ntroduccion que puso al frente de ellas en la edicion hecha en Buenos-Aires, en 1854:

«Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolucion argentina, y como si ambas hubiesen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos, cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la utitidad y el sentimiento, abrillantada por la imaginacion.

721165

»Enérgica, expléndida, orgullosa como los triunfos militares, como las gl rias patrias que cantaban, la Musa de la Independencia es la historia rima de su tiempo.

»Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al son de cuy cadenas se inspiraba, la Musa de la Libertad, proscrita y desgraciada como ell ha puesto tambien sobre las sienes de la patria la corona de su época salpica de lágrimas y sangre.

»Las poesías de que hoy hacemos una edicion completa pertenecen al rei de esa última; pertenecen á esos suspiros del corazon enviados desde el extra jero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, ó en el rayo tierno y m lancólico de la luna; á esas armonías del sentimiento con que nuestros poet revelaban la desgracia de la patria, y esperanzaban en el porvenir durante larga noche de la esclavitud.

»Peregrinos siempre, hoy en unas playas, mañana en otras; pobres, dese peranzados hoy; mañana chispeantes de contentamiento y de esperanzas; suj tos siempre á lo que el destino, frio como un cálculo, queria hacer de su sue te, los poetas y los escritores emigrados no han podido, ni posible fuera, tra á su patria obras completas y perfectas. Trabajando con los estímulos del cor zon, hijos de una época tormentosa de suyo, y sujetos á una fortuna person incierta, no han traido y depuesto á los piés de su amante comun sino un p ñado de flores de todos climas y de todos tiempos, plantadas por la esperan combatidas por el martirio, y recogidas por la fé y el amor.

»Todos, pues, han cumplido con su mision. Huérfanas y descoloridas, s más unidad que el sentimiento, ahí van las mias. Flores silvestres para tod yo las amo mucho sin embargo, porque cada una me recuerda lágrimas ó e peranzas que cayeron en mi corazon, en aquellos tiempos en que la vida e una lucha perpétua entre el presente y el porvenir, y de cuyo choque brota esa luz esplendente de poesía y de grandeza que hoy nos falta.»

Algunas de las poesías de Mármol son ya conocidas y populares en Espa por haberse incluido en una biblioteca que está en publicacion (1), pero s dos celebrados dramas *El poeta* y *El cruzado* pocos son los que tienen conoc miento de su existencia, no por faltarles mérito y bellezas, sino por carec nuestro país de una edicion que por sus condiciones económicas las hicie asequibles á todos. A obviar esto ha sido el objeto porque se ha empezado la c leccion de *El Teatro Americano* insertando dichas producciones de Mármol. I aventajados juicios que de ellas han formado reputados escritores extranjer prueban que su autor estuvo acertado en el desarrollo del plan, inspirado su concepcion y que cumplió con todas las reglas del arte dramático; y el éx alcanzado en los teatros de Montevideo, demuestra palpablemente el aciert justicia de la crítica en ensalzar estos dramas.

---

(1) Biblioteca hispano-americana, t. II.

EL CRUZADO.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

LUIS VII.
ELEONORA, esposa de Luis.
ALFREDO.
CELINA.
ALBERTO.
RAIMUNDO, rey de Antioquía.
EBRARDO DE BARRES, G. Maestre de los Templarios.
BERNARDO.
GILBERTO.
EL G. MAESTRE DE LOS HOSPITALARIOS.
JAIMAR.
DANIEL.
ISABEL, Condesa de Nevers.
PAJE 1.º
PAJE 2.º
CABALLERO 1.º
CABALLERO 2.º
Damas, caballeros, escuderos, soldados de la cruz, soldados musulmanes.

La escena pasa en Asia por los años de 1142 á 44.—El primer acto en el desierto, el 2.º, 3.º y 4.º en Antioquía, el 5.º junto á los muros de Damasco.

ACTO PRIMERO.

Tienda de Campaña—pequeñas mesas con pebeteros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO Y CELINA.

CELINA *con un lujoso traje oriental, dormida sobre cojines de damasco:* ALFREDO *á sus piés.—Va amaneciendo y se oye el siguiente canto:*

«Ven, aroma de la Arabia,
Rica perla de Basora,
Ven, que mueren las estrellas
Porque aparece la aurora
Como vapor de azahares
Se exhale tu dulce sueño;
Despierta, desde la Meca
Quiere mirarte tu dueño
«Va la oracion á rezarse
Alá es grande, poderoso,
Con hurís de ojos brillantes
Tiene un serrallo precioso
Ven, hermana de Nourddin,
A ofrecerle tus amores;
Ven, despues irás al baño
Y á la gruta de las flores.»

CEL. Esperad: pronto á vosotros
Irá á reunirse Celina,
Y saludará la Meca
Besando la arena tíbia.
Pero, esperad: aquí tengo
Otro Dios del alma mia;
A él el primero le debo
La voz primera que diga.
¡Cuán agitado sueño!
¡Cómo el corazon palpita
Con vigoroso poder!!
Aun en su rostro se mira
La expresion de las pasiones
Que al lado de su Celina
Le conmovieran el alma
Noche de amor y delicias,
Palmeras que habeis servido
De dosel á nuestras dichas;
Brisa sutil del desierto
Que habeis llevado las chispas
De nuestras almas de fuego;
Desierto que las abrigas;
Cielo, espacio, flores, vientos
Repetid las armonías,

Con que vibraron anoche
Nuestras dos almas unidas.
Profeta de Alá que diste
Tu misma alma á tus hijas,
Tú que de amor los alientos
Por el desierto deslizas,
Y se arden los corazones
Al punto que los respiran;
Infunde en este europeo
La luz de fé que me guia,
Y más que ama á los mortales
Sepa adorarte...

ALF. ¡Celina!

CEL. Alfredo!

ALF. Dueño del alma,
Aun en mis venas se agita
La dulce mágia que anoche
Por mis venas discurria!
¿Y tú, bien mio?

CEL. De oro,
Y de imágenes floridas
Han sido mis sueños.

ALF. Ah!
Le plugo á la suerte mia
Entremezclar en los sueños
De esta noche peregrina,
Recuerdos tristes, amargos
De mi desgraciada vida.....

CEL. Siempre agitado..... soñando
Con esa nube sombría
Que ya pasó.... ¿No se calman
Tus penas con las delicias?
¿El presente no es de flores?
¡Ah! tú no amas á Celina!

ALF. ¡Qué no te amo! ¿Qué dices?
Cuando el sol más ilumina,
Dí que está negro el espacio;
Y en la noche más umbría
Dí que brilla el firmamento;
Dí que el desierto no anida
Un grano solo de arena,
Dí por fin que el alma mia
No está en mi pecho encerrada,
Y dime despues, Celina,
Que estoy mintiéndote amor.

CEL. ¡Encanto del alma!

ALF. Mira,
Hay en el mundo una tierra,
(Mal mi lengua la apellida)
Hay un bello paraíso
Llamado Italia, y la vida
Recibí sobre su suelo.
El sol que en su cielo brilla
Derrama rayos de amores,
Que al alma más abatida
Alientan con su calor.
El aire que se respira
Es suave y perfumado,
Y compararlo podria
Tan solo con tus alientos.
Pues bien, traje con la vida
Todo el amor que se encierra
Bajo ese celeste clima:
Ardiente y sensible el alma
Como su sol y su brisa.....

CEL. Y qué! ¿mi amor no es bastante?

ALF. Aun no he concluido, Celina.
Si era sensible mi alma,
Tambien un deseo habia
Muy violento el de la gloria.
Pero esa gloria, Celina,
Grande, bella, que la fama
Publica de clima en clima,
Haciendo que al escucharla
Doblen todos la rodilla....
Miré brotando de Europa
Las huestes que el Asia altiva
Debian pisar la frente,
Para vengar la justicia
De mi Dios. En el momento
Mi alma quedóse cautiva
Bajo mi fuerte armadura,
Y en su cárcel presumía
Mundos de gloria y laurel.....
De los primeros la orilla
Pisé del Bósforo, y pronto
Tambien con planta atrevida
Pisé el primero esta arena;
Y el primero que hizo trizas
Contra el musulman la lanza,
Tambien fuí yo: pocos dias
Bastaron, ya mi nombre,
Que tan oscuro vivia,
A iluminarse empezaba.
Ah! ya lo sabes, Celina,
Esa aurora tan hermosa
La eclipsó la suerte impía,
Poniéndome entre cadenas.....

CEL. Hierros que la pasion mia
Ha destrozado al momento.....
Quizá al mirarte te envidian
Los mismos que te vencieron,
Y ¡ay! que seria maldita
La suerte del que te ajára!
Te rindió mi comitiva
En la marcha que seguimos
A Edesea, y ese dia
Verte y amarte, mi Alfredo,
Fué un relámpago en mi vida.
Mi religion y costumbres
Conspiraban á mi dicha,
Pues ni el hablarte siquiera
Sin crímen me permitian;
Pero mi amor, mis riquezas,
Y un alma con osadía
Te trajeron hasta mí.
Y haciendo á mi comitiva
Marchar lenta en el desierto,
Dias de amor y ambrosía
Nos alumbra el claro sol:

Quizá se expone Celina,
Pero ¿qué importa? Mi hermano
Me ama; pero si atrevida
Su mano mi amor tocara,
Con astucia ó valentía
Te arrancaré de Edesea;
Y solo con tu Celina
Vagarás por el desierto,
Teniendo el sol por cortinas
Y por lecho las arenas.
¿Qué me importa pedrerías
Si hallo el brillo de tus ojos?
¿Qué me importa cachemiras,
Si me ciñes con tus brazos?

ALF. Ah; si á tu lado las dichas
Del amor me han embriagado,
Si el alma parece henchida
De amorosas sensaciones,
Tiene una parte vacía,
Y es la parte de la gloria.

CEL. Huye esa idea mentida.
¡La gloria! ¿La hallas, Alfredo,
En dejar tu espada tinta
En la sangre de inocentes?
En hombres de cuya vida
No recibiste una ofensa?
¿O es gloria que solicita
Ese Dios que reverencias,
Teñirse en sangre, y la vida
Perder despues? Sí, perderla;
Porque si en el Asia pisan
Millares de tus legiones,
Serán al fin confundidas
En nubes de hijos de Alá,
Cual caravanas que espiran
Envueltas en el desierto
Con su arena movediza.

ALF. Calla.

CEL. ¿La gloria deseas?
Yo te daré en solo un dia
Cuantas riquezas el Asia
En su vasto suelo abriga.
Tantos esclavos que el eco
De tus expresiones sigan,
Como hay cedros y palmeras
Del Líbano en las orillas...
Soy la hermana de Nourddin,
Y apenas que yo lo pida,
Mi hermano traerá á mi tienda
Cuanto en el Asia se mira...
¿Pretendes felicidad?
Sobre aromas las más ricas
De Arabia, será tu lecho;
Y de esencias esquisitas
Perfumada tu cabeza,
Desdeñando cachemiras,
Caerá en mis brazos, Alfredo.

ALF. ¡Angel de amor y delicias!

CEL. Mi Dios, el tuyo, el que hizo
El universo y la vida,
Cualquier que sea, las almas
¿Por qué nos dió tan activas,
Tan llenas de amor y fuego,
Sino porque amar debian?
Si es un crímen que se amen
Un nazareno y la hija
Del Profeta, díme, entonces
¿Por qué no rompe la liga
Con que se anudan sus almas,
Y perturba la armonía
Que hay en ambos corazones?
Entonces concentre, oprima
Cada uno dentro del pecho,
Cual sobre arena temida
Está el Alfáltites lago
Sin que sus aguas malditas
Se rocen con agua alguna.

ALF. ¡Ah! Celina, tú deliras!

CEL. Tan solo amor en la tierra
Por donde quiera se mira.
El leon ruge en el desierto,
Pero manso en su guarida,
Tiene su amor; ruiseñores
Cantan de amor la armonía
Sobre las palmas gigantes;
Y al amanecer el dia
Las frescas flores miramos
Mecidas por blanda brisa,
Cual mecidas por amor...
Esta es la gloria más rica,
La del amor, ella sola.

ALF. ¡Ah! ten compasion, Celina;
Si no quieres que yo mismo
Me aborrezca y me maldiga,
No perturbes mi cabeza
Con tus bellas fantasías...
No mates, no, este deseo
Con el que mi alma delira;
Déjame creer que me espera
Esa ambicionada dicha
Que me han robado los tuyos:
Déjame creer que ofendida
Tengo la causa de Dios,
Y que mi perdón vendria
Con los golpes de mi acero:
Consuélate, mi Celina,
Con saber que te idolatro
Y que solo tus caricias
Han conseguido que mi alma
En dos partes se divida...

CEL. ¿La una?

ALF. La de la gloria.

CEL. ¿La otra?

ALF. La de Celina.

CEL es guarda, Alfredo, que venza
La de la gloria á la mia,
Que si el amor nos engendra
Cual ninguno, nuestro clima,
Tambien engendra pasiones
De fuerza tan desmedida,

Que á veces como un torrente
Del pecho se precipitan.

ESCENA II.

DICHOS *y* JAIMAR.

(*Desde que Celina ve á Jaimar se echa el velo á la cara.*)

JAIM. Hermana de Nourddin, rey del desierto,
Sea con vos la gracia del Profeta;
Pero el Dios del Profeta vuelve el rostro
A quien no lo dirige hácia la Meca.
Las aves han cantado, y el Oriente
Tiene color de púrpura y de perlas,
Y se ven las palmeras del desierto.

CEL. Así como dá luz en las esferas,
La derrame, Jaimar, en sus creyentes.
(*A Alfredo.*)
Un momento no más, aquí me espera.
(*Váse Celina.*)

ESCENA III.

ALFREDO *y* JAIMAR.

JAIM. Quien habita bajo el techo
En que el musulman habita,
Paz del Profeta bendita
Debe reinar en su pecho.
Hermano, paz en los dos.

ALF. Contigo esté ella tambien.

JAIM. Siempre me hablas con desden,
Y por cierto que veloz
Nunca blandimos la lanza,
Ni en encontrada carrera
Caí de mi yegua ligera
Por fuerza de tu pujanza.

ALF. Suerte tuviste, por Dios,
Y suerte tuvo tu yegua,
Pues habria corta tregua
Entre estar vivos los dos,
Y pasar á los infiernos,
Donde Mahoma estará.

JAIM. Maldita tu lengua está!!
Bajo los astros eternos
No hay quien así me insultara
Sin caer su cabeza al suelo!
Mal correspondes al celo
Con que afable te tratara,
Quien viéndote prisionero
Mandarte puede entre esclavos.

ALF. Entre cordeles y clavos
Desearia estar primero,
Que tener siempre á mi lado
De Satanás la evidencia.
Infiel, cesa tu insolencia,
O por el Cristo enclavado
Que cesarás de vivir.

JAIM. (Alá contenga mi rabia).
Nazareno, aunque me agravia
Cuanto acabas de decir,
Y aunque al Profeta le pido
Te rescaten tus hermanos
Para que puedan las manos
Suplir al lábio atrevido,
Daré tregua á mi furor;
No se dirá que Jaimar,
En quien no puede matar,
Empleó nunca su valor.
En paz debemos estar.

ALF. Condenado del cristiano
Que á un perro infiel dé la mano;
De guerra me place hablar.

JAIM. Pero el perro ha dividido
Su agua con el nazareno,
Pudiendo darle veneno
Que tiene bien merecido.
Le llamas perro é infiel
Cuando eres su prisionero,
Y él desnudará el acero
Para defenderte fiel.
Cuando el alfange en la mano
Tiene osado en la pelea,
Él en cortar se recrea
La cabeza del cristiano:
Se revuelve en las legiones
Con el ímpetu del rayo,
Y á los piés de su caballo
Caen víctimas á montones.
Pero cesa la contienda,
Y al prisionero cristiano
El perro tiende la mano
Para llevarlo á su tienda.
¿Quieres contarme otro tanto
De tus frailes y tus reyes?

ALF. Cual tú, respeto las leyes
Que he jurado por Dios santo
Al venirlo á defender.
De mí será protegido
El hombre que está rendido,
El niño, anciano y mujer.

JAIM. Me place el oirte así,
Pues que todos tus hermanos
Parecen tigres hircanos,
No se asemejan á tí.
Pero al Profeta esta vez
Se ha escuchado en el desierto:
Mañana vivirá el muerto
Y el vivo caerá á sus piés.

ALF. Explícate, por Dios bueno,
No comprendo esa figura.

JAIM. Te hablaré con lengua pura;
Escúchame, nazareno;
Aun era jóven mi abuelo,
Y las palmas que has mirado,
Con un tronco muy delgado
Se levantaban del suelo;
Cuan vino un rey.... se llama....

Muy mal en mi lengua suena....
(*Recordando.*)

ALF. Dí Godefroy de Lorena;
Pero te engañó la fama
Si te dijo que era rey.
Fué un capitan que á tu tierra
Trajo la primera guerra
Para imponerla la ley.

JAIM. A los muros de Nicea
Se dirigió con su gente,
Amenazando imponente
De triunfar en la pelea;
Y triunfó cual lo quería,
Que el Asia no imaginaba
Que cuando quieta se estaba
Su sangre derramaría.
Como fieras tus hermanos
A la ciudad se lanzaron,
Y en un momento asolaron
Cuanto tocaron sus manos;
Que del Profeta malditos,
Sedientos de sangre humana,
Con la sangre musulmana
Saciaron sus apetitos.
De Soliman, el turbante
Su hijo en la frente tenia,
Y se acordó descendia
Del más precioso diamante.
Quiso al fuerte contener,
Pero hubo signos fatales,
Y en dos batallas mortales
Perdió todo su poder.
Entonces vuestras legiones,
Con la victoria altaneras,
Ya les fué poco ser fieras,
De sangrientos corazones;
Fueron montes despeñados
Que por el Asia rodaron,
Y á la arena nivelaron
Los pueblos más empinados.
¡Jerusalen! era el grito
De sus labios, tan impuros;
Y fueron dentro sus muros
A consumar su delito.
A Istilchar desde su trono
Lo arrojaron insolentes,
Y en sesenta mil creyentes
Satisfacieron su encono.
Los hijos de Jesucristo
(*Con ironía.*)
Solo el sepulcro quisieron!
¿Sabes, hermano, qué hicieron?
A cual más estuvo listo
Para tomar diligente
Todos nuestros ricos dones,
Convirtiéndose en ladrones,
Los mejores de tu gente.
(*Con desprecio.*)

ALF. ¡Infiel!

JAIM. Oye, nazareno.
No miente mi labio, no;
Tu gente se repartió
Todo cuanto hallara bueno;
Y en los pueblos de Ismael
Hubo dueño sin turbante.
Por Alá ¡ya era bastante
Apurar tanto la hiel!
Y hasta los granos de arena
Empezaron desde entonce
A brotar brazos de bronce
Que ya rompen su cadena.

ALF. ¡Miserable! ¿has olvidado
Que si una está acabada,
Otra segunda cruzada
Por el Bósforo ha pasado?
¡Pobre de tí! me dá risa
Tu petulante esperanza:
Cuando de cristiana lanza
No hubiese ni leve triza,
Sabe infiel que desde el cielo
Caerán rayos sobre tí.

JAIM. ¡Por Alá! te presumí
Sin un tan oscuro velo!
¿Sabes en qué estado estamos?
¿Sabes algo de Nourddin?
Pues es espacio sin fin
En quien todos habitamos;
Es un rayo que esta vez
Anda cruzando el desierto;
Mañana vivirá el muerto,
Y el vivo caerá á sus piés.

ALF. Taimado eres, vive Dios!

JAIM. Tu Joselin tan temido,
Sucumbió, cobarde ha huido.

ALF. Maldita sea tu voz.

JAIM. Jerusalen la consume
La peste y sed.

ALF. Lidiará.

JAIM. Antioquía sola está
Con un rey que más presume
De ser en fiestas lujoso
Que esforzado en la batalla.

ALF. Mientes.

JAIM. Y tambien se halla
Vuestro gefe tan brioso
Con el resto de su gente
En Antioquía danzando,
En vez de estar batallando
Si presume de valiente.

ALF. Aun se encuentra en Antioquía!
Francés cobarde, tu espada
Siempre la tendrás manchada
Con traicion ó cobardía!
Pero, me engaña tu labio,
Luis en la ciudad no está!

JAIM. Maldito será de Alá,
Díjole á mi padre un sabio,
Quien el cerco de marfil
Lo empañe con la mentira.
(*Se oye dentro una grande algazara.*)

ALF. Más, qué hay?
JAIM. Quieto respira.
Cristiano ven hácia aquí.....
(*Se asoman por una de las cortinas de la tienda.*)
Ya lo comprendo; á mi gente
Un hamako ha visitado.
ALF. Y qué hacen de él?
JAIM. ¡Desgraciado
Del musulman que insolente
Con sus manos le ofendiera!
Favorecido de Alá,
La luz en su mente está:
Y en los astros de la esfera
Sabe leer el porvenir;
Es un cristiano ¿lo ves?
ALF. Un cristiano?
JAIM. Quieres verlo?
ALF. Allá no, y.....
JAIM. Haré traerlo,
(*Toca un pito y aparecen varios musulmanes con sumo acatamiento*).
Algo nos dirá tal vez.
Agua y tienda al inspirado:
(*A los turcos.*)
El hamako á mi presencia. (*Vánse.*)
ALF. (Que me admira su clemencia!
Seria un hombre abonado,
Sin su terca ceguedad.)
JAIM. Mira el hamako, cristiano.
Su espíritu sobre-humano
Refleja la eternidad.

ESCENA IV.

ALBERTO *y* DICHOS.

(*Alberto sale vestido con una túnica blanca y un jubon de pieles hasta la rodilla.—En la mano derecha trae un chicote de ramales, y en la izquierda un libro...*
ALF. Dios de mi alma!
(*Hace esta exclamacion al reconocer á Alberto.*)
ALB. Salud
Y paz de Dios en el suelo.
ALF. El es.
JAIM. Y luz en la mente
De quien protege mi dueño.
ALB. (Perro infiel, maldito seas.)
Hay fuego en el firmamento,
(*Con tono de inspiracion y sacudiendo el chicote.*)
Fuego en lo hondo de la tierra:
Los leones del desierto
Ya perdieron su guarida,
Ya revientan los truenos;
Mortales, temblad, huid.
JAIM. Inspirado está!
ALB. Yo quiero
Que se obedezca mi voz:
El hijo de los desiertos
Salga al punto—el cielo tiene
Pintas rojas, torvo ceño.
JAIM. Sumision al inspirado.
(*Hace una profunda reverencia y se vá.*

ESCENA V.

ALFREDO *y* ALBERTO.

(*Alberto arroja el chicote y el libro.*)
ALB. Contigo vaya al infierno,
Descendiente de Luzbel.
ALF. ¡Marqués de Verona! (*Se abrazan*)
ALB. ¡Alfredo!
ALF. A qué has venido, por Dios!
ALB. Buena pregunta, por cierto!
A perecer á tu lado,
O á librarte en el momento.
ALF. Retírate, Alberto, huye.
ALB. Airoso fuera el regreso!
Oye: supe en Antioquía
Que con gran acatamiento
Entre estos perros estabas,
Merced al raro deseo
De la hermana de Nourddin,
Quien con su poder inmenso
Te daba su proteccion
Y favor á un mismo tiempo.
Supe tambien caminabas
Entre soberbio cortejo,
Con direccion á Edesea,
Atravesando el desierto.
Bien conoces los Templarios:
Sabes que no tienen cielo,
Ni fé, ni patria, ni Dios,
Si en la patria, Dios y cielo,
No encuentran oro y placer.
Pues yo con el valimiento
Del rescate de Celina,
Y pintándoles lo bello
De un rostro de serafin,
Conseguí que en el momento
Se armáran cien, nada más;
Pero cien de tanto empeño,
Que muy cerca se quedaron,
Mi seña esperando luego,
Entre un bosque de palmeras
Que de aquí no se halla lejos.
ALF. No la darás, no.
ALB. ¿Qué dices?
ALF. Huye..... propon otro medio
Cualquiera; mas no imagines
Salvarme del cautiverio
Por medio de una bajeza.....
Celina!
ALB. No te comprendo.
ALF. Si sus mercenarias manos
La tocaran, con mi acero
Antes juro se hallarian.
ALB. ¿Has perdido el juicio, Alfredo?

Maldito si una palabra
De cuanto dices comprendo!

ALF. Escucha: tú eres tan solo
El único á quien mi pecho
Supo darle su amistad;
La misma patria tenemos,
El mismo honor en el alma,
Y ambos somos caballeros
Y soldados de la cruz.
Pues bien, te suplico, Alberto,
Que al instante te retires
Si has de quebrantar mis hierros,
Poniéndolos en Celina.

ALB. ¿Y de dónde tal empeño,
Alfredo ¿por una... ¿acaso?...

ALF. Acaso la amo, sí, Alberto.

ALB. (*Con dignidad.*) Ya por Dios, lo imaginaba!
Mas no me creas tan nécio
Que porque la amas te culpo:
Te culpo, mal caballero,
Que por amores olvides,
Tus sagrados juramentos.
Vive Dios, que mal le viene
Traer uno cruz en su acero
A quien no sabe templarlo
Con los soles del desierto!
Vive Dios, que mal le plugo
Pedir la cruz á Eugenio,
Quien á profanar de Cristo
Viene los sagrados restos!

ALF. Alberto....!

ALB. No de las tumbas,
Bohemundo ni Tancredo
Vuestras ánimas alceis;
Quedad en eterno sueño,
Pues que hay algun italiano,
Que olvida que es caballero,
Por acordarse que es hombre.

ALF. Calla el lábio que mi pecho
Con tus voces lo taladras.

ALF. Mientras regalas tus sueños
Con mujeriles halagos,
Están aguzando el hierro
Tus hermanos; y mañana,
Batallando en los desiertos
Por el Redentor del hombre,
Con la sangre de sus pechos
Matizarán sus laureles,
Para su nombre, cogiendo
Aplausos, y para su alma
La salvacion en el cielo.

ALF. Alberto.

ALB. (*Con ironía.*) Mas esta gloria
Es muy poca para Alfredo...
Pues los brazos de una infiel,
Ah! es un brillante trofeo.

ALF. Basta.

ALB. Sí, todos mañana
De hinojos nos postraremos
Ante el sepulcro de Cristo,
Mostrándole nuestro acero
Teñido de sangre infiel,
En tanto que el noble Alfredo
Se afinojará delante
De su maga en el desierto.

ALF. La seña, pronto, que vengan.

ALB. ¿Para qué? quizá tu acero
Contra mi pecho se vuelva,
¡Como es un hecho tan bello
Defender los musulmanes!

ALF. La seña.

(*Se siente mucha algazara.*)

ALB. ¿La oyes Alfredo?

ALF. ¡Cómo! ¿qué?

ALB. Ya de esperarme
Se habrán cansado los nuestros,
Y están ahí. Mas, si quieres...

ALF. No, que vengan. Un acero.

ALB. Toma...

(*Se despoja de la túnica y el jubon, quedando con su armadura de caballero cruzado, y le dá una espada que habrá traido oculta.*)

ALF. ¡Celina!

ALB. No temas
Ambos de ella cuidaremos.

ESCENA VI.

CELINA *y* DICHOS.

CEL. Alfredo, pronto seguidme;
(*Con mucho valor.*)
Son los tuyos, pero el viento
No atravesará más raudo
Que nosotros el desierto;
Ven.

(*Hasta el fin del acto el diálogo y la accion se llevarán con la rapidez posible.*)

ALF. ¡Celina!

ALB. No: la gloria
Tiene más alas que el viento:
Ella es hora quien te llama.

CEL. ¿Quién eres tú, nazareno?
¿Quieres seguirnos? venid.
Tambien tendrás al momento
Esclavos que te defiendan,
Y un alazan más ligero
Que el relámpago y el rayo.
(*Se oye más cerca el estridor de las espadas.*)
¿Qué haceis? están combatiendo:
Los instantes son preciosos;
Ya se acercan.
(*Quiere tomar de la mano á Alfredo.*)

ALB. Deteneos.
(*La separa de Alfredo.*)

.....

ESCENA VII.

DICHOS, JAIMAR, *algunos musulmanes.*

JAIM. Alá no escucha á sus hijos:
Huyamos, con vuestros pechos
(*A los musulmanes.*)
Guardadla—mas tú conmigo...,
(*Dirigiéndose á Alfredo.*)
ALB. Conmigo tú.
JAIM. Nazareno!
Traicion infame..., tu vida. (*Se baten*).
ALB. La tuya será primero. (*Le hiere.*)
JAIM. ¡Ah!

ESCENA VIII.

DICHOS, EBRARDO DE BARRES *y algunos Templarios.*

EBR. (*A los soldados*). Sobre ellos vosotros.
Allí está.
(*Se acerca á Celina y la toma del brazo.*)
CEL. Favor, Alfredo.
ALF. Gran Maestre de los Templarios,
Respetad....
ALB. Calla.
EBR. Silencio;
Respetad vos, italiano,
La Cruz que teneis al pecho.

ACTO SEGUNDO.

Salon regio en el palacio de Antioquía.—En el fondo dos tronos, de en medio de los cuales caen dos banderas, la una blanca con una cruz negra, la otra tendrá dibujada una mujer hincada, suelto el cabello, dolorido el rostro, teniendo sobre su cabeza esta inscripcion.—

«AFFLICTÆ SPONSÆ NE OBLIVISCARIS.»

Al pié de los tronos dos hileras de sillones: una puerta secreta que ocultan los tapices, al fondo; á la derecha del actor la de entrada, á la izquierda la que vá á lo interior del Palacio.

ESCENA I.

LUIS *y* ELEONORA *en el trono de la derecha,* RAIMUNDO *en el de la izquierda.*—JILBERTO, EBRARDO, *el* GRAN MAESTRE *de los Hospitalitarios; el fraile* BERNARDO *y demás caballeros ocupando los sillones: los guardias desfilarán desde el último sillon hasta la puerta de entrada,*—LUIS *y* RAIMUNDO *coronados y con mantos reales; los demás, excepto* BERNARDO, *armados de caballeros cruzados.*

LUIS. Príncipes y señores, fuera mengua,
Que aun á menos que rey, á caballero,
Desluciera el honor de sus blasones,
Si no sintiera arder dentro del pecho
La purísima llama que os anima.
Sobre el trono de Francia mis abuelos
Dos siglos se sentaron, y ni un dia
Sobre el trono de Francia se echó ménos
La fé de caballero y de cristiano.
Vine, como vosotros, al desierto
Para purgar las culpas de mi alma,
Y ganar con los golpes de mi acero.
Del soldado la prez y nombradía
Quiero, como vosotros, al momento,
Ver de Jerusalen los altos muros,
Y ayudar á su rey con mis esfuerzos
Á la defensa del sepulcro santo.
Pero ya os lo repito; mis deseos
Tienen hoy un poder que los estorba:
Dentro de pocos dias, satisfechos,
Indicaré la marcha, y victoriosos
Desde el Calvario la ciudad veremos.
RAIM. Dios, que tiene en sus manos lo creado,
Y ve en lo mas oculto de los pechos,
Niegue la salvacion al alma mia,
Si engañaros quisieran mis acentos.
Ya dimos reverencia á las razones
De nuestro huésped real; él sin recelo
Saliera en el instante de Antioquía,
Si asuntos que no es dado penetremos,
No hicieran detenerlo en su carrera.
Entónces, Nos el Rey, que justicieros
Mandamos nuestra ley en Antioquía,
Sin desmentir los santos juramentos,
Prestamos nuestro voto á que demore
Luis séptimo de Francia su alto empeño.
EBR. Un mes y nada más.
OTROS. Un mes tan solo.
LUIS. Aun ántes creo yo que marcharemos.
¿No lo cree así tambien mi real esposa?
(*Con cierta intencion.*)
ELEO. Si cual vosotros el pesado acero
No soportan mis manos, cual vosotros
Soporto las fatigas del desierto,
Y desde el manso Sena hasta el Oronte,
Sabeis que á los cristianos caballeros,
Cual cristiano tambien les acompaño;
Pero cuando palpitan en mi pecho
Por mi esposo deseos de su triunfo,
Tambien para que sea sin recelos
Creo que su demora en Antioquía
Conveniente le es; y si en el pecho
De Adalides tan nobles y cumplidos
De una mujer se escuchan las acentos,

Como mujer, no como reina, pido
Se levante el consejo, y que de acuerdo
Demoremos un mes nuestra partida.
(Todos hacen accion de levantarse.)

BER. Deteneos, señores, un momento
Del más humilde siervo de la Iglesia
Escuchad la palabra..... Qué! ¿del cielo
Ya no baja la luz á vuestros ojos?
Demorar! ¿para qué? ¿El Padre Eterno
Os demora la luz, el agua, el aire.
Y su divino amparo en los desiertos?
¿No es por su hijo, Redentor del hombre,
Que vais á combatir? Acaso el miedo
Detiene vuestros pasos? Ved, cristianos.
(Enseñando el hierro de una lanza).
La lanza que de Cristo el santo cuerpo
Por vosotros hirió..... Ved, de su sangre
Hay manchas en los filos de este hierro.
Mis manos se extremecen al tocarlo,
Y tiemblan, y temblais, y el orbe entero
Creo que se oscurece ante mis ojos.....
Acaso ya retumba por el cielo
La trompeta final..... chocan los astros,
La tierra se revienta y de sus senos
Las ánimas con vida se levantan,
Y de hinojos los vivos y los muertos
Caen ante el Señor.... creo que escucho
La terrible pregunta del Eterno:
Cristianos! ¿Qué habeis hecho? y vuestro [labio,
Perdon, Dios mio, repetir con miedo.
(Algunos caballeros).
Jerusalen! Jerusalen!

BER. ¡Cristianos!
(Voces dentro).
Jerusalen! Jerusalen! marchemos.

LUIS. Reverendo Bernardo, vuestras voces
Llegan como de Dios hasta mi pecho.
Yo sabré obedecerlas.

BER. Rey de Francia!
Recuerda que pisaste los desiertos
Para purgar tus crímenes de sangre;
Recuerda que los filos de tu acero
Enrojecieron de Vitry los campos;
Y que tu mano fratricida, el fuego
Puso en los pueblos de tu patria misma;
Y solo tu perdon concede Eugenio,
Si lidias por Jesús, de lo contrario.
Del Vaticano acaso algun acento
Puede pulverizarte, rey de Francia.

ESCENA II.

DICHOS *y un* CABALLERO.

CAB. Príncipes y Señores del Consejo.
Una infiel á las puertas de Antioquía,
Con la señal de paz de un mensajero,
Acaba de llegar, él os saluda [to.
Y os manda el pergamino que os presen-
Se lo entrega á Luis doblando la rodilla.—Luis despues de leer el pergamino se lo pasa á Raimundo.

LUIS. Guerreros de la Cruz! el cielo santo
Derrama sus bondades en el suelo:
El Génio más tenaz del Islamismo,
El vencedor temible en Edesea,
El tigre asolador, Nourddin el fiero
Se humilla ante nosotros; solicita
Una hermana que dice que los nuestros
Han puesto entre cadenas: él en cambio
Nos ofrece cincuenta caballeros,
O el oro que al antojo le pidamos.
De esa mujer nosotros no sabemos.
¿Algunos de vosotros ha podido
Tal ventaja obtener en el desierto?
(Momento de silencio).

RAIM. Cincuenta caballeros nos ofrece,
¿Ignorais la valía de este precio?

LUIS. *(Al caballero).* Salid vos, caballero á nues- [tro campo,
Y en el nombre de Dios á los guerreros,
Y en el nombre de Nos, decid que pronto
La hermana de Nourddin venga á este [puesto.

RAIM. O si de los cruzados de Antioquía
Alguno nos dá indicios de su dueño.

ESCENA III.

DICHOS *y* ALFREDO *completamente armado y la visera calada.*

ALF. Uno hay aquí que lo sabe.

EBR. Mejor fuera recordara
El caballero (si acaso
Es caballero el que habla)
Que no se trae al Consejo
Tan corrida la celada.

ALF. Ebrardo de Bárres, (1) noble
Gran Maestre, muy estimada
Por mí será la advertencia.
Es efecto de la usanza
El que se me haya olvidado
Levantarme la celada,
Cosa que no me acontece
Cuando estoy en las batallas,
Y cosa precisamente
Que vos debeis ignorarla,
Porque nunca estais en ellas.

EBR. Por mi cruz y por mi espada
Que esa lengua tan audace.
Con mis manos la arrancara,
Si léjos de este recinto
Salieran vuestras palabras.

(1) Para mayor facilidad del actor damos á la pronunciacion de algunos nombres franceses el valor que tienen sus sílabas en castellano.

ALF. Buscadme lejos de él.
LUIS. Silencio, más moderada
Suelta tu lengua, cruzado,
Que te oyen en esta sala
El rey de Francia, y Raimundo.
Alza luego la celada;
Y, diciéndonos tu nombre,
Descubre donde se halla
La mujer que procuramos.
EBR. (*A Luis.*) Á quien á vos no os acata,
Mal puede creerse, Señor.
ALF. Obedezco, rey de Francia.
(*Se alza la celada*).
LUIS. ¿Tu nombre?
ALF. Varios tenia
Allá en Italia, mi patria;
Desde que he pasado el Bósforo
Tan solo Alfredo me llaman.
LUIS. ¿Caballero?
ALF. Por mi sangre
Y los golpes de mi espada,
Recibí el espaldarazo
Á los veinte años.
LUIS. Bien, basta.
Dinos ahora el paraje
De esa mujer.
ALF. Las palabras
Del noble Ebrardo de Barres
Serán más ciertas. ¿Gustára
De pronunciarlas acaso?
EBR. No os comprendo, y es ya tanta
La altivez de ese italiano,
Que mal viene al rey de Francia,
Y á los demás que escuchamos,
Sufrirlo con tal audacia;
La reina pide concluya
El Consejo. y su demanda,
Sin duda que se merece
Ser, por Dios, más acatada.
ELEO. Sí, lo pido... El caballero
Puede pasar á la estancia
De mi real esposo. En ella
Habrá momentos de calma
Para indagar de la infiel.
EBR. Ya lo oís.
ALF. (*A Luis*). De vuestra gracia
Pido, señor, un momento
Que me escuche.
ELEO. Ya que es tanta
De mi esposo la paciencia,
Rey Raimundo, en esta sala
Es vuestra voz la primera:
¿Quereis con valor alzarla
Y decir á ese cruzado
Que la audiencia está acabada?
RAIM. Señora...
LUIS. (*A Eleonora*). Cual vos, concibo
Que es necesario en mi estancia
Aclarar esta verdad...
ALF. No, gran señor, la cruzada
No tiene un solo soldado,
Que no pueda en esta sala
Pedir justicia á vosotros;
Y yo que soy...
EBR. De la Italia
Quizá algun aventurero.
¿No es verdad? Está ordenada.
Vuestra salida, marchad.
ALF. ¡Aventurero! (Mi espada
Tiembla de rabia en el cinto!)
Miradme bien, rey de Francia,
Mirad si estos mismos ojos
No viste que centelleaban,
En vez de miradas, rayos,
De Pisidia en las montañas.
Allí donde cual torrente,
Corrió la sangre cristiana,
Porque de armas no entendieron
Los guerreros de tu Francia.
Allí donde abandonado,
Solo tu brazo lidiaba,
Y en tanto que en el peligro,
Rey y religion dejaban,
Descendian á los valles
Los guerreros de tu Francia.
Allí, donde el que han llamado
Aventurero de Italia,
Fué solo quien con su cuerpo
De los golpes te escudara,
Y en sangre tintos sus miembros,
Y trozos hecha su espada,
Con su puñal solamente
Te hizo un muro en la montaña;
Mientras no habia á tu lado
Ni un guerrero de tu Francia.
Así señor, se batia
Quien es acaso de Italia
Algun vil aventurero:
Al tajo de cimitarras
Vertiendo rios de sangre,
Por librar un rey de Francia.
LUIS. Te reconozco, italiano,
Y nunca de mí olvidadas
Han sido tales proezas.
ALF. No, gran señor; olvidadlas.
De Italia los caballeros
No cobran por sus hazañas.
Cuando el Águila extendia
Del Capitolio sus alas,
Y del sol el rayo ardiente
Quebrado en ellas quedaba,
Nunca cobró por la sombra
Que al mundo daban sus alas.
LUIS. Concluye ahora... tú sabes
Lo que buscamos, mañana
Me informarás en secreto
Su destino.
ALF. Retardara
Hasta mañana en decirlo
Si pendiera en mis palabras;

Pero ya quizá se acerca
La mujer á quien se aguarda.
EBR. ¿Cómo?
LUIS. ¿Aquí?
ALF. Hace un instante
Que un héroe de la cruzada,
Que el hallar la prisionera
Tanto como yo deseaba,
Me hizo avisar que viniera
Al Consejo sin tardanza,
Á prevenir que traeria
Lo que tanto se buscaba,
Y que tan solo á los reyes
Les pertenece guardarla.

ESCENA IV.

DICHOS *y* UN CABALLERO.

CAB. El leal marqués de Verona
Pide permiso y aguarda
En las puertas del Consejo.
RAIM. Le están abiertas. (*Váse el caballero*).
ALF. Llegada
Es ya la hora, Gran Maestre.
Nobles señores, miradla.

ESCENA V.

DICHOS, ALBERTO *y* CELINA.

Celina no repara en Alfredo hasta que el diálogo lo indique.

ALB. Al consejo acatamiento,
Respetos á la corona:
¿Puede un Marqués de Verona
Hablar un solo momento?
LUIS. Es honra para el Consejo
El escuchar un valiente.
Hablad.
ALB. Con tal aliciente
Hablaré con más despejo.
Tres meses há que un guerrero,
Á quien le llamo mi amigo,
Combatiendo al enemigo,
Cayó herido y prisionero;
Y en pecho que de cristiano
Y de valiente blasona,
Más el coraje se entona
Cuando le falta un hermano.
Busqué el mio dia á dia
Por los vastos arenales,
Que no daban ni señales
De la huella que seguia;
Pero quiso Dios bondoso
Premiar mi constante anhelo,
Y al fin consiguió mi celo
Saber de él, venturoso.
Con solo cien caballeros
Que su ausilio me prestaron,
En el desierto brillaron
Los bendecidos aceros,
Y como es sabido ya
Que no brillan sin vencer,
Vencimos, y pude ver
Al que buscaba... Aquí está...
CEL. Alfredo!!
ALF. Calla!!!
ALB. Lo hallára
De una mujer prisionero,
Que compasiva al esmero
Como hermano le tratára.
Era mujer de valía
Y que la santa Cruzada,
En porcion muy estimada
Presumí que la tendria.
Pero en medio del combate
La arrebató un caballero,
Cuyo nombre no prefiero
Que de aclararse se trate.
Ocho soles han brillado
Y nada supimos de ella;
Pero hoy hallamos su huella
Y yo mismo la he tomado:
Si esto pesa al caballero,
Yo recogeré su guante,
Y su tan caro diamante
Le pagaré con mi acero.
Pero entretanto, al amparo
Pongo de vuestra real mano.
Esta mujer, cuyo hermano
Es el contrario más caro
De nuestra fé, es, señores.....
LUIS. Lo sé, marqués de Verona,
Y vuestro celo os abona
De nuestros altos favores.
Dínos tu nombre. (*A Celina*).
CEL. Celina.
LUIS. Y bien, Celina, tu hermano
¿Cuánto dará á un soberano
Por tu libertad?
CEL. ¿No atina
Á idearlo vuestra cabeza?
Un tajo en su real garganta.
LUIS. Tal oferta no me espanta:
Es natural tu fiereza:
Celina, aqueste palacio
Será tu cárcel; mañana
Mi voluntad soberana
Dispondrá con más espacio.
Caballeros, despejad...
(*A Alfredo y á Alberto que se van*).
Señores, ya terminemos;
Mañana contestaremos
Al Califa de Bagdad.

Desde que los reyes bajan del trono se toca dentro de bastidores una marcha militar á grande orquesta. Se continuará hasta que hayan salido los monarcas.

ESCENA VI.

ELEONORA, EL GRAN MAESTRE *y* CELINA.

EBR. (*A Eleonora*). Tengo que hablaros, señora.
ELEO. Y yo tambien, noble Ebrardo.
EBR. Pero ántes... (De celos ardo).
ELEO. (*A Celina*). Comprendo. ¿Quereis ahora
Contemplar en su recinto
Los jardines del palacio?
Es magnífico su espacio.
CEL. (*Con sonrisa*). De flores un laberinto!
¿No es verdad? Señora bella,
Os doy rendidas las gracias.....
¿No hay algun bosque de acacias
Dividido en ancha huella?
ELEO. Sí.
CEL. ¿Alguna fuente serena
Que en redor abundan flores
Cuyos májicos olores
De tanto placer dan pena?
ELEO. Sí.
CEL. Al extremo del jardin
No hay una gruta escondida
De hojas de palma tejida
Del uno al otro confin;
Y por el verde ramaje
Se vé la luz misteriosa,
Como la faz de una hermosa
Cuando la cubre un encaje?
ELEO. Bien lo sabes!
CEL. Fuera igual
Que al leon de nuestras regiones
Vinieran extraños leones
Á enseñarle el arenal.
ELEO. Ya que tan de casa eres,
En el salon del Oriente
Vé á esperarme, con mi gente
Conversarás si lo quieres.
CEL. Gracias, señora, os repito.
¡Quiera Alá que yo algun dia
Os pague la cortesía...!
Queda, no te necesito.

Al irse quiere acercársele Ebrardo, pero se para á la voz de Celina. Váse esta.

ESCENA VII.

ELEONORA *y el* GRAN MAESTRE.

En este diálogo se evitará la precipitacion de las palabras, tratando de marcar el doble sentido que tienen amenudo.

ELEO. ¿Qué os parece, buen Ebrardo?
¡Altiva la niña es!
EBR. Más que altiva.
ELEO. Y algo bella.
EBR. Sí.
ELEO. Descontenta.
EBR. Se vé.
ELEO. ¿Sabes, Gran Maestre, una cosa?
Debes darme el parabien:
Tengo el don de doble vista,
Como dice el escocés.
EBR. Real señora, lo celebro.
ELEO. No se qué pude entrever
Que, ya vistes, dí mi voto
Porque ese italiano soéz
No contara en el Consejo
De los caballeros quien
Á Celina la guardaba.
¿No te parece acerté?
EBR. Reina Eleonora, yo creo
Que ver el porvenir sé
Como las magas de España.
En el Consejo tambien
Persistí en que no partiera
Luis para Jerusalen;
Al ménos que retardára.
¿No os parece que acerté?
ELEO. Gran Maestre, ladino estás.
EBR. Hablemos mejor, pues que
Ambos bien nos conocemos.
Señora, ¿vos no quereis
Que Luis marche todavía?
ELEO. Sin duda.
EBR. Pues yo sabré
Como detener su marcha.
ELEO. Así lo espero.
ERB. Vereis
Que no se junta el Consejo
En diez semanas tal vez.
ELEO. Perfectamente.
EBR. Raimundo
¿Es para vos lo que ayer?
ELEO. Y quizá más.
EBR. ¿Se han concluido
Los sustos por Isabel?

ESCENA VIII.

DICHOS *y* CELINA.

Celina sale por la puerta secreta.—Al ver á los personajes se queda oculta dentro de las cortinas.

ELEO. No, Gran Maestre: cada dia
Tengo un nuevo padecer;
Una espina más, que al alma
La despedaza cruel,
La ama, yo bien lo conozco;
Y quizá tambien es él
Correspondido por ella;
¿No lo crees?
EBR. Bien puede ser.
ELEO. La casualidad te hizo
Mi secreto conocer,
Y de entónces de tu labio
Los consejos escuché.

Si ántes le amé por caprichos
Pasajeros de mujer,
Hoy le amo ya por orgullo,
Porque hay otra que á la vez,
Á donde pisa Eleonora
Pretende poner su pié.
Yo no quiero de Antioquía
Que salga mi esposo el rey,
Y quiero ver á Raimundo
Llorar de amor á mis piés.
Yo no quiero que sus ojos
Se hallen con los de Isabel,
Y quiero que esta insensata
Lo humille con su desden.
En tal circunstancia, Ebrardo,

Se quita una cadena de oro y la pone en el cuello de Ebrardo.

¿Díme, pues, qué debo hacer?

EBR. ¿Para que Luis, de Antioquía
No salga?

ELEO. Yo le diré:
No quiero salir, y entónces
Como se quedó otra vez,
Se quedará mal su grado.
¿Para lo otro?

EBR. No sé
Sino un solo medio.

ELEO. Pronto.

EBR. ¿Es muy noble esa Isabel?

ELEO. Es de la más pura sangre
De todo el reino francés:
Sobrina del noble Conde
De Nevers.

EBR. Ah, sí, de aquel
Que los barones y obispos
Eligieron para ser
Ministro y Señor del reino
Mientras la ausencia del rey.

ELEO. El mismo.

EBR. Y que ha preferido
Ser monje, primero que
Mandar la Francia.....

ELEO. Sin duda.

EBR. Pues bien, señora, á Isabel
Es necesario casarla.

ELEO. ¡Casarla!

EBR. Cierto.

ELEO. ¿Con quién?

EBR. Con algun buen caballero.

ELEO. ¡Ebrardo!

EBR. ¿Me comprendeis?
Teneis don de doble vista
Como dice el escocés.

ELEO. Pero ese.

EBR. Ese italiano
Es para Ebrardo á la vez,
Lo que para vos, señora,
La condesita Isabel.
No consintais, si os parece.
Yo por mi parte tambien
Haré lo que me convenga;
Y gracia ha de ser, por Dios,
Que canten los trovadores,
Que la reina, la mujer
Que es joya de la Cruzada
Y de la Europa tambien,
La primera en hermosura,
Le fué á su marido infiel;
Y el galan favorecido,
Despues de estar á sus piés,
Se aburrió y le dió los brazos
Su camarera Isabel...

ELEO. Pero ese italiano apenas
Tiene un nombre.

EBR. Dadle diez.
Mañana estará Edesea
Rendida á nuestro poder:
Tolemais, y Cesarea,
Y Ascalon caerán tambien,
Como otras muchas ciudades,
Al amparo de la fé.
Y el que corta cien cabezas
De los perros de Ismael,
¿No desmerece, señora,
Una corona en la sien?

ELEO. ¿Consentirá?

EBR. Es italiano...

ELEO. Pero ¿y lo querrá Isabel?

EBR. Hacedlo grande, y respondo.

ELEO. ¿Creeis que lo quiera?

EBR. Es mujer.

ELEO. Entonces, dentro de una hora
Haz que venga.

EBR. Así va bien.
Entónces, mi bella reina,
No será mal que á las diez
De esta noche, vuestro esposo
Los muros paseando esté,
Y el rey Raimundo acompañe
Vuestra soledad.

ELEO. Sí: de él
Necesito explicaciones.

ERB. Pues bien, Raimundo á las diez.

ELEO. Dentro una hora el italiano.

EBR. Quedad con Dios.

ELEO. Vé con él.

Vánse: Ebrardo por la puerta de salida, Eleonora por la de las piezas interiores.

CEL. Dentro una hora el italiano,
El rey Raimundo á las diez:
¿No son estas las dos citas?
Reina cristiana, está bien.

ACTO TERCERO.

Aparato teatral del acto anterior.

ESCENA I.

DOS PAJES.

P. 1.° Mal entiendes, pajecillo,
Los asuntos de palacio.
P. 2.° Sus mentiras.
P. 1.° Más despacio.
Dale á tu lengua un poquillo
De circunspeccion, de calma,
No sea que por tu prisa
Tengamos que oir una misa
Por el descanso de tu alma.
P. 2.° No me hermano con el miedo
Y digo lo que es de ley:
Si pesa á su gracia el rey
Que le apunten con el dedo,
Sea rey como se debe;
Que rey sin poder de rey,
No tiene de rey la ley
Porque á ser rey no se atreve.
Y pues el rey no demuestra,
Ni la voluntad de un hombre,
Es claro que es rey en nombre
Que se presenta de muestra.
P. 1.° ¡Pajecillo!
P. 2.° En Antioquía
¿Qué es lo que hacemos ahora?
Entretener á Eleonora
Con fiestas de cada dia.
Dos torneos por semana,
Y sus dulces trovadores
Decirla cuentos de amores
De la noche á la mañana;
En tanto que los guerreros
Con la molicie embriagados,
Se olvidan que son cruzados;
Y sus bruñidos aceros
Los comienzan á arrojar;
¿Es esto lo que juramos
Cuando el pecho nos cruzamo
Para venir á lidiar?
Si á la reina la molesta
Del desierto la distancia,
Vuélvase ¡por Dios! á Francia
Y viva en contínua fiesta,
Hasta que diga no más!
P. 1.° Tú no entiendes un comino
De esta Cruzada.
P. 2.° Imagino
Que tú tampoco estarás
Mejor impuesto.
P. 1.° Te engañas:
Cuanto aquí nos ha pasado
Maldito si me ha asustado;
Y lo que tú tanto extrañas
Yo lo miro por precisa
Y natural consecuencia.
P. 2.° ¡Que me admira tu paciencia!
P. 1.° No tal, ¡si es cosa de risa!
El rey vino á Tierra Santa
Por la causa que yo vine.
Que en Tierra Santa camine,
Ó en ella clave su planta,
Siempre que haya estado en ella
Ha cumplido su mision.
P. 2.° ¿Cómo?
P. 1.° Á Luis dá el perdon
Por su maldita querella,
El Papa Eugenio tercero
Y los obispos, con tal
Que venga á purgar su mal,
Vestido todo de acero
Al desierto. Por mi parte
Maté con mis propias manos
Al mayor de mis hermanos,
Como en via de descarte,
Por una que me jugó.
Me persiguieron, fuí al Papa,
Y él de mi culpa me escapa
Ordenando venga yo,
Para purgar mi pecado,
(*Señalando la cruz que trae al pecho.*)
Con esta cruz al desierto:
Es así que es caso cierto
Que el desierto se ha pisado
Por el rey Luis y por mí,
Luego el rey Luis y este paje
Han terminado su viaje,
Puesto que se hallan aquí.
P. 2.° Mal cristiano eres, por Dios!
Y si te oyere el muy santo
Bernardo...
P. 1.° Sé todo cuanto
Me diria; y con su voz
Y la lanza que encontraron
Al pié del altar mayor
De esta iglesia, con fervor
Me amenazara.... Lloraron
Mucho ya mis pobres ojos
Y mucho he peregrinado
Por enmendar mi pecado!!
Con que vamos, tus enojos.....
Mas ¿quién viene?

ESCENA II.

ALFREDO *y* DICHOS.

ALF. Un caballero.
P. 1.° Algo más se necesita
Para entrar en estasala.

ALF. Siendo ménos entraria.
P. 1º Pero tambien es verdad
Que saldriais más de prisa.
ALF. Será mejor que tus voces
No salgan tan atrevidas.
Id, paje, y á vuestra reina
Que ha obedecido, decidla,
El caballero italiano.
P. 1º Si la reina os necesita
Ya es otra cosa diversa.
(Váse por el tercer bastidor de la izquierda).
ALF. Id con Dios.
P. 2º Si no es precisa
Mi presencia al caballero....
ALF. Marchad, paje, con mi estima.

ESCENA III.

ALFREDO *solo.*

ALF. ¿Por qué dentro mi pecho
Hay algo que oscurece la hermosura
De esa divina amante criatura;
Y nunca satisfecho
Con su amor hechicero,
Desmiento hasta mi fé de caballero?
¡Magnífico aparato!
(Mirando los tronos).
Un cadáver quizá cobrase aliento,
Si lo llamaran rey por un momento;
Y el ménos insensato
Su vida inmolaría
Por colocarse allí tan solo un dia!
La vista de un monarca,
De su poder contempla el horizonte,
Como en la cresta de empinado monte
El Águila que abarca
Con su mirar de fuego,
Inmenso espacio que atraviesa luego.
Con orgulloso lábio
Dicta imperante de su régia silla,
Y al eco de su voz cae la rodilla
Del guerrero y el sábio,
Del jóven arrogante,
Y del viejo en noblezas delirante.
¡Cómo se llega á rey!
Ver en tinieblas lánguida la vida
Teniendo el alma de ambicion henchi-
¡Ah! es vida que consume da...
La vida misma que alentar presume!

ESCENA IV.

ALFREDO *y* CELINA.

Celina habrá entrado en la escena ántes de concluir Alfredo las últimas palabras.

CEL. Tendrá tu ambicion tu logro
Si tambien tienes amor.
ALF. ¡Celina! ¿aquí? ya la reina
Debe venir: huid por Dios.
CEL. La reina está entretenida
Escuchando un trovador.
¿Te pesa el ver á Celina?
ALF. No; mas si ven que los dos
Hablamos, tú no comprendes
Lo que sufriria yo.
CEL. Y qué ¿no sufre Celina
Por tí? ¡Ah! mi corazon
No sabe sino adorarte:
Tú no conoces, ¡oh, no!
Como se ama en el desierto:
Más que los rayos del sol
Arde el amor en nosotros.
ALF. ¡Celina!
CEL. Por tí el amor
Primero sentí en mi pecho:
Por tí olvidé de mi Dios
Su palabra y los preceptos
De mi estricta religion,
Y rompí por tus amores
De mis creencias el amor.
Por tí miré las arenas
Abrasadas por el sol,
Como alfombras delicadas
De vivísimo calor;
Que no hay soles, ni desiertos,
Ni infortunio, ni dolor
Que no crea una ventura
Si me encantas con tu voz;
Por tí sueños más hermosos
Que la bella luz del sol,
Cuando trinan en el árbol
La calandria y ruiseñor,
Cuando hay gotas de rocío,
Como perlas en la flor,
Cuando toda es hebras de oro
La argentada creacion;
Por tí toda el alma mia
En un éxtasis de amor,
Ya delira con tus ojos,
Ya delira con tu voz...
¿Qué más quieres, vida mia,
Rica estrella de mi amor,
Si hasta amenazé mi vida,
Al ver que otro pretendió
Este corazon que es tuyo?
ALF. ¿Otro?
CEL. Mas tuve valor.
Que de sus torpes halagos
Mi puñal me defendió.
ALF. ¡Infame fraile!
CEL. Seis dias
En su tienda me guardó!
Y amenazándome ora
Con palabras de furor,
Ora haciéndome promesas,
Ora humilde y con baldon
Queria del pecho mio
Beber alientos de amor.

Pero más que Alá, tu imágen
Resistencias me inspiró,
Y tan solo maldiciones
Compensaron su pasion.
ALF. Yo le buscaré al cobarde.
CEL. No, mi Alfredo, aqueso no,
Ya estoy libre de su imperio;
Otra cosa quiero yo.
Mi hermano dará á tus reyes
Cuanto exija su ambicion
Por mi libertad.—Alfredo,
Yo pude escuchar tu voz:
Sé que deseas un trono,
Lo tendrás. Tambien sé yo
Que miles de hombres deseas
Para mandar, no habrá dos
Que cual tú tengan esclavos
Con más fina sumision.
Te ofrecería un serrallo
Con murallas en redor,
Que guardara las mujeres
Más lindas que Alá creó;
Con tanto esmero cuidadas,
Que cada una en su prision
Por lecho tendria plumas
De bellísimo color,
Y perfumes deliciosos
Que embriagasen con su olor;
Tanta seda y pedrería,
Tanto pájaro veloz
Que trinando en torno suyo
La dijera dulce amor,
Que ninguna desearia
Terminara su prision,
Mas esto no te lo ofrezco,
Porque celos tengo yo
Hasta de que haya mujeres
En el mundo de los dos.
ALF. Celina, tu voz me abrasa.
CEL. Y si Alá mandase hoy
Á otro mundo nuestras almas,
Tendria celos mi amor
De las huellas que tu planta
Sobre la tierra dejó.
ALF. ¡Tú no comprendes, Celina,
Mi terrible situacion!
¿Olvidas que soy cristiano?
CEL. ¿Qué importa eso? el amor,
Si te vienes al desierto,
Será nuestra religion.
ALF. ¡Ah! en el desierto, Celina,
Solo pensaba en mi amor;
Allí, donde en el silencio
Solo escuchaba tu voz,
Como música suave
De amorosa inspiracion,
Como brisa de la Italia
Que conmueve el corazon;
Pero ¡ay! que ya en Antioquía
Se confunde con tu voz,
El estrépito glorioso
De guerrera confusion;
Y son tan grandes, Celina,
Los sueños de mi valor,
Que no caben en los senos
De mi altivo corazon.
Yo te idolatro, lo juro;
Pero una fuerza mayor
Me roba, por mi desgracia,
Los encantos de tu amor.
Debo cumplir mi destino.
¡Qué quieres! mi religion
Tambien de tí me separa,
Y apenas me basto yo
Para decirte «te amo.»
CEL. ¿Me amas? dílo.
ALF. Sí.
CEL. Pues yo
Ya te he enseñado bastante
El frenesí de mi amor;
Yo te hice dueño de todo
Cuanto hay en mi corazon.
Alfredo, guarda el regalo,
Pero no quiera tu Dios
Que lo arrojes de tus manos!
ALF. No, jamás.
CEL. Por compasion
De tí mismo séme fiel.
Muy marcado.
ALF. ¿Dudas? ¿por qué?
CEL. ¡Qué se yo!
ALF. Celina.....
CEL. Espera.... se acercan.....
ALF. La reina será; ¡por Dios!
CEL. Alfredo, yo me retiro.
ALF. ¿Volverás?
CEL. Con más amor.
Váse por la puerta secreta.

ESCENA V.

ELEONORA *y* ALFREDO.

Eleonora sale por el segundo bastidor de la quierda.

ALF. Á vuestras reales plantas la rodilla
No es desdoro doblar, bella señora.
(Se arrodilla y besa la mano de la Reina.)
ELEO. Levanta, caballero, tan cumplido
Eres como leal.
ALF. Reina Eleonora,
Aquí vuestro mandato me ha llamado:
¿Qué ordenais á este pobre caballero?
A dama de tan alta nombradía,
Ciñérase de lauros el guerrero
Que pudiera servirle con su brazo,
Ya lidiando campeon de su nobleza,
Ya proclamando con la lanza en ristre
El resplandor de su sin par belleza.

ELEO. Si hubiera menester un fuerte brazo
Que amparase mi débil existencia,
Te nombraria á tí mi caballero,
Quedándose tranquila mi conciencia
Presumiendo tu triunfo en el combate;
Pero ¡gracias al cielo! todavía
No preciso de espadas por escudo.
ALF. Y ¿qué mandais, señora?
ELEO. En este dia
Quiero acaso premiar pasados hechos.
Tú de mi esposo la preciosa vida,
De Pisidia en las lúgubres montañas
Con valor libertaste; y desmedida
Mi gratitud á tus esfuerzos fuera.
ALF. Nada pretenderé.
ELEO. Díme, italiano:
¿Fueron nobles, acaso tus abuelos?
ALF. Más que nobles, señora.
ELEO. No es en vano
Que pregunto: sus nombres cuales fue-
[ron?
ALF. La sangre de los Duques de Espoleto
Es la que altiva por mis venas corre.
Mas de ese ilustre nombre, que respeto
Mereció de la Europa en algun dia,
De su inmenso poder y su grandeza,
Ved, señora, la herencia en esta espada...
El soberbio aleman con su fiereza
Al profanar la Italia con su planta,
Y lombardos, y francos y esclavones
Pagaban su osadía á mis abuelos
Con sangre de sus torpes corazones...
Venecia, Gaeta, Nápoles y Amalfi,
Saben guardar sus hechos inmortales,
Y cuentan que las manos de Espoletos
Nunca dieron los *Palios Imperiales*...
Mas todo esto pasó... van ocho siglos
Desque cansada el águila altanera
De sacudir el mundo entre sus garras,
Se reventó en el medio de la esfera,
Y cayendo en el suelo de su Italia,
Hizo temblar al mundo su caida,
Y á la Italia infeliz partió su cuerpo
En mil pedazos de distinta vida.
ELEO. Pero quizá algun dia...
ALF. Sí; algun dia
Los buitres que se embriagan carniceros
Con los restos del águila cadáver,
Han de lanzar, entre ayes lastimeros,
Junto con esos restos su existencia.
ELEO. Y tan ilustre y noble descendiente
Puede vivir contento con su estado?
ALF. Soy soldado de Cristo solamente;
Pero mientras los cielos me protejan,
Puede ser que los golpes de mi espada...
ELEO. Hagan temblar los tercios musulmanes;
Pero no pasarás de caballero.
ALF. ¿Y qué poder hacer?
ELEO. Más alta gloria
No concebiste nunca en tu cabeza?
ALF. Sueños no más de pasajero imperio.
ELEO. ¿Y si acaso esos sueños de grandeza
Pudieran realizarse? ¿Nunca, díme,
Deseaste te adornara una diadema?

El talento de los actores comprenderá el carácter de dignidad y grandeza que deben desplegar en el resto de esta escena: Eleonora dará á sus palabras y á su accion toda la altivez y nobleza conveniente, que para preocupar á Alfredo es necesario; y Alfredo irá manifestando progresivamente la fascinacion de su espíritu.

ALF. Alguna vez quizá.
ELEO. Si tú supieras
Como en las sienes su contacto quema!
Al primer escalon no más del trono
Como nos levantamos de la tierra!
Imagina un instante que mi esposo
Te cede una gran parte en esta guerra,
Y que al frente de bravos escuadrones,
Has tomado una plaza en el desierto,
Y por su rey al punto te proclama
De entrar en la ciudad.
ALF. ¡Si fuera cierto!
ELEO. Imagina tambien que este es tu trono,
Señalando el trono de Luis.
Y al compás de los cánticos triunfales
Vas llegando hasta él..... ya está tu planta
Le toma de la mano y le vá conduciendo segun indican los versos.
Donde solo se vé las plantas reales.
¿Nada te inspira la primera grada?
ALF. ¡Creo que me desprendo de los suelos!
ELEO. Pisa, pues, la segunda: ¿qué te dice?
ALF. Creo tocar la frente de los cielos.
ELEO. Sube pues, á la última: ¿qué piensas?
ALF. Pienso que el mundo por mis plantas
[rueda
Y que anda más veloz, si yo lo mando;
Y que si yo lo mando, quieto queda!
ELEO. Colócate en el trono .. La corona
(*Toma la corona de Luis y se la pone*).
Es esta... bien... así... y ora qué sientes?
ALF. Siento que se me abrasa la cabeza,
Y entre llamas de gloria refulgentes
El universo ante mis ojos brilla;
Y miro que mi frente se refleja
En la posteridad que me retrata,
Y aun más allá del porvenir se aleja
La grandeza de Alfredo y su renombre!
Marcha triunfal dentro de bastidores.
CANTAN. Honor, honor al rey,
Que lleva la Cruzada
Para Jerusalen.
Honor, honor al rey,
Que lleva victoriosa
La enseña de la fé.
ELEO. Viene el rey Luis. Escucha: victorean
Su marcha. Así tambien será la tuya
Cuando en un trono como á Luis te vean,
¿Querrás por él prestarme un sacrificio?

ALF. Mas que no me despierte de este sueño.
Hablad y lo obtendreis.
ELEO. Baja del trono.
ALF. Pedid, señora, y cumpliré mi empeño.
Alfredo permanece en el trono.

ESCENA VI.

DICHOS *y* CELINA.

Celina sale desde las últimas palabras, por la puerta secreta: sube al trono con dignidad y entereza, y toma á Alfredo de la mano.

CEL. Vos lo subisteis, señora;
Permitid, lo bajaré.
ELEO. Cómo á desman tan audace
Osa atreverse la infiel?
CEL. «*Dentro una hora el italiano.*
El rey Raimundo á las diez.»
ELEO. ¡Cielos!
AFL. ¿Qué haces, Celina?
CEL. ¿No lo estás viendo....? (*Lo baja*).
ELEO. Mujer,
Ó demonio del desierto;
¿Sabes quién soy?
CEL. Bien lo sé. (*Con desprecio*).
Alfredo, te dan un trono;
Pero no sabes por qué.
Te he bajado del que estabas,
Y de mil te bajaré.
Alfredo, por compasion
De tí mismo séme fiel.
Váse por el tercer bastidor de la izquierda.

ESCENA VII.

ELEONORA *y* ALFREDO.

ALF. Perdonadla.
ELEO. Nada temas.
(Más empeño ahora pondré)
Vuelve á mi estancia este dia.
Véte ya, se acerca el rey.
Váse Eleonora por el segundo bastidor de la izquierda, y Alfredo por el segundo de la derecha.

ESCENA VIII.

LUIS *y* BERNARDO.

BER. Ya lo miras, rey de Francia:
Te acatan y te festejan
Los defensores de Cristo,
Ansiando de la pelea,
Y ansiando de que los lleves
Donde quiere su conciencia.
LUIS. Los llevaré, padre mio.
BER. Quieren cumplir la promesa
Que hicieron al santo Padre.
Rey de Francia, no detengas
El sagrado juramento.
LUIS. Lo cumplirán.
BER. Cada tienda
Tiene corrupcion, placeres,
Y cuanto más te detengas
Más se olvidarán son hijos
Y soldados de la Iglesia.
LUIS. Saldremos y venceremos.
BER. Quizá tu valor te ciega.
Escúchame: noche y dia
En todas partes me encuentras
Con esta cruz excitando
Traerá un crucifijo al pecho.
Los soldados, y mi lengua
Presagiándoles el logro
De su salvacion eterna:
Diciéndoles lo que el cielo
En mis sueños me revela;
Contando lo que sufria
Sobre la tosca madera,
El que vino por nosotros
Á padecer en la tierra.
Mis ojos vierten raudales
De lágrimas, y mi lengua
Cada vez más les excita
Y cada vez más les muestra
Lo fácil de la victoria.
Su venganza en mi cabeza
Fulmine Dios, si desmiente
Mi palabra á mi conciencia.
LUIS. Permitidme.
Le besa la mano con sumo rendimiento.
BER. Pero escucha:
Quiero hablarte sin reserva
Para que actives tu marcha. ..
Creo que Dios nos proteja,
Creo todo; pero en tanto
Del desierto las arenas
Se tiñen con nuestra sangre.
Y en cada dia la empresa
Es más difícil.... Arcanos
Serán de la Providencia
Que en esta tierra lejana
Tan misteriosa se muestra.
¡Quién pudo creer algun dia,
Que muriese en la Judea,
Lo que nació de ella misma
Y alimentóse de ella!!!
¡Aquí fué el teatro primero
De la religion suprema!
¡Y aquí tambien fué su tumba,
Soberana Providencia!!!
LUIS. De esa tumba la alzaremos
Padre mio.
BER. Ya nos cuesta
Tanta sangre, que tú solo
Puedes impedir que sea
Tambien la tumba de Europa,
Esta Asia tan altanera.

Ya cuarenta mil soldados
Has perdido en las contiendas
Hasta llegar á Antioquía,
Sin ninguna consecuencia.
El rey de Jerusalen
Está defendiendo apenas
Las murallas que lo guardan.
Apresura tu carrera;
Vé en su amparo, que si logras
Salvarla con tu defensa,
Quizá mañana tremole
En toda la Asia la enseña
Del Redentor de los hombres;
Y si por acaso cimentas
En el Oriente tu imperio,
¡Rey de Francia! quién pudiera
Disputarte el de Occidente?
La Alemania está sujeta
Con la tiara de Eugenio,
Y Roma será altanera
Cuando sepa que Conrado
Está de vuelta en Europa
Sin cumplir su juramento.
Sabes bien que la Inglaterra
Nada nos presta de auxilio,
Y que tal indiferencia
No se ha de olvidar en Roma.
De España las cortas fuerzas
Para ella solo no bastan.
Y en este instante despeña
De los montes asturianos
Los hijos que en su defensa
Con el árabe combaten;
Y ya son dos banras fieras
Las que á don Alfonso hostigan,
Pues de la africana tierra
Á los árabes auxilian
Hordas de moros soberbias.
¿Quién será, pues, rey de Francia
Quien dé sombra á tu diadema?

LUIS. Todo eso lo sé, señor,
Mas si demoro esta empresa,
Si en Antioquía me hallo,
Es porque quizá me fuerza
Una voluntad que tengo
Por mi mal que complacerla....

BER. Todo lo sé; mas tú debes
Alzar tu voz, y con ella
Hacer temblar la cristiana,
Que en demorarte se empeña.
Eres su rey y su esposo;
Manda pues que te obedezca.

LUIS. ¡Impera tanto en mi alma!
Pero, al fin.... al fin hacerla
Que me obedezca sabré.

BER. Ten valor.

LUIS. Me alega ella
Que su salud se quebranta
Con marchas tan de carrera,
Y puede ser; pues aunque
Está la fé en su conciencia,
Su cuerpo es débil, señor;
Que la voluntad suprema
De Dios, hizo á la mujer
Con más mísera flaqueza
Que á los hombres.

BER. Rey de Francia,
Se quebranta su conciencia
Más que su cuerpo.

LUIS. Callad...
Yo os lo prometo, la empresa
Será pronto continuada.

BER. Hacedlo así; que tremenda
Fuera de Dios la justicia,
Si una mujer consiguiera
Detenerte.

LUIS. Padre mio,
¿Quereis que vamos á verla?

BER. En vez de estar escuchando
Las palabras de la reina,
Prefiero oir de los Cruzados
Sus lamentos y sus quejas.

LUIS. Siendo así....

BER. Te auxilie el cielo.

LUIS. Él vuestra vida proteja.... *Váse.*

ESCENA IX

BERNARDO.

BER. Pide por tí, rey de Francia,
Que su mano te defienda
Cuando el rayo se desprenda
Que consuma tu arrogancia.
Tiembla de este fraile, ¡oh rey!
Que, á pesar de tu grandeza,
Si alza un poco la cabeza,
Puede imponerte la ley.
Prendida de mi sotana
Conduzco la Europa entera;
No interrumpas mi carrera
Que eres carga muy liviana;
Pues con tanto amor me ampara
La suprema vírgen Madre,
Que hasta puedo al santo Padre
Descubrirlo de la tiara...
Dios te ayude, rey prolijo,
Si cuando estés más contento,
Quiero decir un acento
Mostrando este crucifijo.
En accion de irse.

ESCENA X.

CELINA *y* BERNARDO.

CEL. ¿Señor....?

BER. ¿Que me quieres?

CEL. ¿Podeis escucharme
Tan solo un momento?

BER. Mujer, ¿Por qué no?
Cualquiera que sea,
Si está desvalido,
Si busca consuelo,
Mi amparo le doy.
CEL. No busco consuelos,
Ni alivio, ni amparo;
Tan solo una cosa
Quisiera saber.
BER. Pues habla.
CEL. Nosotros
Acá en los desiertos,
Sabemos muy poco
De Europa y su ley:
Y siendo tan raras
Las cosas de Europa,
Curiosas á veces
Solemos estar.
BER. Es vuestra la culpa;
Romped ese velo
Que os quita á los ojos
La luz celestial.
Pedid de rodillas
Perdon á los cielos,
Y el Padre del hijo
Que el rostro escupís,
Sabrá vuestro crímen
Mirar bondadoso,
Poniendo de Europa
Las luces aquí.
CEL. No quiero, buen fraile,
Palabras sublimes
Del Cristo, ó Mahoma,
Con vos pronunciar.
Pedid por vosotros
Al Dios que os dé gana;
Dejad que á Mahoma
Roguemos acá.
BER. Maldita tu lengua
Que mezcla los nombres,
Del Dios de los cielos
Y el perro de infiel.
CEL. Dejemos, os ruego,
Tan agrias palabras....
Es una pregunta,
¿Quereis responder?
BER. Empieza.
CEL. Escuchadme:
Los hijos del Asia,
Ya bien en las hojas
Del puro alcorán;
Ya bien en los lábios
De viejos guerreros,
Ó sábios que miran
Los astros marchar;
Temprano aprendemos,
Que el hijo del Grande
Que manda al Profeta,
No debe mentir;
Y aquello que diga,
Poniendo al decirlo
Su mano en el pecho,
Lo debe cumplir.
Decidme: ¿en Europa
Se manda lo mismo?
BER. Mentir es delito
Prohibido por Dios.
CEL. Aquel que en nosotros
Engaña á un hermano,
Ó esquivo no cumple
Promesa que dió;
Si es hombre el que ha sido
Por él engañado,
Se lanza al desierto
Corriendo tras él.
Le dan alazanes
Y auxilio do quiera;
Lo alcanza, y con sangre
Le enseña la fé:
Y si es por acaso
Mujer la engañada,
Su hermano leal
Se apura á vengarla;
Si hermano no tiene,
En todo el desierto
No dan al cobarde
Ni tienda, ni sal.
Decidme: en Europa
Se estila lo mismo?
BER. Á todos asiste
Derecho y poder,
De hacer al cristiano
Que ofertas le ha hecho,
Que cumpla al instante
Su empeño y su fé
Que es mal caballero,
Cristiano, perjuro,
Quien falta, si ha dado
Palabra de tal.
CEL. ¿Y á todos es dado
Pedir que la cumplan?
BER. Sin duda; todo hombre
Para esto es igual.
CEL. ¿Y si es protegido
De grandes señores?
BER. Mas nadie protege
La mancha en su honor.
CEL. Entónces, dichosa
Pasad vuestra vida.
BER. ¿Estais satisfecha?
CEL. Contenta me voy.

ACTO CUARTO.

Salon de palacio—un sillon y junto á él un pequeño taburete.

ESCENA I.

EBRARDO *y* CELINA.

EBR. No te irás, no.—Te diré...
De rodillas, teniendo de la mano á Celina.
CEL. Suelta, fraile, te aborrezco.
EBR. Tu esclavo siempre seré;
Siempre á tus piés estaré;
Mi vida, mi alma te ofrezco.
CEL. Suelta, maldito de Alá. (*se desprende*).
¿Quieres amor? te detesto.
EBR. De hinojos me has visto ya;
Dí siquiera que por esto
Tu pecho se ablandará...
CEL. Ni el génio del mal que habita
De Istilkar en lo profundo,
Ni las serpientes que agita
Con su acento furibundo,
Y á beber sangre concita;
Ni cuanto existe en la tierra
De poderoso y temible
Podria hacerme sensible
Á esa pasion que se encierra
En tu pecho aborrecible.
Te detesto, nazareno,
¿Lo comprendes? Mas por cierto
Vete á buscar al desierto
Una tigre que en tu seno
Vierta su amor, ó veneno,
Que lo mismo es para tí.
EBR. ¡Pecho de hierro! no importa...
No me quieres dar un sí
Que de rodillas pedí...
Pues el *no* mi alma conforta...
Quereis á otro ¿es verdad?
Pues ese otro te engaña,
Y lleno de liviandad,
En los brazos de una extraña
Olvidará tu beldad.
Mañana vá á ser su esposo;
Dí ¿no te abrasas de celos?
Habla... paga al veleidoso
Con otros nuevos desvelos.
Yo te adoro. (*La toma de la mano*).
CEL. Más odioso
Me pareces por lo mismo;
Suéltame.
EBR. Ruido siento. (*La suelta*).
CEL. Serpiente, ó tigre sediento,
Ojalá fuese un abismo
Que te tragase violento! (*Váse*).
EBRARDO. (*Muda de tono al ver á Alberto*).
Apiádate, Dios bendito:
Ilumina estas criaturas,
Que en su perenne delito
Te desconocen á obscuras!

ESCENA II.

EBRARDO *y* ALBERTO.

ALB. Buen cristiano es, por mi vida,
El Gran Maestre del Templo!
EBR. Por convertir esa infiel
Lo posible estaba haciendo:
Pues soy siervo de la iglesia
Y soldado al mismo tiempo.
ALB. ¡Ya!
EBR. ¿Vais á ver á la reina?
ALB. No: deseo ver á Alfredo.
EBR. Se lo diré.
ALB. No rehuso.
EBR. Entonces... (*Váse*).
ALB. Id con el cielo.

ESCENA III.

ALBERTO *solo.*

ALB. ¡Miserable! ¡así profanas
Tus sagrados juramentos!
¡Así se manchan de Cristo
Los soldados! así el cielo
Parece que nos olvida
Y abandona en los desiertos.
Una Cruzada perdida,
Y esta segunda bien luego
Se habrá de perder tambien..
¡Oh Dios mio! ¡protejednos!

ESCENA IV.

ALFREDO *y* ALBERTO.

ALF. Mi buen Alberto ¡cuán goza
El alma con encontraros!
ALB. Será preciso que Alberto
Busque á su amigo en palacio,
Porque ya su pobre tienda
Tiempo ha que la ha descuidado.
ALF. Alberto amigo, tú sabes
Que hace diez dias me hallo
Tan lleno de ocupaciones
Que yo mismo no me basto;
Pero aquí ó en el desierto,
En cabañas ó en palacios
Alberto tiene en mi pecho
Su lugar bien reservado.
ALB. ¡Ay, Alfredo! el terso brillo

De la grandeza y el fausto
Deja ciegos los afectos
En el pecho más honrado!
Quién sabe si en esta senda,
Donde pisas tan incauto,
No dejas tras de tu planta
Para Alberto desengaños.

ALF. Por el contrario: en la senda
Yo te extenderé mi mano,
Y los dos la correremos
Hallando flores al paso.

ALB. ¿Los dos? no: córrela tú;
Y quiera Dios que en tu amparo
No tenga yo que correr!

ALF. ¿Por qué tan negros presagios
Cuando todo en torno mio
Lo contemplo abrillantado?
Te ciega tu afecto, oye:
Mañana le doy mi mano
Á Isabel: dentro de poco
De Antioquía nos marchamos
Y el mismo rey me ha ofrecido
Que sustituiré en el mando
De la vanguardia á Gilberto;
Pues este viejo soldado
Se quedará en Antioquía.
Vamos despues á juntarnos
Al rey de Jerusalen;
Y despues para Damasco,
Y Edesea y otras plazas
Irá el resto de mi mando,
Y el de Gofredo y demás.
¿Y bien Alberto? En mis manos
Tendré veinte mil valientes.
¿Nada podré hacer acaso?
Todo lo debo á la reina
Y al rey tambien.

ALB. Pero en cambio
Te casas con quien no amas.

ALF. La amaré.

ALB. ¿Y ella?

ALF. Sobrado
Soy caballero, y muy pronto
Lograré con mis acatos
Conquistar su corazon.
Además, tú sabes cuanto
Impera en mí otro deseo,
Y si este al fin satisfago
¿Qué me importa lo demás?

ALB. Deseo noble, sagrado,
Deseo de hacerse grande;
Pero ¡Alfredo! ni soñando
Quisiera yo la grandeza
Con que te halagas en vano.

ALF. ¿Por qué?

ALB. Porque la recibes
De quien dá tan solos engaños;
De quien si acaso dá *uno*,
Ha de pedir *mil* en cambio;
Y aun ese uno es probable
Que tenga mucho de falso.
En fin, porque la recibes
De un rey francés—No me engaño.

ALF. Esta vez puede que no
Se desdiga.

ALB. ¡Alucinado!
¿De dónde sale ese empeño
De protejerte? ¿de cuando
Acá los de Francia, estiman
De tal suerte á un italiano?
Cuando no ha sido la Italia
Para esos franceses vanos,
Objeto de envidia ó celos,
Ó de encono mal callado?
Cuando del águila olvidan
Que los tuvo avasallados,
Y del águila el imperio
Que la Tiara lo ha heredado?
¿Cuándo los reyes de Francia
Extienden leales la mano?
Piensan tan solo en sí mismos;
Y, cuando están apurados,
Con palabras muy corteses
Procuran algun aliado;
Pero cesando el peligro
Retiran pronto la mano,
Y el aliado generoso
Queda por ellos colgado.

ALF. Bien; no hablemos de eso ya;
Sería cruel pensarlo.
¿Sabes que se vá Celina?

ALB. Lo sé: ¿creerás he cobrado
Por ella cierto cariño?
¡Pobrecilla, te ama tanto!

ALF. Y yo la amara tambien,
Como en dias que pasaron,
Si á un tiempo pudiera mi alma
En sus senos inflamados
Dos pasiones abrigar;
Si esta ambicion en que ardo,
Grande, bella, inextinguible,
Pudiera en sus arrebatos
Darle lugar al amor.

ALB. Y á no ser por el hallazgo
De la amistad de Eleonora
Y de su esposo? cuitado
Estás, vive Dios....!

ALF. ¡Silencio!
Vienen: la reina es acaso.

ALB. Me retiro.

ALF. No; es Celina.
Ya me ha visto: aguarda un rato..
Prométeme que á la reina
Visitarás.

ALB. Por tí lo hago.

ALF. Con toda su comitiva
Ha salido de palacio,
Y ántes que retorne, debo
Ir á encontrarla.—Te aguardo.

ESCENA V.

CELINA *y* DICHOS.

Celina sale por el tercer bastidor de la izquierda.

CEL. No te asustes, soy Celina.
¿Por qué el mirarte te asombra?
No es todavía mi sombra
La que tras tu pié camina.
Soy Celina ¿no me miras?
La que allá en los arenales
Te envolvia con sus chales.
Alfredo ¿por qué suspiras?
¿Tienes algun sinsabor?
ALF. Por Dios ¡Celina....!
CEL. ¿Qué sientes?
Tienes, acaso presentes
Nuestros momentos de amor?
ALF. Calla.
CEL. ¿Pero qué? ¡Eran tan bellos!
¿No te acuerdas? en el alma
No habia ni fé, ni calma
Cuando nos movian ellos...
ALF. Bien, basta.
CEL. Aun creo que está
En mi seno tu cabeza,
Y que alabas mi belleza...
¡Maldito seas de Alá!

Alfredo se vá precipitadamente por el segundo bastidor de la izquierda.

ESCENA VI.

ALBERTO *y* CELINA.

ALB. Celina, aplaca el furor
Que el tenerlo es desacierto:
Tú volverás al desierto
Y allí olvidarás tu amor.
CEL. ¡Tu amor! ¡tu amor! nazareno,
No confundas, miserable,
Una almíbar deleitable
Con un vaso de veneno;
¡Amor! ayer tuve amor
De mi vida en cada fibra;
Hoy en mis entrañas vibra
Otro fuego abrasador.
Has pensado, nazareno,
Que una mujer despreciada
Sabe guardar perfumada
La pasion dentro del seno?
¿Qué son amor sus furores?
¿Qué son celos....? ¡Europeo!
Tú no entiendes segun veo,
Ni de orgullo ni de amores...
(*Con sumo desprecio*).
ALB. Bien. Pero yo te lo pido:
Calma tu pecho y te ausenta;
Y esa pasion que te alienta
Haz por echarla al olvido. (*Váse*).

ESCENA VII.

CELINA *sola*.

CELINA (*mirando la puerta por donde se fué Alfredo.*)

¿Huyes de mí? pronto iré;
Y no siguen con más prisa
Las arenas á la brisa,
Como yo te seguiré.
¿No me miras? te veré;
Y no hiere más la frente
De la Libia el sol ardiente
Como yo te miraré.
¿No me escuchas? tú me oirás;
Y al bramar de la tormenta,
El leon no se amedrenta
Como tú me escucharás.

ESCENA VIII.

CELINA *y un* PAJE.

PAJE. Su alteza el rey quiere hablarte;
Vente conmigo á su estancia.
CEL. Donde quieras.
PAJE. Tan bonita
Que aunque es infiel no está mala!
(*Vánse*).

ESCENA IX.

ELEONORA, RAIMUNDO, ALFREDO, ISABEL, EBRARDO, GILBERTO, DANIEL, DAMAS, CABALLERO, PAJES.

Raimundo traerá de la mano á la reina, Alfredo á Isabel.

ELEO. Parece que estos salones
Tienen fuego en derredor,
Ó que al través de los techos
Está penetrando el sol.
Este quizás... (*Se sienta en el sillon*).
RAIM. Es más vasto,
Y podeis estar mejor.
ISAB. El sol en estas regiones
No es muy galante por Dios!
ALF. Si el sol á la flor quebranta,
No tiene la culpa el sol,
Sino la suave belleza
De la delicada flor
ELEO. Raimundo, continuaremos
Si os parece.
RAIM. Siempre yo,
Real señora, acato y quiero
Lo que más os place á vos.
ELEO. Isabel, Gilberto, todos,

¿Quereis, pues, que mi cantor
Nos diga un nuevo romance?
ISAB. Romances, es lo mejor:
Yo oiré con gusto, señora.
GILB. Yo más querré una cancion
De algun bravo caballero
Muy desgraciado en amor,
Y muy fino con su dama:
Ya soy viejo, y pienso yo,
Cuando oigo tales endechas,
Que en mi mocedad estoy.
ELEO. Tendrás la cancion, Gilberto,
Que mi niño trovador
Se esmera por complacernos;
Pero ántes ven, quiero yo (*Á Daniel*).
Algun cuento bien sentido
Y nuevo.
DAN. Mi reina, soy
De todos los trovadores
El de ménos provision
De historias en dulce rima;
Tambien el más joven soy:
Apenas catorce años
Hace poco cumplí yo;
Pero á vuestro real mandato
Presta Daniel sumision,
Y pediré á mi memoria
Algun romance de amor.
ELEO. Bien, mi Daniel... á mis plantas.
DAN. Señora, pensando estoy.
Se sienta Daniel á los piés de Eleonora.
Recita. «En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado,
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio.»
ELEO. Espera, Daniel, quisiera
Oir algo de mi nacion...
Algun romance de Francia.
DAN. Señora, soy español;
Y allá en mi España se tiene
Por menguado el trovador,
Que tañe en su arpa española
Las cosas de otra nacion.
ELEO. Sigue, pues, con tu romance.
DAN. Bella señora, allá voy.
«En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado,
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio.
Y á las doce de una noche,
Estando el cielo embozado,
Se oyó cerca del recinto
Los relinchos de un caballo.
Paró al pié de los balcones
Del palacio solitario,
Y el ginete desmontóse,
Aunque armado sin trabajo;
Y una arpa tañendo breve,
Dijo con acento blando:
Despierta; es tu caballero
Que te busca enamorado.
Despierta, dueño del alma,
Que está vencedor mi brazo,
Y quiero sellar de hinojos
Un beso en tu blanca mano.
Se abrió un postigo y la llama
De un candilejo de barro,
Mostró el rostro de una vieja
Con semejanza de diablo.
¿Á quién buscas?—A Leonor;
Contestó el enamorado.
Miró la vieja hácia el cielo,
Y dijo: está descansando.
Cerró despues el postigo,
Haciendo un gesto bellaco:
Y dando un grito el amante
Cayó al suelo desmayado:
Volvió en sí, y ante la imágen
De Leonor afinojado,
La dijo: *Señora mia,*
Pronto vamos á juntarnos,
Que juré ser caballero
De vuestros altos mandatos,
Y pues aquí concluyeron
Voy al cielo á respetarlos.
»Y al salir el sol hermoso
Vió un sepulcro solitario,
Y junto á él un caballero
Con su daga traspasado.»
ELEO. Bien, Daniel mio.
Toma su cabeza para darle un beso.
OTROS. Muy bien.
DAN. Teneos, reina, por Dios!
Que si vos me dais un beso,
Quizá otro os pida yo;
Y uno, y dos, y diez pidiendo,
Puedo llegar á un millon.
Eleonora se rie.
ISAB. ¡Es galante!
ELEO. Y algo ardiente.
DAN. Señoras, soy español.
EBR. Se acerca el rey.
RAIM. Bien venido.
Raimundo se retira del lado de Eleonora.
ELEO. Pues creo fuera mejor
No viniera todavía.
¡No puede una estar de humor!

ESCENA X.

DICHOS, LUIS, CELINA *y* BERNARDO.

LUIS. Siento á mi real esposa distraerla
De los gratos momentos que disfruta.
Señores, perdonad; pero reunidos
Supe estabais aquí.—Libre Celina,
Al lado de su hermano se encamina,
Y tiene sentimientos tan cumplidos
Que quiere despedirse de vosotros.
ELEO. Solo hemos visto la desgracia en ella

Los dias que ha pasado entre nosotros,
Y crea que al partir solo sentimos
No decirla un adios como á cristiana;
Pero en cambio darémosla al momento
Un noble caballero que custodie
Su marcha en el desierto—Buen Ebrar-
Con permiso del rey, tu soberana [do,
Te pide este favor.

EBR. Y yo, señora,
Pues que vos lo mandais.....

CEL. ¿Lo haré en buena hora?
Gracias al muy virtuoso caballero.....
Rey de Francia y Señor, ¿quereis que sea
La que elija entre todos el guerrero
Que me lleve no más hasta Edesea?

LUIS. Ya que hiciste volver los musulmanes
Que tu hermano mandó, de los cristianos
Alguien te llevará; nombra si quieres.

CEL. *(por Alfredo.)* Pues elijo, señor, á ese eu-
[ropeo.

EBR. *(á la Reina.)* Hablad, señora.

CEL. El único deseo
(Al rey).
De Celina, señor no se le cumple?

LUIS. *(á Alfredo.)* ¿Lo desdeñais, acaso, caba-
[llero?

ELEO. Extraño que mi esposo no comprenda
Que Alfredo es necesario en Antioquía!
Y esa mujer que á respetarme aprenda,
Ó teniendo por mí más cortesía,
Admita el caballero que la he dado,
Que á más de su viriud es esforzado.

CEL. Gracias os doy, cristiana; es virtuoso
Tanto como sois vos; ¿qué más, señora?
Debo tener, decís, más cortesía:
Gracias por la eleccion. ¿No puede Al-
[fredo
Salir, decís, tampoco de Antioquía?
Sin duda por asuntos de la guerra.....
(Con mucha ironia.)
De vuestra salvacion, de vuestro Cristo...
De la santa mision que hasta mi tierra
En santas caravanas os conduce,
Atravesando inmensos los desiertos,
Y jurando dejar en vuestras huellas
La sangre de cien mil mahometanos.
. . . . . .
Con arpas, trovadores y doncellas
No se vence, señora, á mis hermanos.

ELEO. Qué insolencia... Callad.

CEL. ¿Acaso miento?
¿Qué es lo que haceis, decid, en Antio-
[quía?
(Con allivez.)
¿Salen á combatir vuestros guerreros?
¿Cruzan en el desierto valerosos
Con el alfanje turco sus aceros?
En vez de combatir, pasais el dia
Escuchando de niños los acentos;
(Con desprecio).
Ó con liviana astucia combinando
Vuestros torpes cristianos casamientos...
¿Á esto venís, señores, al desierto?
Y acaso en otros siglos las historias
Que escriban vuestros nietos de la Eu-
[ropa
Contarán las expléndidas victorias;
Contarán que en el Asia tremolaron
De Cristo y de la Francia las banderas,
Y que valor y religion hollaron
De las bandas de infieles altaneras;
Y de valor y religion la Europa
Ciñó en el Asia su orgullosa frente;
Pero una voz del corazon del Asia
Gritará con teson: «LA EUROPA MIENTE...»
Contarán que la sangre musulmana,
Que derramaron torpes vuestras manos,
Fué por vengar al Dios de los cristianos:
Pero de cada mancha de esa sangre,
Que siempre, siempre quedará caliente,
Como anatema de la torpe Europa;
Retumbará una voz: «LA EUROPA MIENTE.»

Luis habrá permanecido en una profunda meditacion á los reproches de Celina.

GIL. Tan solo el ser mujer, de tu osadía
Te merece perdon.

LUIS. Silencio; nadie
Á ofenderla se atreva en mi presencia.
Sacad, vos, caballero, de Antioquía
(A Alfredo).
La hermana de Nourddin: ella os elije
Y lo dispongo yo.

CEL. Venid, Alfredo;
(Toma la mano de Alfredo).
Si el ir á los desiertos os aflige,
Del desierto saldreis...! Salud cristianos;
Alá que es grande su favor os preste!

ESCENA XI.

ALBERTO *y* DICHOS.

ALF. Por Dios, Alberto, detente;
(A Alberto con prontitud).
Ven conmigo y á Celina
Llévatela, que me pierdo
Si me ausento de Antioquía.
(Vánse los tres).

ESCENA XII.

LUIS, ELEONORA, RAIMUNDO, BERNARDO, GILBERTO, EBRARDO, ISABEL, DANIEL, DAMAS, CABALLEROS, PAJES,

LUIS. Rey Raimundo, el hospedaje
Que nos disteis, con la vida
Lo agradecemos. La hora
Llegó ya de la partida.

Y de todos los guerreros,
Antes de lucir el dia
Oireis adios, y saldremos
De los muros de Antioquía.
Yo tengo que mostrar puras
Mis acciones en el cielo,
Y tambien he de mostrarlas
Antes de dejar el suelo.
La Europa entera en mis manos
Ha puesto la santa empresa,
Y tengo sobre mis sienes
Una corona francesa.
Debo decir á la Europa:
Protegí la cristiandad;
Y debo decir á Francia:
Conservé tu dignidad.
Vos no podeis de Antioquía
Desatender á sus muros;
Pero nosotros en ella
Nos volveremos perjuros.

BER. Rey de Francia tus palabras
Las inspira Dios bendito:
Cristianos, quien no las oiga
Será del cielo maldito....!

RAIM. Real hermano, de rodillas
Daria gracias al cielo,
Si pudiera acompañaros
Donde os lleva vuestro celo.
Podeis salir de Antioquía;
Pero como buen cristiano,
Tal cosa no os aconsejo;
Vuestro poder es liviano.

LUIS. Rey Raimundo, yo me basto...
(*Con impaciencia*).
Id al campo, caballeros,
Y que aparejen sus armas
Al instante los guerreros.
(*Vánse los caballeros*).

ESCENA XIII.

LUIS, RAIMUNDO, ELEONORA, ISABEL, DANIEL, DAMAS, EBRARDO.

LUIS. Señores, la reina tiene
Que hablar á solas conmigo;
Perdonad, pasa á mi estancia
(*La toma de la mano y la lleva*).

EBR. (Señora, escuchad.)
(*Vánse las damas*).

ELEO. (*á Luis.*) Os sigo...

ESCENA XIV.

ELEONORA, RAIMUNDO, EBRARDO.

RAIM. Eleonora ¿marchareis?

ELEO. No; que Luis se quedará.
(*Váse Raimundo*).

ESCENA XV.

ELEONORA, EBRARDO.

EBR. Señora...

ELEO. Se fué la presa.

EBR. Y Alfredo tambien se va.

ELEO. ¿Y qué hacer?

EBR. Para uno solo
Es mucho infiel y francesa.
¿Le entregareis á Isabel?

ELEO. ¿Y Raimundo?

EBR. La condesa
Saldrá con vos de Antioquía
Y no teneis que temer.

ELEO. Hiciste tú el casamiento,
Tú lo puedes deshacer.
Mas si quedo en Antioquía,
El casamiento se hará.

EBR. Id, señora, á prepararos;
Vuestro esposo marchará.

ACTO QUINTO.

Tienda de campaña, un pequeño banco, una mesa, y sobre ella un jarro con agua, y un vaso. Es de noche.

ESCENA I.

LUIS, BERNARDO, ALFREDO, ALBERTO, GILBERTO, CABALLEROS.

Luis sentado y reclinado contra la mesa en actitud de meditar.—Al respaldo de la silla Bernardo y Gilberto.—Los demás en distintos lugares, reclinados en sus armas, manifestando abatimiento.—Todos completamente armados.—Alfredo y algunos otros caballeros tendrán corrida la celada.

GILB. Señor, se aproxima el dia;
Id un poco á descansar
¿Creeis que tanto meditar
Mejore la suerte impía?
Nosotros nos quedaremos
Velando vuestra persona;
Si el reposo no os entona,
Mañana no marcharemos.

BER. Sí, rey de Francia, hazlo así,
Descansa, recobra aliento,
Pues que tal abatimiento.
Hasta es vergonzoso en tí.
Todo en Asia está perdido;
Pero aun en la Europa no:
Piensa en ello como yo,

Y cobrarás más sentido.
Yo levanté esta Cruzada
Y aun otra levantaré,
Cobra aliento, cobra fé,
Que mi voz no está gastada.

GILB. Ni la espada de Gilberto,
Ni la de estos caballeros,
Ni la de diez mil guerreros
Que aun quedan en el desierto.
Ya estoy viejo, mas no importa;
Aun tengo sangre en mis venas...
Mi rey, desechad las penas,
Aun vivimos.... se soporta
Este revés.... y más tarde...

LUIS. Gilberto! mi buen Gilberto!
Bien puedo sin desacierto
Llamarte leal, con alarde!
Aun le quedan á la Francia
Guerreros que ni las canas
Hacen sus fuerzas livianas
Ó cobarde su arrogancia!!

GILB. Vamos, señor, ¡qué ocurrencia!
Dejad eso por ahora
Y ved que viene la hora
En que con vuestra presencia...

LUIS. Incitaré á los guerreros
Á que vuelvan las espaldas,
Y del Líbano á las faldas
Envainemos los aceros!!!
Suerte engañosa y cruel!
Pero al ménos á la Europa
No le haré apurar la copa
Llena hasta el borde de hiel:
Marcharemos....

BER. Rey cristiano,
Ten en Dios más confianza
Y no entibies la esperanza
Con el frio de tu mano.
No derrames cobardía...

LUIS. (*Con arrogancia*). Callad, señor, porque es
Esa voz, de vuestra lengua [amengua
Que nunca salir debia.
No confundais, engañado,
Lo que en un rey es nobleza,
Con una accion de vileza
Del miedo torpe y menguado.
Los reyes de Francia lloran,
No por ellos, los reveses,
Los lloran por los franceses
Cuando ven que se desfloran...
Señores, los musulmanes
Están cerca de nosotros;
Yo me descanso en vosotros
Para burlar sus afanes,
Al amanecer el dia
La marcha comenzaremos,
Y á la Europa llevaremos
Valor, sino nombradía.
¿El emperador Conrado?

GILB. Duerme en su tienda.

LUIS. ¿Mi esposa?

GILB. En la inmdiata reposo
¿Quereis verla?

LUIS. No... cuidado
Con su reposo. ¿Hay esmero
En las guardias?

GILB. He corrido,
Y está todo prevenido.
Nada hay que temer.

LUIS. Lo espero.
Á esta mi tienda inmediata
Voy un rato á reposar.
Señores, podeis marchar.
Ved que de partir se trata.
Váse, y algunos caballeros.

ESCENA II.

ALFREDO, ALBERTO, BERNARDO, GILBERTO.

GILB. (*A Bernardo*). ¿Y piensa Su Reverencia
No descansar ni un minuto?

BER. Cuando el alma está tranquila,
Poco del cuerpo procuro
Su descanso.

ALB. Y ¿no os agitan
Los crueles infortunios
De la Cruzada?

BER. Dios solo
En sus misterios profundos
Sabrá por qué nos castiga;
Pero yo estaba seguro
Que nuestros torpes pecados
Nos traerían á lo último
Lo que nos sucede ahora.

ALB. Entónces fuera más justo
Lo hubierais profetizado
De Antioquía entre los muros,
Y no cerca de Damasco,
Despues que el alfange turco
Segó nuestros batallones.

ALF. Despues que nada en el mundo,
Sino vergüenza nos queda.

BER. Será cristiano perjuro
Quien ántes de la batalla
Haga dudar de su triunfo.
Pero ¿qué esperar debiera
Cuando al salir de los muros
De Antioquía, á los cruzados
Olvidar á Dios les plugo,
Y desertaban rebeldes
Para volver á esos muros
En busca de los placeres?
¿Qué pude esperar, si al punto
De entrar en Jerusalen,
Llegar ví en disfraz oculto
Al emperador Conrado,
Helando á todos el susto
Al verle llegar así?
¿Pude acaso esperar mucho

De Jerusalen saliendo
Á combatir en sus muros
Las huestes de musulmanes?
Á los tres reyes les plugo
Poner el cerco á Damasco;
Ellos ante el Padre justo
Sabrán dar cuenta de todo.

ALF. Si nos fué el destino crudo
Al asaltar las murallas,
La culpa no es de ninguno
De la Cruzada, que todos,
Bien sabe Dios, porque es justo,
Lidiamos como cristianos,
Á quien solo venció el numero,
Mas no la fé y el valor.

GILB. Dice bien: dígalo el turco
Á quien dividió Conrado
De un solo tajo... Presumo,
Señores, que el dia viene.
Es mejor que cada uno
Repose un rato, quedando
De entre nosotros alguno
Que vele al rey.... yo seré.

ALB. Vos descansad.... es más justo
Que yo más jóven lo vele.

GILB. Bien, marqués. Yo no os disputo,
Ni la juventud, ni el sueño:
Quedad, pues....

ALF. Y yo le ayudo.

GILB. Y vos, señor, ¿á dormir (*A Bernardo*).
Que me ayudareis presumo? (*Váse*).

ESCENA III.

ALFREDO, ALBERTO.

Alfredo se quita la coraza.

ALB. ¿Por qué arrojas la coraza?
¿Crees que nada hay que temer?

ALF. No; es que bajo la armadura
Nada tengo que perder;
Me abruma, me pesa tanto,
Como mi cuerpo y mi alma.

ALB. Mi buen amigo, el dolor
De tu pecho no se calma;
Y hoy que el infortunio vemos
Es necesario firmeza.

ALF. ¿Me falta, acaso? No viste
Como lidié con fiereza
Esta mañana?

ALB. No es eso,
No es el valor del combate....
Sufres mucho, ¿no es verdad?
Pues el dolor que te abate
Es el que debes vencer,
Yo te lo dije aquel dia,
¿Lo recuerdas? aquel mismo
Que dejamos á Antioquía....
«Te engañan.... Luis te precisa
Y halaga tu vanidad;
Pero cuando no hagas falta,
Probarás su falsedad.»

ALF. Así fué.

ALB. Cuando volviste,
Qué te dijeron, Alfredo?

ALF. Nada....

ALB. ¿Por qué me lo ocultas?

ALF. Oye: á tus instancias cedo.
Recuerdas te dí á Celina
En las puertas de Antioquía,
Aunque era yo el caballero
Que conducirla debia.

ALB. Y ella á pesar de tu engaño,
Manifestó tal firmeza,
Que me hizo admirar su alma,
Como admiré su belleza.

ALF. ¿Nada te dijo?

ALB. Muy poco.
Á diez leguas de Antioquía
Encontré un tercio de infieles
Que custodiarla debia,
Y me dijo al despedirse:
«Puedes decir á tu amigo
Que aun se queda en el desierto
Un pensamiento conmigo.»
Poco entendí esta figura
Y me volví. Sigue pues.

ALF. Del instante que partiste
Volví á mi tienda despues,
No queriendo ir á palacio
Para que el rey no advirtiera
Que no habia obedecido
Lo que su voz dispusiera.
En ese dia los jefes
Dijeron á los cruzados,
Que en el siguiente debian
Estar todos preparados
Para marchar... pero luego
Que vino la noche umbría,
Por fuerza el rey á Eleonora
La arrebató de Antioquía,
Y sin esperar el alba
Nos pusimos en camino,
Andando á Jerusalen
Á cumplir nuestro destino;
La reina y todas sus damas
Marchaban como de duelo,
Y el rey muy poco cuidaba
De prevenirlas consuelo;
Y aun se corrió que un divorcio
Estaba ya convenido...
Tres veces llegué á los carros
De la reina, y con descuido,
Ó más bien, indiferencia,
Fuí recibido por ella.

ALB. Lo creo.

ALF. Pero una vez
Seguí tan cerca su huella
Que pude hablarla, y me dijo:

«Que nada estaba en su mano
De lo que habia ofrecido,
Que Luis era el soberauo,
Y que de su real palabra
Fuera á hacer reclamacion.»

ALB. ¿Y fuiste?

ALF. ¿Puedes pensarlo?
Aun hay en mi corazon
Mucho orgullo... alucinado
Pude vivir un momento,
Pero humillado, jamás....
Fuí sin saberlo instrumento
Quizá de viles intrigas;
Mi ambicion pudo cegarme
Pero, cuando abrí los ojos,
No quise vilipendiarme.
¡Me mostraron una altura
Y me tendieron la mano!
¡Quién no quiere ver su frente
Junto al cielo soberano!!!

ALB. Esto de ejemplo te sirva,
Pues si es noble un caballero,
Solo ha de deber sus lauros
Á los golpes de su acero.

ALF. Si, mi Alberto, el pecho mio,
Si es ambicioso, es honrado:
Tú me has visto esta mañana
Batallando cual cruzado,
Has visto á Ebrardo de Barres,
Mal herido y prisionero,
Y me has visto á libertarlo
Cual cristiano caballero.
El que más me ha alucinado
Reposa en aquesa estancia;
Yo le guardaré su sueño.
¡Duerme en paz, oh rey de Francia!

ALB. Si, yo tambien se lo guardo,
Pues si, como hombre, á él
Poco cariño le tengo.
Como soldado soy fiel.
Alfredo, descansa tú.

ALF. Vete á tu tienda, del sueño
Poco preciso.

ALB. Tampoco
Será de mis ojos dueño.
Iré á recorrer el campo;
Muy pronto será de dia.

ALF. Aquí me hallarás, Alberto.

ALB. Dios cure tu suerte impía. (*Váse*).

ESCENA IV.

ALFREDO.

Se sienta en el banco que el rey Luis ocupó.

ALF. ¿Qué quieres en el fondo de mi agitado se-
Devoradora sierpe de mi felicidad? [no,
¿Qué quieres cuando el vaso de mi ventura
[lleno
Con desmedidos tragos me consumiste yá?
Á donde me conduce tu infatigable anhelo,
Como la arista seca que lleva el huracan,
Como entre la tormenta del irritado cielo
Las amarillas nubes que convulsivas van?
Ayer el universo me parecia estrecho
Para formar el eco feliz de mi ambicion:
Hoy todo es un cadáver dentro mi triste
[pecho;
Me pesa la existencia, me duele el corazon.
Magnífico aparato de la soñada gloria,
Tu brillantino velo se evaporó fugaz!
¿Por qué no se evapora tambien mi me-
[moria
Tu mágico recuerdo, tu brillantez falaz?

ESCENA V.

ALFREDO *y* CELINA.

Cubierta con un chal blanco de cachemira se va acercando lentamente, y derrama un pequeño frasco en el jarro del agua.

Por tí se fué la calma de mi alentado pecho
¿Qué quiere todavía tu májico poder?
¿Qué quiere si ha dejado mi mundo tan
[estrecho,
Que no cupo conmigo siquiera una mujer?

CEL. Mírala junto á tí.

ALF. Cielos! Celina!

CEL. Que fantasma, ó mujer, ó sombra errante,
Siempre junto á tu pié su pié camina.

ALF. ¿Cómo entraste por Dios?

CEL. Abre un dia-
[mante
Las puertas de murallas, ó de tiendas.

ALF. Vete por compasion, nada me digas,
Nada, por Dios, del corazon pretendas....
Ya todo concluyó!...

CEL. Ah! no prosigas.
No quiere hablar de corazon, Celina;
Quiere hablar de amistad dulce, apacible;
Ya que á la Europa Alfredo se encamina,
Y en el desierto quedo.... ¿Es imposible?
Es el ultimo instante de mirarnos!...

ALF. El rey va á despertar.

CEL. No todavía.
Aun podemos, Alfredo, regalarnos
Un postrimer adios...

ALF. ¡Celina!

CEL. Fria
(Le toma la mano y lo vuelve á sentar).
Tu mano está... contra mi seno ardiente
Déjala, Alfredo, por la vez postrera.
¿Por qué miro tan pálida tu frente,
Tan lánguida tu negra cabellera?
¿Sufres acaso?

ALF. Mucho.

CEL. En otros dias
Cuán risueño buscabas mi regazo,

Y al son de melodiosas armonías,
Te arrullaba el amor entre mis brazos.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALF. Sí, Celina....

CEL. Tengo sed....
(*Alfredo le dá agua.—Bebe*).
En los vastos arenales
Aun quedan de una noche peregrina
De nuestro amor ardiente las señales.
¡Qué noche! ¿La recuerdas?... Las estrellas
Poblaban el azul del firmamento,
Y la luna magnífica entre ellas,
De hermosa parecia un fingimiento.
Al pié de dos palmeras confundian
Nuestras almas sus íntimos suspiros,
Y á través de las hojas nos herian
Hebras de luz de abrillantados giros.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALF. Sí, Celina.

CEL. Tengo sed....
(*Alfredo le dá agua.—Bebe*).
Y cambiando juramentos
Volvimos á mi tienda. Amante y fina,
Solo pensaba en tí.... y en los momentos
Ántes del dia ser, buscaste el sueño,
Posando entre mis brazos tu cabeza;
Diciéndome tu voz: «mi dulce dueño,
Mi ángel, mi estrella, mi sin par belle-
za.»

ALF. Sí, Celina, es verdad: yo te adoraba;
Pero otro amor mayor dentro mi seno
Á tu amor y á mi vida separaba,
Y echó en tu amor y mi existir veneno.
Qué me quieres, por Dios! arroja un velo
Que cubra para siempre esos amores....
No es, no, mi corazon... lo quiere el cie-
lo.
No aumentes con tu voz mis sinsabores;
Pronto voy á partir. Qué hacer podria,
Sino más iracunda tu amargura?

CEL. Dormias en mis brazos todavía
Cuando vino del alba la luz pura;
Así, precisamente cual hora
Una pálida luz vase mostrando,
Y al despertarme al rezo de la aurora,
Te contemplé dormido y suspirando;
Y al despertar, coronas en tu frente
Y millares de esclavos valerosos
Te ofrecí con amor....
(*Celina vá debilitando la voz cada vez más*).

ALF. Por Dios, detente,
Los momentos, Celina, son preciosos...
Se acerca el dia, vete, huye al instante.

CEL. Dame más agua... (*Bebe*).
Bien, tus compañeros
Penetraron mi tienda... y tú, mi amante,
No impediste al más vil de los guerreros,
Que me hablase de amor. En Antioquía
Mi Alfredo huyó de mi...
(*Se toca una alborada dentro*).

ALF. ¿Oyes?

CEL. Su seno
Contra el de otra mujer unir quería.

ALF. Nos perdemos los dos!

CEL. Un nazareno
Me seguía cual tigre del desierto...
Y Alfredo á defenderme no volaba.

ALF. Vete por compasion!

CEL. Su pecho yerto...
Ni un suspiro de amor me regalaba....
Me abandonó por fin.

ALF. Por ese amor lo pido;
Se acercan, ¿no lo oís? (*Se oye ruido*).

CEL. Sí, ya me ausento...
Un poco de agua más. (*Bebe*).
Aquí en mi oido
Dime una sola vez... es un momento,
¿No me juraste, Alfredo, vivirias
Para mi corazon?

ALF. Sí.

CEL. Y moririas
Guardándome el postrero pensamiento?
Levantando un puñal que ha traido oculto, de modo que Alfredo no lo note.

ALF. Sí.

CEL. Pues cumple tan bello juramento.
(*Le hiere*).

ALF. Ay!

CEL. El último es, y al fin es mio.

ALF. ¡Santo Dios!

CEL. De tus manos un veneno
He estado gota á gota, dentro del seno
Recibiendo por tí... débil y frio,
Mi espíritu se va, pero el desierto...

ALF. ¡Ah! (*Muere*).

CEL. Verá junto á tí mi cuerpo yerto...

ESCENA VI.

LUIS, ALBERTO, BERNARDO, *y los demás.*

LUIS ¿Estais listos, señores?.,. mas ¿qué veo?

ALB. ¡Alfredo!... muerto... ¿Y tú? (*A Celina*).

CEL. ¿Yo? le acompaño.
Celina hace esfuerzos por sostener á Alfredo entre sus brazos.

ALB. ¡Miserable!

CEL. Callad: nuestro reposo
En la paz de los muertos... Europeo,
Vuelve á tu patria y cuenta sin engaño
Como saben amar en el desierto...
Ya nada se opondrá .. juntos estamos.

LUIS ¡Qué horror!

CEL. Alfredo... ¡ah! (*Muere*).

LUIS Señores, vamos.

EL POETA.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

CÁRLOS.
MARÍA.
DON ANTONINO.
DOLORES.
FEDERICO.
ELISA.
TERESA, criada.
UN COMISARIO DE POLICÍA.
HOMBRE 1.°
HOMBRE 2.°
HOMBRE 3.°
HOMBRE 4.°
HOMBRE 5.°
DAMAS.
CRIADO 1.°
CRIADO 2.°

ACTO PRIMERO.

Salon amueblado al gusto moderno. Á la izquierda del actor la puerta que conduce al interior de la casa: á su derecha la del exterior.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO *y* TRES HOMBRES, *todos en derredor de una estufa.—Momento de silencio.*

H. 1.° (*viendo el reloj*).
¡Por mi abuela que esto pasa!
Señores, las cuatro han dado,
Y desde las dos y media
Que sin movernos estamos.
H. 2.° Y lo peor sin comer.
FED. No alterarse otro cigarro. (*Dándoles*).
H. 1.° ¿No alterarse? ¡buena flema!
Hora y media apoltronados
Para esperar que concluya,
No su comida, su hartazgo,
El señor Don Antonino.
Y todo para que al cabo,
Con su semblante perruno,
Venga, y sin darnos la mano,
Nos reciba como á perros
Que vienen á incomodarlo.
H. 2.° Claro está, tiene talegas,
Y nosotros ni un ochavo.
H. 1.° ¡Talegas! muy buen provecho,
Pero sea bien criado
Y tendrá doble caudal.
Sea más fino en su trato;
Y sin tanta altanería
Reciba á gentes, que acaso
Tienen más merecimientos
Que su caudal afamado:
Á gente pobre, es verdad,
Mas de corazon honrado
Y de manos laboriosas,
Que con su mismo trabajo
Hacen crecer su riqueza,
Y la riqueza de tantos
Que con el sudor del pueblo
Se llenan de oro. Yo cuando
No pise las antesalas
De estos condes disfrazados,
Nuevos señores feudales,
Que comerciantes llamamos,
Una turca he de tomar.
Y si ahora aquí me hallo
Por mi desgracia, es porque
Debo pagar de contado
Un vale á Don Antonino,
Y por un maldito acaso
No tengo el dinero pronto,
Y de que me espere trato.
FED. Ni se mueve la ceniza.
¡Qué buenos son los habanos
Del almacen de Don Luis!
¿Tambien le hace usted el gasto?
H. 3.° No señor, no fumo buenos,
Porque los buenos son caros.
FED. Por mayor no valen mucho.
¿Usted, señor, ha comprado?
H. 2.° ¡Gracia sería! si apenas
De papel son mis cigarros,

Y dentro de poco tiempo,
Si no mejora el erario,
Para dar gusto á mi lengua,
Con la hoja de mis despachos,
Y que son de Coronel,
Haré quizás un cigarro.
¡Pero habanos! No señor:
Si hoy apenas los soldados
Tenemos para comer...
Vea usted, ya van dos años
Del año cuarenta á este,
Tres campañas se han andado
Y en tres campañas un sueldo.

FED. ¡Un sueldo!

H. 1.° ¡Pobres soldados!

FED. Y las entradas de aduana,
Patentes, papel sellado,
Derechos, contribuciones
De alcabalas y mercados
Ventas sin público, y públicas,
Y todo cuanto el erario
Percibe al fin de los meses
¿Quién se lo guarda?

H. 2.° Muy claro:
¿Qué se yo quién se lo guarda?
Pedro, Juan, Antonio, Pablo,
Le parece á usted son pocos
Los que comen en un plato?
Nosotros los militares
Solo sabemos dos cosas:
Primero, que no nos pagan:
Segundo que nos matamos
Por el primero que quiere
Que montemos á caballo,
Y sin más, ni más, nos demos
Unos con otros porrazos.
Proclama sobre proclama
Cuando ménos lo esperamos:
«A las armas, defensores
De nuestro suelo adorado;
El peligro es inminente,
Y solo con vuestras manos
La patria quedará libre;
Vuestro país no es ingrato,
Y al volver de la campaña
Compensará á sus soldados.»
Pues señor: obedecemos,
Y cuanto hallamos al paso
A los infiernos va á dar;
Se concluyen los porrazos,
Y al volver á la ciudad,
Muy lindamente miramos
Nuestro país como estaba,
Nuestras bolsas sin un cuarto.

FED. ¿Y con qué comeis?

H. 2.° ¿Con qué?
Vendiendo ciento por cuatro
Nuestros sueldos: como ahora
Vengo á hacerlo de contado
Con el tal don Antonino,
Que tiene no sé que encanto,
Ó qué tratos mejor dicho,
Para cobrar en un rato
Lo que en un año nosotros.

FED. Con que este señor...

H. 3.° Es cuanto
Quiera usted que sea él;
Porque tiene, lo que es claro
Que entre nosotros es todo,
Pesetas, señor: que cuando
Ellas faltan es un hombre
Lo que un miserable trasto,
Aquí me vé usted á mí
Por un acomodo escaso
En el gobierno, y vé usted
Que ni es ministro de Estado,
Ni... usted segun me imagino,
Vendrá buscando otro tanto?

FED. ¿Quién? ¿Yo? ¡Qué linda ocurrencia!
No, señor: ha trabajado
Mi padre, que Dios conserve,
Para darme todo cuanto
Necesito; y felizmente
Muy divertido lo paso,
Sin necesitar de nadie.

H. 3.° Pues yo creí que esperando...

FED. No, señor, no espero á nadie,
¡Gracias á Dios! he llegado
Á esta casa así no más.
Hace ya años que trato
Al señor don Antonino,
Y vengo de cuando en cuando
Para tomar el café:
Esto es todo.

H. 1.° Hube pensado
Yo tambien, como el señor,
Que por diligencias...

FED. Tanto
Me cuido yo de quehaceres
Como un juez de su juzgado.
¡Á mi edad! ¡bueno sería!
Apenas veinte y cinco años
He cumplido y más que tonto
Fuera con desperdiciarlos.

H. 2.° ¿Con que usted nada trabaja?

FED. Sí, señor, que no hay cristiano
Que se lo pase durmiendo.
Yo me acuesto y me levanto,
Como usted puede pensar:
Al levantarme me lavo
Con agua tibia la cara,
Para conservarme sano;
Me afeito, pongo pomadas
En mis cabellos rizados
Y en mi barba y mi patilla;
Despues, llamando á mi criado,
Me visto en trage de casa;
Es decir, calzones anchos
Sin tiros, ni tiradores,
Chaquetilla de verano,

Chinelas verdes y capa;
Y así, suelto y abrigado,
Paso á la mesa de almuerzo
Donde bien masco y bien trago,
Me retorno á mi aposento
Que ya encuentro acomodado,
Y en un sillon á la moda
Me dejo caer un rato
Para escarbarme los dientes,
Cual un ministro cansado
De haber ido al ministerio;
Pido despues el diario
Para mirar un momento
Si tiene comunicados,
Y si no los hay los dejo.
Luego que ya he descansado,
Vuelvo á llamar á mi negro
Para que tenga el trabajo
De volverme á acomodar.
Vuelve á vestirme, y un rato
Despues, estoy en la calle
Caminando paso á paso
Á visitar mi cochero,
Mi volanta y mi caballo,
Para decirles si gusto
Pasear más tarde un rato.
Concluida esta diligencia,
Voy á la puerta del teatro
Á ver la funcion que avisa,
Y á hacer sacudir mi palco.
Luego que termino aquesto,
Voy á frecuentar el trato
De mis buenas relaciones;
En todas partes hallando
Que me reciben contentos,
Las damas por mis halagos,
Los criados por mis reales,
Los hombres por mis cigarros
Á las dos voy á comer
Á la fonda, y tres ó cuatro
De mis mejores amigos
Me acompañan de contado:
Y acabada la comida
Se salen por donde entraron,
Y yo me vengo á esta casa,
Ó á otra cualquiera, buscando
Con quien tomar el café;
Hasta que el dia acabado
Me anuncia que ya es la hora
De ir á divertirme al teatro,
Y despues volver corriendo
Á descansar á mi cuarto...
Esta es mi vida... y ve usted
Que no es poco mi trabajo.

H. 1.° Seguramente.

H. 2.° Y no es poco

H. 2.° (¡Qué bueno para soldado!)

FED. Cuando el tiempo no está bueno,
Entonces más moderado,
Salgo apenas de mi casa
Para conversar un rato
Con un amigo poeta
Que vive á muy pocos pasos;
Y allí por bien ó por fuerza,
Consigo me escriba al cabo
Alguna cancion bonita
De amor, que se la regalo
Á la primera muchacha
Que se me presenta á mano.
Dejo por fin al poeta
Y me retorno á mi cuarto.
Despues... pero alguien viene

H. 1.° ¡Maldito gloton...! ¡Al cabo...!

ESCENA II.

DON ANTONINO *y* DICHOS.

ANT. ¡Hola, señores!

FED. Mi amigo,
Saludo á usted con afecto.

ANT. (*al hombre* 3.°) Todavía, señor mio,
No hay resultado de aquello;
Quizá mañana... sí; acaso
Mañana podré saberlo.
¡Son tantas mis atenciones
Cuando voy al ministerio!
Pero en fin, hablaré al hombre
Y conseguiré el empleo.

H. 3.° Yo desearia...

ANT. Que pronto,
¿No es verdad? muy majadero
Es usted para pedir.
Pues; y como yo no tengo
¡Mas que hacer...! Ya lo he dicho
Mañana, señor, ¡qué empeño!

H. 3.° Muy bien... usted me dispense. (*Váse*).

ANT. Vaya usted con Dios.

H. 1.° Deseo
Hablar con usted aparte.

ANT. ¿Me trae usted el dinero?

H. 1.° No, señor.

ANT. Pues nada escucho.

H. 1.° Pero...

ANT. ¡Qué pero ni peros!...
El vale cumple su plazo,
Y no hay más.

H. 1.° Yo lo confieso.
Pero un acaso imprevisto
Me pone en el duro esfuerzo,
De pedir por ocho dias
Su renovacion.

ANT. ¡Ni medio
Dia, señor! ¡Pues es lindo!
¡Qué! ¿cree usted que mi dinero
Es carne de todo el mundo?
¡Muy bonito está el comercio
Para andar con plazos! ¡Digo!
¡Poquita cosa el gobierno
Me debe en todo este año!

H. 2.° (¡Y cómo se queja el perro!) (*Aparte*).
H 1.° Muy bien, señor; sin demora
Venderé cuanto poseo;
Dejaré si es necesario
Mi familia pereciendo,
Y me venderé á mí mismo
Para pagar lo que debo.
Que ignora usted lo que cuesta
Á un hombre de noble pecho
Tener que mirar un rostro,
Que puede que valga ménos
Que la mirada que lleva;
Porque... tenga usted por cierto
Que con todos sus caudales,
El más infeliz del pueblo,
El artesano más pobre,
Dice con desprecio al verlo:
«Adios conciencia de paja
Dentro un corazon de cieno...» (*Vase.*)

ESCENA III.

MARÍA. DOLORES *y* DICHOS.

ANT. ¡Deslenguado!
FED. ¡Señoritas!
H. 2.° Fué solo acaloramiento.
(Qué bien dicho!)
FED. ¡Una insolencia!
ANT. Yo no me enfado por eso:
Son palabras de deudores.
¿Y usted mi amigo?
H. 2.° Unos sueldos
Que si á usted le conviniera
El comprarlos...
ANT. Y á cuál precio?
H. 2.° Al que se acostumbra hoy.
ANT. Muy bien, al doce por ciento.
Son muchos?
H. 2.° Como tres meses.
Ando escaso de dinero,
Por lo cual si usted quisiera
Ahora mismo....
ANT. Yo deseo
Servir á los militares
Y al instante que lo puedo
Lo hago con gusto.
H. 2.° (¡Tunante!) (*Aparte.*)
ANT. Con que, si trae el boleto...
H. 2.° Aquí está... (*Le dá un papel*).
ANT. Pues lleve usted
(*Escribe en una hoja de su cartera*).
Este otro á mi cajero
Y le entregará el importe.
H. 2.° Le quedo á usted muy atento;
Mándeme usted.
ANT. Vaya, abur,
H. 2.° (Qué carga á son de degüello
Le daria yo á los cofres
De este maldito usurero) (*Váse*).
ANT. ¿Y qué tal, don Federico?
Apostaria, y no pierdo,
Á que no ha tomado usted
Café?
FED. Lo que es muy cierto;
Pero ya ni me acordaba,
Mirando los ojos bellos
De la angelical María.
MAR. (¡Qué repugnante y qué nécio!)
¡Gracias!
ANT. Pues si usted lo quiere,
Iremos á ver, primero,
Cierta persona, inmediato,
Y despues nos volveremos
Á tomarlo.
FED. Soy de usted.
ANT. Dolores, te recomiendo
Sea en la máquina nueva,
Siempre lo gusto más bueno
Cuando lo haces tú. María
(*Llevándola aparte*).
Cuidado con el convenio:
Tu felicidad, tu calma,
Tenlo entendido, está en ello.
Si viene mientras yo salgo
No hay que andar con miramientos
Sino decir la verdad;
Ya que segun tus deseos
No he de ser yo quien la diga.
MAR. Así lo haré.
ANT. Así lo espero.
FED. Señoras, hasta despues.
ANT. Pronto el café. Vuelvo luego.
(*Vánse los dos*)

ESCENA IV.

MARÍA *y* DOLORES.

MAR. ¡Ah mi querida Dolores!
En este dia se ha ahogado
Mi corazon desgraciado
En un mar de sinsabores.
Y en mi cabeza se agita
Un inmenso torbellino,
Donde ciega y sin destino
Mi razon se precipita.
Las horas pasan y en ellas
Deshecha vuela la nube,
Donde risueña contuve
Mis esperanzas más bellas.
Felicidad, ilusiones,
Horas de amor y de calma,
Se van fugaces del alma
Como soñadas visiones.
Tú sabes cuanto le ama
Cada fibra de mi pecho,
Que se considera estrecho
Para el volcan que lo inflama.
Tú sabes que en él cifraba

Mi porvenir más dorado....
¡Mírale ya deshojado
Cuando á lucir empezaba!

DOL. No, mi sensible María;
De la más profunda pena,
Con el tiempo se serena
El rigor y la porfía,
Tu probarás que el destino,
Que es hoy tan negro á tus ojos,
No solo llenó de abrojos
La senda de tu camino.
Sé que idolatras á Cárlos,
Sé tus fuertes impresiones.
Pero á vuestros corazones
Es preciso separarlos.
¡Esfuerzo cruel, violento!
Pero cual es aquella alma
Que por un trago de calma
No bebe un mar de tormento!
Tú nos has oido hasta ahora
Sino ¡ay! á tu corazon,
Henchido de una pasion
Tan fuerte y tan seductora
Como fatal á tu dicha,
Y sin pesar tu destino
Te labrabas el camino
Para tu acerba desdicha.

MAR. No que vivia en un cielo
Lleno de amor, de ventura,
Lleno de cuanta dulzura
Bebe el alma con anhelo.
¡Mi destino! ¡Qué valia
Si para amar he nacido,
Y amaba en cada latido
Que mi corazon sentia!

DOL. ¡Desgraciada! Pero al cabo
Cárlos no puede ofrecerte
Ni su mano, ni tu suerte.

MAR. Su corazon es mi clavo.
¿Para qué mayor fortuna?

DOL. No, María, las mujeres
Tenemos crueles deberes
Que respetar, y ninguna
Puede separarse de ellos,
Sin exponer su decoro,
Que forma el solo tesoro
De nuestros años más bellos.
La sociedad no pregunta
Lo que hay en los corazones,
Mira solo las acciones,
Y su dedo nos apunta.
Cárlos es jóven, sensible,
Lleno de honor y talento,
Y lleno de amor violento,
De pasion irresistible:
Pero es pobre y desgraciado
Cual nadie en la sociedad,
Y por eso en su horfandad
De todos vive olvidado.
Su cabeza se respeta
Porque es bella y luminosa,
Pero al fin, no es otra cosa
Que un desdichado poeta.

MAR. Lo sé!

DOL. Cárlos, algun dia
Te comunicó su estado?

MAR. Sí.

DOL. Y pobre y abandonado
¿Qué te ha ofrecido, María?

MAR. Su corazon ya era mio,
Su mano dentro de un año:
Y de doblez ni de engaño
En su lábio desconfío.

DOL. Pero ántes de conocerle
No recuerdas que tu mano
La dió tu padre....

MAR. Y en vano
Hoy no puedo obedecerle.

DOL. ¿María, tu mismo lábio
No consintió?

MAR. Mas, qué vale
Una palabra que sale
De la niñez?

DOL. Un agravio
Para el honor de tu padre,
Y para tu honor, María.
Además, quizá en el dia
Á sus intereses cuadre
Más que nunca, que tu mano
Con la de Enrique se una.
Tú sabes que su fortuna
El competirla es en vano,
Y que con ser tu marido
Se curarán los reveses
Que en sus vastos intereses
Há tu padre recibido.
Sabes tambien....

MAR. Solo sé
Que al pié del altar quizás,
Habré de decir: «jamás,»
Al querer darle mi fé....

DOL. ¡María!

MAR. ¡Por él lo juro!
Fálteme la luz del dia,
Si la fé del alma mia
Por otro amor la perjuro.
Conviértase en el tirano
De mi pecho el orbe entero,
Yo lo sabré hacer de acero
Para defender mi mano.
Yo tendré fuerza bastante
Para lo que hoy se me pide,
Ya que á Cárlos se despide
Tan solo por ser mi amante.
Pero mañana, otra cosa
No esperen de mi obediencia,
Que de mi alma la excelencia
No es, por Dios, tan humildosa.

DOL. Está bien; pero siquiera
Haz que tu padre no sea....

MAR. ¡Quien lo despida! accion fea,
Indigna de quien debiera
Más miramientos mostrar,
No será mi padre, no,
Que la víctima soy yo,
Y yo quien debe llorar.
DOL. Valor un solo momento,
Y despues....
MAR. Despues la muerte
Derramará por mi suerte
Torrentes de sufrimiento.
CRIA. El señor don Cárlos.
MAR. ¡Cárlos!
DOL. Puede entrar. ¡Valor María!
(Váse el criado).
Sí, en su nobleza confia,
Y desecha esos recelos
Que te abruman.
MAR. En el alma
Siento un peso que la oprime....
No sé qué hacer.... por Dios díme
Cómo el tormento se calma,
Cómo se dá valentía
Al lábio que tiene miedo...
Por Dios, Dolores, no puedo,
Háblale tú, prima mia...
DOL. Tú sabes que yo obedezco...
MAR. Ya se acerca.
DOL. Nada ocultes
Ni tu situacion abultes
Con tus lágrimas. *(Váse).*
MAR. *(se sienta en una silla).* ¡Fallezco!

ESCENA V.

MARÍA, CÁRLOS.

CÁR. No sé que amargo sinsabor el alma
Hoy me anuncia infeliz! quizá este dia
No concluirá sin alumbrar mi llanto...
Ella me llama y la veré... ¡María!
MAR. ¡Cárlos!
CÁR. ¡Mi amor y mi ángel de consuelo!
MAR. Te he llamado, es verdad, y en el mo-
[mento....
CÁR. Me tienes á tus plantas ambicioso
De oir, de amar, de obedecer tu acento.
MAR. (¡Gran Dios!) ¿qué le diré? siéntate, escu-
CÁR. ¿Es ilusion, ó en tus divinos ojos [cha.
Hay lágrimas, María? ?Qué infortunio
Me quieren presagiar con sus enojos?
MAR. Una ilusion será... ¿Cárlos, me amas?
CÁR. ¿Si yo te amo? Pregúntame, María,
Si late el corazon dentro mi seno,
Y eso basta no más; el alma mia
Si es verdad que palpita, te idolatra;
Pues no amarte y vivir, no lo comprendo
MAR. Pues bien, si tanto amor hay en tu alma,
Un sacrificio de tu amor pretendo.
CÁR. Pide cuanto de un hombre el brazo pue-
Con valor alcanzar; pide mi vida, [da
Pide de mi alma el último suspiro,
Y de orgullo y de amor el alma henchi-
Si tú lo mandas, volará del pecho. [da.
MAR. ¿Sabrás obedecerme?
CÁR. Oye, María.
Un gérmen que es fatal entre los hom-
Traje á la tierra con el alma mia, [bres.
Y brotando sus raices con el tiempo
Apuré gota á gota su veneno;
Y ni tan solo un dia entre los hombres
Latió sin él mi lacerado seno;
Pues bien, si bondadoso entre mis ma-
[nos
Pusiera Dios un mundo de ventura,
Por una sola voz, una mirada,
Lo daria por premio á tu hermosura,
Lanzándolo en pedazos á tus plantas.
MAR. (¡Cómo poder hablar!)
CÁR. Mi triste vida,
¿Á qué debe sus horas halagüeñas
Sino al amor que tu existencia anida?
Cuando echo una mirada por el mundo
Buscando un sér que comprenderme
[pueda,
Empañando una lágrima mis ojos,
Mi huérfana mirada en tí se queda...
Cuando mi vida de sufrir cansada,
Buscando alivio al porvenir se lanza,
Mi corazon se vuelve presuroso
Á tí, María, su única esperanza.
¿Qué me pedirás pues, que no consigas
Tan pronto como verte y adorarte
Supo mi corazon?...
MAR. Tambien el mio
Ardoroso palpita para amarte;
Tambien yo te daria mi existencia
Si comprara con ella tu ventura.
CÁR. ¡Angel consolador! ¡Quién más felice
Si me embriaga la flor de tu hermosura!
¿No has visto que mis ojos ya no vierten
Ni una lágrima sola, ni un suspiro
Presagiando dolor del alma sale
Cuando escucho tu voz; despues que
[miro
Mi pasion con tu amor recompensada?
Soy muy feliz, María; nada espero
Ni hay en mí más temor que el de per-
[derte.
MAR. Pues sufre como yo: es ya el postrero
Momento de mirarnos.
CÁR. ¿Y has podido
Tan imposible accion pensar siquiera?
¡Separarme de tí! ¿Hay en el mundo
Quién tenga tal poder; quién se atrevie-
A separar tu amor del amor mio? [ra
MAR. No me comprendes, Cárlos. Un momen-
[to
De calma, por piedad. No es que me ol-
[vides

Lo que exijo de tí: es un tormento
Quizá mucho mayor: que no me veas.
Esta casa. de hoy más...

CÁR. Cesa, María;
¡Comprendo!... ¡Maldicion!...

MAR. Mi padre...

CÁR. Cesa....
Que nube de vergüenza el alma mia
Envuelve sin piedad!

MAR. Oye, bien mio.
No me culpes, por Dios; mi padre igno-
[ra
Cuán inmenso el amor en nuestras al-
Con su temible llama las devora, [mas
Y calculando un bien para su hija,
De su sola ventura la separa....
Soy la víctima yo: lloremos juntos
La suerte que el destino nos prepara,
Sin quererle oponer. Si yo pudiera
No obedecer más voz que á mis pasio-
[nes,
Tu esclava te siguiera por el mundo
Venturosa arrastrando mis prisiones.
Mas tú lo sabes ya.

CÁR. Sé que fuí niño
Presagiando firmezas en tu pecho...
Mujer y nada más.

MAR. Mujer que tiene
Para injurias y amor el seno estrecho;
Mujer que en cada fibra de su vida
Hay arrojo y amor... pero no intento
Reprender tu desden... ahoga en tu alma
Lo que llamas ofensa, y un momento
Escúchame, por Dios.

CÁR. Dí que has mentido,
Que no has podido oir que se me ofenda
Con tan torpe maldad, sin que tu lábio
De respetos mundanos se desprenda.
Díme más bien, mujer, que me aborre-
[ces,
Que desprecias mi amor loco, irritable,
Pero no te presentes mensajera
De un proceder villano y despreciable.

MAR. ¡Tambien me despedaza!

CÁR. Bien: escucha.
Porque la suerte me negó caudales
Para pagar el precio de tu mano,
Me cierra de su casa los umbrales
Tu padre sin piedad. Si los tuviera
Con afable amistad me trataria,
Vendiendo de su hija el alma pura
Cual una miserable mercancía.
¡Y un ser de corazon tan depravado
Es quien tiene la audacia de insultarme,
Y el mismo amor que ofende, hasta me
[quita
El placer y justicia de vengarme!

MAR. Recuerda que es el padre de María.

CÁR. Es mentira que injuria al mismo cielo.
¿Aquel que nos regala una existencia
Para rendirla esclava de su anhelo,
Cuándo merece el título de padre?
Esa voz ¡padre! que del alma sale,
La merece tan solo quien derrama
En la vida del hijo su cariño:
Y cuando ¡hijo! alguna voz le llama,
No cree llamarle «siervo miserable...»
Pero no me interrumpas. Es forzoso
Que obedezca á tu padre, mas en cambio
De este obedecimiento vergonzoso,
De la hija un sacrificio necesito.

MAR. Tuya es mi vida. Sí.

CÁR. El pecho humano
Jamás es débil si el amor lo anima,
Y no sabe querer, cuando liviano
No es capaz de arrostrar un sacrificio.
Pues bien, si tú me amas, al momento
Tu suerte con mi suerte estará unida.
El mundo es vasto al corazon violento,
Y fértil en recursos al que ama.
Si la fé que juramos ante el cielo
Cuando inspiró el amor en nuestras al-
[mas
No crees bastante en el mezquino suelo;
Seré cual tú, sumiso, preocupado,
Seré lo que tú quieras, y al instante
La bendicion de un hombre hará sagrada
La ardiente llama de mi amor constante.
Aunque sola conmigo, en mí hallarias
Cuanto con el alma el universo encierra,
Que para henchir de amor tu vírgen pe-
[cho
Haré que brote amor hasta la tierra...
Qué más felicidad, qué más tesoro
Que posar en mi seno tu cabeza,
Y sentir que mi seno está temblando
Al aspirar de tu alma la pureza;
Y sentir que me abraso delirante
Al escuchar tus puros juramentos,
Y salir de mi lábio convulsivo,
Relámpagos de amor en vez de alientos.

MAR. ¡Cesa por compasion!

CÁR. ¿Cuáles respetos,
Qué consideraciones para el mundo
Debemos abrigar, cuando inhumano,
En farsas siempre y en maldad fecundo
Nos roba sin piedad nuestra ventura?...
Si en este instante, consumido en llanto,
Saliera á mendingar, hombre por hom-
[bre,
Un pasagero alivio á mi quebranto,
Volviéndome los ojos con desprecio
La risa por sus lábios vagaria;
Pues yo tambien destrozo mis cadenas
Burlándose del mundo mi osadía.

MAR. ¡Cárlos!

CÁR. Mia serás hasta la tumba...
Mia serás, aunque el infierno mismo
Lanzara más rigor entre los hombres,
Y abriera á nuestras plantas el abismo.

MAR. ¡De ese modo jamás!
CÁR. ¡Y lo pronuncias!
¡Débil mujer de corazon perjuro,
Al fin te conocí! Yo me avergüenzo
De haber imaginado un amor puro
En pecho de mujer. Anda y entrega
Tu corazon cobarde á tus iguales;
Para dármelo á mí, se necesita
Que vierta amor en rápidos raudales.
MAR. ¡Este es, gran Dios, el premio á mis amores!
¡Ultrajado por él! Rasga en el seno
Mi ardiente corazon donde tú vives,
Mas no con tus palabras un veneno
Gota á gota le des. Tú eres tan solo
Mis bellas esperanzas en la tierra:
Insúltame sin compasion, y dime
Que nada á defenderme el mundo encierra.
Ágrias como la hiel tus expresiones
Penetran fibra á fibra por mi vida,
Que cuanto más rigor, más generosa
Te sabré idolatrar,
CÁR. (¡Hora homicida
De mi felicidad... Yo denigrarla!)
MER. Oféndeme, tu lengua á su capricho
Juegue con mi virtud, con mi constancia.
CÁR (¡Maldicion á mi voz!... ¡Y yo lo he dicho!)
(*De rodillas y con mucha pasion*)
Si el fuego que cunde voraz por mis venas,
Si el rayo que el alma su cáliz hirió,
Lanzó entre sus llamas, preñados de penas,
Acentos que tu alma con llanto escuchó;
Por ese que cielos y tierra domina
Y amor y bondades le dá al corazon,
Por tí, por lo que ames de esencia divina,
Te pido, María, mil veces perdon.
Tu alma que iguala la nítida hoja
De rosa naciente, de leve jazmin,
No puede, bien mio, saber la congoja
De esta alma de fuego, que insultan en mí...
Un hombre ofendióme cobarde y mezquino,
Y en llamas de ira se fué mi razon,
Mas veme de hinojos, con llanto continuo.
Pidiendo, María, mil veces perdon.
Si amor es, el mio, quien loco te ofende,
Si fuere mezquina corona en tu sien,
¿No amar la hermosura del hombre depende?
¿Á Dios no se ama con fuego tambien?
Aquí, lo que el alma constante la oprime
Es fiebre, delirio, volcan, no pasion;
Infierno que abrasa... no, cielo sublime..
¡Mil veces, María, mil veces perdon!
MAR. ¡Quién puede culparte si mira tu lloro
Si siente, bien mio, de tu alma la voz!
Con vida, con alma, mi Cárlos, te adoro..
(*Pasos dentro.*)
Mas vienen... mi padre. ¡Ay! Vete por Dios.
CÁR. Seguirme, María, promete al instante.
MAR. ¡Jamás!... ¡Imposible!...
CÁR. Lo pide á tus piés
Tu esposo, María.
MAR. Soy sola tu amante,
Tu esposa no soy.
CAR. Ya lo eres.
MAR. Despues...
Quizá en otro dia... mas piensa primero..
CÁR. Pues venga tu padre y aquí me hallará.

ESCENA VI.

DON ANTONINO, FEDERICO *y* DICHOS.

FED. Fué largo el paseo.
ANT. Señor...
CÁR. Caballero...
MAR. (*á Cárlos*). Te sigo.
CÁR. (*á don Antonino*). Os saludo.
MAR. Ve usted, ya se va.

ACTO SEGUNDO.

Una sala que representa el estudio de Cárlos.—Una gran mesa con libros y papeles en desórden, unas pistolas.—Sillas y un sofá.—Poco lujo.—al fondo una puerta que se supone dá á la alcoba,—á la derecha del actor, puerta de salida.

ESCENA I.

TERESA.

(*Saliendo con un plumero de la alcoba de Cárlos*)
TER. Pues señor, he concluido
De arreglar el aposento,
Si es que arreglar es posible
Un desarreglo perpétuo.
¡Jesús que desbarajuste!
Las camisas por el suelo,
Las botas sobre la silla,
Sobre la cama el sombrero
Baston y guantes y capa
Por los rincones revuelto;
Y esto toditos los dias,
Y todos los dias tengo
Que colocarlo en su sitio.

Este otro cuarto no debo
Segun dice, acomodarlo,
Porque los libros revuelvo,
Y le pierdo los papeles
Y con mi alma agradezco
Me prive tal compromiso;
Que acomodar ese infierno
(*Por la mesa*).
Obra seria de un año.
¿Y todo este desarreglo
De qué proviene? Muy claro:
De pasarse todo el tiempo
Entre librotes, papeles,
Entre suspiros y versos....
Este hombre se ha de matar.
Se pasa dias enteros,
Sin más que una bagatela
Por comida y por almuerzo,
Y dale con horas, y horas
Pasarse siempre leyendo,
Cual si los libros nutrieran
Como nutre un buen puchero.
De noche sale á las ocho,
Canta las doce el sereno,
Y ételo aquí que ya viene
Cabizbajo, macilento,
Tirando sobre las sillas
Capa, guantes y sombrero,
Cual si le dieran fastidio.
Lo primero, en el momento,
Es sentarse, y revolverse
Con los dedos el cabello,
Despues la pluma en la mano,
Y adiosito, allá van versos....
Se para, camina, piensa,
Conversa consigo mesmo,
Y vuelve á sentarse, y vuelve
A dejar limpio el tintero.
¡Jesus! á veces presumo
Que no anda bueno el cerebro;
Pero ya se vé ¡poeta!
¡Ay! qué malas se las veo
A la mujer de tal gente.
Pasar la noche escribiendo,
Y despues débil, sin fuerzas,
Medio vivo y medio muerto...
Pero alguien creo que viene;
Él ha de ser, que está enfermo
Hace diez dias, y apenas
Hoy ha salido á paseo.

ESCENA II.

CÁRLOS, TERESA.

TER. ¿Está usted mejor, don Cárlos?
CÁR. Sí, Teresa; algo padezco,
Pero me siento más fuerte,
Me ha probado este paseo.
TER. La alcoba está acomodada.
CÁR. Gracias.
TER. Y ya segun creo
Son las cinco de la tarde,
Y si usted tiene deseos
De comer, hay un pollito
Y unas...
CÁR. No, nada apetezco.
TER. Pero, señor...
CÁR. Á la noche,
Despues... en otro momento.
TER. Como usted quiera; yo cumplo.
CÁR. Lo sé, Teresa, y no tengo
Como compensar á usted
Tanto cuidado.
TER. Es un bledo.
¡Eh! no, señor; que usted sane,
Que esté robusto y contento
Es mi ambicion, nada más.
CÁR. (¡Pobre mujer!) Lo agradezco.
TER. Con que entonces....
CÁR. Nada más.
TER. Si viene algun caballero...
CÁR. Que entre.
TER. Bien.
CÁR. Si la señora,
Aquella de traje de negro
Que viene todos los dias,
Quisiera verme, primero
Repare usted si hay visitas,
Y si así fuera, un momento
Que me espere.
TER. Y haré á usted
Una seña desde adentro.
CÁR. Eso es.
TER. Pues de contado
Cumpliré á usted su deseo. (*Vase*).
(*Cárlos se sienta al lado de la mesa*)
Hace diez dias que un mundo
Descansa sobre mi frente,
Que ya lucha débilmente
Con el peso abrumador;
Diez dias ha que en mi pecho
Siento una guerra de muerte,
En que ora vence mi suerte,
Ora vence mi dolor.
¿Es virtud ó es inconstancia,
Preocupacion ó falsía?
Dímelo, por Dios, María,
Aunque me cueste el morir.
Díme si me has engañado,
O si los dias demoras,
Para endulzarme las horas
De un cercano porvenir...
¡Por qué, Dios mio, pusiste
Tanto amor dentro mi seno,
Si tan amargo veneno
Me reservaba el amar!
¡Por qué de llamas ardientes
Llenaste mi fantasía,
Si nieve solo debia

Sobre la tierra encontrar!
¡Por qué pusiste en mi alma
Tan hermosos sentimientos,
Si crueles padecimientos
Debieran solo envolver!
¡Por qué cual soy me formaste,
Si es en la tierra mi vida
Flor sobre tumba nacida
Que repugnan recojer!...
¡María! tú eres á mi alma
Lo que la brisa á las flores;
Sé constante en tus amores,
Angel puro celestial;
Que si siento tus enojos
Serán en mi jóven seno,
Lo que en un arbusto ameno
Las furias del vendaval.
Diez dias sin oir tu acento,
Sin contemplar tu hermosura....
Es demasiada tortura;
Demasiado padecer...
Pero alguien viene; si acaso
Fuera Dolores.... la amiga
Que mis pesares mitiga...
¡Siempre importuno ha de ser!

ESCENA III.

CÁRLOS, FEDERICO.

FED. Y bien, cómo vá, qué tal,
Cómo se halla mi poeta?
CÁR. (¡Hasta en saludar es nécio!)
Mi salud casi está buena,
Federico, muchas gracias.
FED. No tal; debe estar enferma,
Y siempre, y siempre estará;
¡Pues es nada la friolera
De su escribir y leer!
Sin pasear, sin comedia,
Sin comer ni beber bien,
Ni enamorar, ni... ¡Es buena
La vida que usted se pasa!
La mia engorda, dá fuerza,
Vea usted si yo padezco
Ni siquiera de las muelas,
Y siempre alegre; paseando
Sin enfermedad ni penas,
Para despues á mi casa
Volver con el alma quieta,
Y sin zozobra ni llanto,
Echar sobre mi marqueza,
Un sueño de *diputado*,
O como dicen, de piedra.
CÁR. ¡Qué quiere usted! nada tengo
Con que distraer mis tareas.
FED. Baile usted.
CÁR. Poco me place.
FED. Vaya usted á la comedia.
CÁR. Me fastidio... Desearia
Ver siempre sobre la escena
Algo nuestro... americano....
Mas hallo con impaciencia,
Siempre la Europa y sus reyes,
Como una caduca vieja
Incomodando á una niña.
FED. Dé usted alguna gaceta
Con muchos comunicados,
Y así ganará pesetas
Y nos hará reir á todos.
CÁR. Peor que peor! nuestra prensa
Tiene tres sendas; la una,
Para el poder; hay en esta
La adulacion, la mentira,
Torpes y viles bajezas,
Y una obligacion contínua
De hacer lo que otro desea;
Y en ella no piso yo.
La segunda es línea recta
Al honor de las familias,
Deshonrando nuestra prensa
Con insultos personales,
Y miserables reyertas.
Para esta se necesita
Una alma ignorante ó nécia
Y en ella tampoco piso.
Y por fin, va la tercera
En derechura á la cárcel;
En esta huella se encuentra
La libertad, el valor
Y la más pura nobleza
De una alma ilustrada y firme,
Pero al fin termina ella
Como ya he dicho, en la cárcel,
Y no quiero conocerla.—
Ya lo ve usted, imposible
Que pueda dar la gaceta.—
FED. Pues entre usted en política,
Y grita usted, vaya, venga,
Y así á todos alborota
Y llena sus faltriqueras.
CÁR. Peor es esto que lo otro.
¡No me dé Dios tal idea!...
Eso que usted y otros muchos,
Llaman política, fuera
Mucho mejor la llamaran
Infierno que se alimenta
Con la ignorancia de todos
Y el egoismo y miseria
De unos cuantos de los nuestros,
Que por ser tontos y malos
Son buenos por excelencia
Para mandar nuestro pueblo.
No, amigo; no. En nuestra era
La política nos mancha
Ó nos hiere la conciencia;
Y el jóven de pecho noble
Líbrese por Dios de ella,
Si quiere guardarse puro
Para los tiempos que vengan.
FED. Pero esos tiempos!...

CÁR. Vendrán,
Como en pos de la tormenta
Nos saluda un bello dia.
Este período que rueda
Lleno de sangre y de luto
Tan preciso es que así sea,
Como es preciso sufrirlo:
Nuestro presente es la arena
Donde hay un combate á muerte,
Entre nuestra vida vieja,
Y la vida que nos viene.
Cuando en la lucha por fuerza
Caiga deshecho lo viejo,
La América grande y bella
Sobre su trono sentada,
Extenderá fuerte y diestra
Para alzar la juventud.
FED. Pues bien, ya nada le queda
A usted que escoger, muy claro,
Por supuesto, la carrera
De las armas no conviene
Á su salud tan enferma.
Diputado... es imposible,
Pues un diputado es fuerza
Que tenga fincas, ó en plata
Un...
CÁR. Un caudal de elocuencia.
Dice usted bien, sin dinero
Es prohibida la defensa
De los pueblos y sus leyes,
Dice usted bien...
FED. La carrera
De abogado....
CÁR. Donde el sable
Es la ley? otra simpleza!
FED. Con que al fin...
CÁR. Al fin, amigo,
Seré una planta extranjera
Sobre un suelo en que no prende
¡Qué quiere usted!
FED. Es muy bella
La imaginacion de usted,
Sus versos por donde quiera
Se alaban con entusiasmo,
Pero, mi amigo, «pesetas»
Es la mejor alabanza,
Y ya sabe usted que en ellas
No se convierten sus versos.
Creo pues, que usted acierta
Dejando la poesía,
Los papeles, y... ¿Qué fuerza
Hay de estar siempre leyendo,
Ni de ser siempre poeta?
CÁR. Dice usted muy bien, qué empeño
Hay de que el sol en la esfera
Esté siempre iluminando;
Que esté brotando la tierra
Los árboles y las flores;
Ni que esté el pobre poeta
Brotando versos de alma?

ESCENA IV.

DICHOS *y* TERESA.

TER. Señor...
CÁR. Entiendo, Teresa; (*Váse Teresa*)
Amigo mio, un obsequio
Quisiera de usted.
FED. Cualquiera;
Hable usted.
CÁR. Tengo deseos
De asistir á la comedia
Esta noche, mas no iria
Si me venden mi luneta.
FED. Y usted quiere que de paso
Ordene que no la vendan!
CÁR. Eso es.
FED. Voy al instante.
CÁR. Perdone usted la molestia.
FED. Qué! no es nada. ¡Si me place
Ver como con mis arengas
Le voy á usted transformando.
Hoy la comedia desea,
Mañana querrá usted bailes,
Y pasado...Á dios poeta!
Se acabó la poesía,
Y se acabaron leyendas.
Verá usted como las gracias
Me ha de dar. Es cosa cierta.
Usted mudará, hasta luego. (*Váse.*)
CÁR. ¡Pobre jóven! !si supieras
Que para apagar la llama
Que en mi espíritu se encierra,
No hay más resorte en el mundo
Que apagarse mi existencia!
Multitud sin pensamiento,
Sin pasiones rie y piensa
Que un corazon cual el mio
Puede vivir en la esfera
Donde giras ofuscada.
Que mi cabeza que vuela
Como el cóndor á las nubes,
En medio de la tormenta
Que la frente le sacude;
Puede vivir satisfecha
Si se arrastra miserable
En el polvo de la tierra...
Rie, burla, ¿qué me importa?
Si cuando tú me desprecias,
Con los brazos de mi mente
Alcanzo otra época bella,
Á la que arrastro á mi lado
Para posar mi cabeza.

ESCENA V.

MARÍA, DOLORES, CÁRLOS.

CÁR. (*La toma la mano!.*) Cielos! ¡María!

DOL. Despacio
No vamos tan de carrera,
Sinó...
MAR. Cárlos!
CÁR. ¡Angel mio!
Dolores, usted me entrega
La felicidad del cielo,
Y no estaba, no, dispuesta
Mi alma para recibirla.
Ni sé lo que hago, y mi lengua
No sabe lo que pronuncia....
¡María!
MAR. Lo que me cuesta
Este paso no lo sabes.
CÁR. ¡Te arrepientes!
MAR. Temo sea
Motivo para que Cárlos
En ménos valer me tenga.
DOL. No será así.
CÁR. Nunca, nunca,
Mil veces más hechicera
Te vé mi alma este momento;
Déjame creer no sueña
Mi exaltada fantasía...
Tanto dolor, tanta pena,
Con no verte he padecido
Que no me parece cierta
La felicidad que siento.
DOL. Debe ser muy pasagera
Nuestra visita. He querido
Que la situacion violenta
En que se hallan vuestras almas,
Cese de alguna manera,
Aun cuando sea preciso
Cometer una imprudencia,
Cual el traer á María.
Pero ella sola en la tierra
Impera en usted y veo
Que es necesario que ejerza
Su poder; oígala usted.
Pero oígala sin violentas
Sensaciones. Mucha calma,
Mucho valor y entereza
Es preciso, de otro modo
Hará usted que me arrepienta
De lo hecho; y que la suerte
De usted y tambien de ella,
Se convierta en desgraciada
Pudiendo ser lisonjera. —
Iré á dentro un cuarto de hora.
«Cárlos, con usted se queda.»
CÁR. Como si un ángel quedara
Velado por la pureza.

ESCENA VI.

CÁRLOS, MARÍA.

MAR. Mujer generosa!
CÁR ¡Ah! ¡mucho lo es!
MAR. Y el cielo la hace
Dichosa tambien.
Amor en su alma
Latió alguna vez,
Y al punto felice,
Lo sabes muy bien,
Fué esposa del hombre
Que estaba á sus piés.
CÁR. Un dia estaremos
Unidos tambien,
Que no hay á estorbarlo
Temible poder;
Si me ama, María,
Tu pecho con fé,
Del mundo burlemos
La saña cruel.
¿Acaso el Eterno
No tiene á sus piés,
Los votos de tu alma
De mi alma tambien?
MAR. Si jura mi seno
Lo jura por él,
Y nunca perjura
Mi labio despues.
Mas, Cárlos, si el mundo
Nos pone un deber,
Forzoso es cumplirlo,
Llorando tal vez.
CÁR. Lo cumple quien gusta
Del mundo el placer,
Lo pisa quien bebe
Torrentes de hiel.
¿Qué debo yo al mundo
Si rie al poner
De abrojos y espinas
Alfombra á mis piés?
MAR. Escúchame, Cárlos
Escúchame y ten
Sin fiebre tu alma
Tranquila esta vez.
CÁR. Lo mandas, bien mio,
Cumplir es deber.
MAR. Tú sabes que un dia
Tú voz escuché,
Y al punto del pecho
Mi calma se fué;
Y luego de hinojos
Al verte á mis piés,
Te dí con mi afecto
Mi vida tambien.
Á tu alma de fuego,
Sin copia tal vez,
Forzoso era otra alma
De fuego poseer,
Y yo en mis entrañas
Un fuego activé,
Bastante á abrasarse
Mil almas en él.
CÁR. Así en esos dias
Mi vida pasé,

Creyendo que el cielo
Rodaba á mis piés.
MAR. Pues bien, esa llama
La alienta mi fé,
Y hoy más te idolatro
Mil veces que ayer.
CÁR. ¡María!
MAR. Mas sabes
Que hay otro poder
Que manda y es fuerza
Me incline ante él.
Qué quieres! soy hija,
Soy débil mujer,
Y siempre obediente
Pasé mi niñez.
Mi padre ha querido,
Severo y cruel,
No vuelvas á verme
Ni á darme tu fé.
En tal ocurrencia
¡Qué resta que hacer!
Tu honor te lo manda,
Lo pide tu bien,
No verme, ¿es verdad?
CÁR. ¿No verte? ¡Pardiez!
Al mundo provoco,
Y al cielo tambien.
MAR. Esfuerzo violento,
Muy bien que lo sé.
Pero hay algun medio
Que alivia tal vez
Tan dura sentencia,
Tan cruel proceder.
CÁR. Pronuncia, María
Pronuncia, cual es?
MAR. No es duro que cerca
Vivamos sin ver,
El uno del otro
Siquiera la tez?
CÁR. ¡Horrible! ni quiero
Pensarlo una vez.
MAR. Saber que á dos pasos
Espera el placer,
Y ansiando correrlos,
Quedarse de pié?
CÁR. Concluye, María,
Me matas cruel.
MAR. Pues bien, por un año,
Un tiempo cualquier,
Visita otros pueblos
Que léjos estén.
CÁR. Mas tú?
MAR. Conservando
Me quedo tu fé.
CÁR. Jamás.... imposible....
Si vienes tambien,
Partamos burlando
La suerte do quier.
No quieras que falsa
Te llame otra vez.
No ha mucho, recuerdas?
Feliz escuché
Valiente promesa,
Mentida que fué:
Mi voz contuviste
Diciéndome «iré,»
Y diez dias corren
Faltando á tu fé;
Mas yo te perdono
Todo esto, mujer,
Si dices «partamos,
Tu esposa seré.»
MAR. Tu esposa, sí, Cárlos,
Lo juro, mi bien,
Mas no es del momento
Tan grato placer.
Auséntate un año,
Y al fin yo podré
El *sí* de mi padre
Dichosa poseer.
No sabes que quedo
Sufriendo tambien,
Un otro tormento
Que abruma mi sér?
No sabes que quiere
Mi padre cruel,
Que á un sér que desprecio
Mi afecto le dé?
CÁR. Es viejo ese empeño,
Muy bien que lo sé,
Mas tú lo desprecias
¿No es cierto?...
MAR. Lo es.
CÁR. Entonces no temo
Me olvides por él,
Si acaso le odiáras
Temiera tal vez.
MAR. ¡Oh! ¡nunca lo temas!
Bien pueden hacer,
Que nunca dichosa,
Mi mano te dé;
Mas no me presuman
Tan débil mujer
Que crean es fácil
Jugar con mi fé;
Hasta hoy de obediencia
La copa apuré,
Mas puedo cansarme
De tanto beber.
TER. (*Dentro*). Señor no se puede,
Deténgase usted.
ANT. (*Id.*) No importa, no reza
Conmigo esa ley.
MAR. !La voz de mi padre!
CÁR. Aciertas; él es.
MAR. !Salvadme, Dios mio!
CÁR. Tu Dios soy yo.... Ven.
(*La entra precipitadamente á la alcoba y cierra la puerta.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS, DON ANTONINO, TERESA.

Esta última sale conteniendo á don Antonino, mas luego que vé solo á Cárlos se sonrie y se vá.

ANT. ¡Posma de vieja! Apuesto que me ha roto
Los faldones del frac....
CÁR. Es un abuso
Que disculpa la órden que la he dado,
De que no entre hasta aquí hombre nin-
Sin hacerse anunciar; y no sabia [guno
Que para ciertos séres de este mundo,
Por ejemplo el señor don Antonino,
No hay puertas que se cierren.
ANT. No lo dudo,
Entre gentes amigas, por mi parte
Nunca las etiquetas acostumbro.
CÁR. (*Con ironia.*) ¡La franqueza es lo que hay!
[lo que no gusta
Se dice sin dobleces ni discursos,
Mas creia, señor, que entre los hombres
Poderosos y francos á lo sumo,
La reciprocidad en las acciones
Era un convenio que ajustaban mútuo.
ANT. Así debe de ser; pero no siempre
Podemos sujetarnos á los usos;
Hay ocasiones....
CÁR. Sí, que puede un hombre
Arrojar de su casa á un importuno;
Y para más reir viene á la de éste,
Y siguiendo el capricho de su orgullo,
Penetra, grita, burla á los criados,
Y se presenta audaz al importuno
Diciéndole con esto: «miserable,
Yo valgo más que tú, por eso injusto
Te cometí una ofensa, mas tú debes
Hasta en tu misma casa mis insultos
Con calma tolerar!» Es grande cosa
Poder esto decir!... Es grande gusto!
ANT. No hay ya que recordar de lo pasado.
Hablemos como amigos; yo procuro
Una conciliacion entre nosotros.
CÁR. En el seno del alma más oculto
Me hirió, señor, vuestro ágrio desacato;
Y yo mismo no sé porque la plugo
A mi lengua callar. Pues yo lo olvido
Para siempre, señor... Aun más, os juro
Vereis en mí durante mi existencia
El hombre más leal que nacer pudo,
Hasta vuestros caprichos respetando.
Y si cabe respeto en el sepulcro,
Cuando descanse en él allí mandadme,
Y saldrá á obedecer mi sombra al punto.
Pero un solo favor en cambio os pido;
Es María, señor, mi Dios, mi mundo,
Mi inspiracion, y mi univero entero;
Mi corazon la adora. Noble y puro
Por ella vive, y para ella late;
Ella me ama tambien, y en santo nudo
Palpitan á la par nuestras dos almas.
Si el cielo me la dió, con labio duro
No me la negueis vos, por ser su padre,
Un año nada más. En su transcurso
Yo encontraré los medios con que pueda
Ser su esposo feliz. Un año, os juro,
Me bastará, señor: de sus riquezas
Nada pretenderé; sed absoluto
En disponer de ellas al antojo,
Solo en María el corazon procuro.—
Dádmela pobre, aislada, sin fortuna,
Y agradecido entonces cual ninguno,
Contaré me habeis dado el universo.
ANT. ¡Qué locura de mozo! Yo no dudo
La ameis como decís; cuando uno es jó-
[ven
Las pasiones, Jesus, son un profundo
Infierno que tenemos en el pecho:
Mas por felicidad no duran mucho,
Y en esto anda el amor muy acertado.—
Mas ay, amigo mio! es trance duro
El casarse no más que por casarse
Con quien se quiere y en cualquier mi-
[nuto:
Para casarse, lo primero, es plata,
Y esas fuertes pasiones lo segundo;
Porque, por bien ó mal, es necesario
Los conduzca á quererse el santo nudo...
Esto no es aplicable á nuestro caso,
Porque á mi hija os daria sin disgusto
Si no fuera....
CÁR. ¡Que ya está prometida!
¡Y á este hombre mi labio rogar pudo.
ANT. Pero quiero probaros que os aprecio,
Y porque nunca me llameis injusto,
Un sacrificio hacer. Sé que mi hija,
A quien el cielo concederla plugo
Un corazon igual al de su padre
En generosidad....
CÁR. ¡Y aun esto escucho!!
ANT. ¿Me atendereis ó no?
CÁR. Es necesario.
ANT. María, pues, sin precaucion, sin mundo,
Generosa escuchó vuestros amores;
Y buena como es, quizá no pudo
Mirar sin compasion á quien la amaba.
CÁR. ¡¡Aun otro insulto más!!
ANT. Y fuera injusto
No proceder así; vuestro talento,
Vuestra amabilidad....
CÁR. Señor, al punto,
Esplicaos ¿qué qneries? me causa hastío
Ese lenguaje ya.
ANT. Pues bien, procuro
Vuestra felicidad y la de ella;
Vuestra felicidad, porque amo mucho

La juventud y anhelo el protegerla,
Y la de ella, porque ver es duro
Que se pasen sus años sin hallarla
Un enlace feliz como ninguno.

CÁR. (¡Quisiera deshacerlo entre mis manos!)

Va anocheciendo; sale Teresa, pone una vela sobre la mesa y se vá.

ANT. En este caso, el medio más seguro
De todo conciliar, es que algun tiempo
Os separeis de aqui; tengo en Hamburgo
Algo que recaudar de cierto agente,
Que no se porta bien. Os aseguro
Vuestro pasage, y además no poco
Para un tiempo vivir; no habrá ninguno
Que desechar quisiera tal convenio,
Y que solo por vos hacer no dudo,
Porque yo soy así; siempre deseo
Desmentir con acciones lo que el vulgo
Suele decir de mí; suelen llamarme
Avaro, miserable; pues yo juro
Los he de desmentir con este hecho.—
Pues por todo este bien que ahora os anuncio
¿Qué creeis voy á pedir... Una friolera...
Una simpleza, vamos, lo que busco
Por todo lo que os doy es, que esta carta
Firmeis para María; en ella nulo
Queda ese amor, esa locura, y esa...

Cárlos que mientras ha estado hablando D. Antonino, ha manifestado un esfuerzo violento sobre mismo, al oir las últimas palabras le arrebata la carta.

CÁR. Ese lábio sellad... ¿Hay en el mundo
Un corazon más seco ni más duro
Que vuestro corazon? ¿Pensais acaso
Que el corazon enamorado y puro
De una mujer se cambia por el oro?
Pensais que un hombre como yo, que tuvo
Desde que vió la luz, noble su alma,
Se puede convertir en un minuto
En traficante vil de sus pasiones?
Para tan ruin accion buscad en muchos
De vuestra misma especie: esos *señores*
Que como vos, ostenta cada uno
Riquezas, influencias, y se venden
Por un puñado de oro todos juntos...
Vosotros que teniendo vuestras arcas
Preñadas de metal, con torpe orgullo
Al pueblo despreciais, y de sus leyes
Reís y burlais sin miramiento alguno!
Que mientras con su sangre el pueblo compra
Justicia y libertad, quedais seguros,
Impávidos mirando sus desgracias...
Y á la sombra de lágrimas y luto,
Agrandais sin temor vuestros caudales,
Sin escuchar siquiera el grito agudo
Que en sus dolores mil el pueblo lanza;
Pues si para librarlo de *verdugos*
Se os va á pedir un peso, miserables,
Cerrais vuestras gavetas con orgullo.

ANT. ¡Insolente!

CÁR. Mirad, mirad la estima
Que hago de vuestra carta: si esto os plugo
Que lo firmara yo; á mí me place
De este modo pagar vuestros insultos.

Rompe la carta y arroja los pedazos.

ANT. ¡Atrevido! *(Tomando una silla)*

CÁR. ¡Qué haceis!

Cojiéndole el brazo y dominándole.

María que habrá estado escuchando el diálogo, dejándose ver de cuando en cuando, dá un grito y abre la puerta en actitud de arrojarse á la escena: Cárlos en el instante dá un golpe al candelero, arrojando la luz al suelo, y corre á tomar á María, indicándole silencio,—todo esto debe hacerse con suma rapidez.

MAR. ¡Ah!

CÁR. *(A María)* ¡Deteneos!

ANT. Deslenguado y audaz, por mi alma juro:
Que os habrá de pesar...

CÁR. ¿Teresa? pronto.

Conduce á María hasta la puerta de entrada; al salir Teresa, se la entrega.

TER. ¡Qué oscuridad! ¿Señor?..

CÁR. Luz.

Le entrega á María.

ANT. Aun lo dudo...
¡Tan grande atrevimiento! ¡por mi vida!

Sale Teresa con luz.

CÁR. *(A Teresa)* Bien está, retiraos.

ANT. El trato duro
Que me acabais de dar, nunca en olvido
Se quedará, señor; ya ni un segundo
Quiero permanecer en vuestra casa.

Al irse precipitadamente, Cárlos le detiene de un brazo y le sienta en una silla.

Mirando con inquietud hácia dentro como deseoso de saber si se ha ido María.

CÁR. Es fuerza me pagueis vuestros insultos
Cinco minutos ahí quedad sentado.

ANT. ¡Cómo se entiende! ¿á mí?

CÁR. Cinco minutos.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Sofía, brillantemente iluminada y lujosa. Á la derecha del actor puerta de entrada, á la izquierda la que conduce al salon donde se supone el baile. En medio de la sala una mesa con dulces y licores. Durante el acto se tocarán dentro diversas piezas de baile.

ESCENA I.

HOMBRE 4.°, HOMBRE 5.°

H. 4.° Vamos, no cierres la boca;
No seas tonto, haz lo que hago:
En un baile, bailo y trago,
Pues que no siempre nos toca
Buen baile con buena cena.
H. 5.° Echa vino.
H. 4.° Y que hace frio.
H. 5.° Por tu dicha, amigo mio.
H. 4.° Dios te la depare buena. *(Beben.)*
H. 5.° ¿Entramos?
H. 4.° Aguarda un poco...
Es tan rico este almendrado...
Amigo mio, es pecado
De muy necio ó de muy loco
No comer bien en un baile.
¡Digo! para eso es la mesa.
H. 5.° Pero cuanto halles en esa
Tragártelo como un fraile,
Hombre, tambien es canina.
H. 4.° Vaya por las ocasiones
Que en otras muchas reuniones
No hay ni fuego en la cocina;
Y se pasa uno bailando
Toda la noche, y ni *un mate*
Le dan por más que se trate
De andar las criadas rondando.
Mulatas de Barrabás
Que dicen —«*me lo han pedido*,»—
Y con el brazo extendido
Le dejan á uno al pasar.
Nada amigo; si á la mano
Nos viene una buena cena,
Dejar la barriga llena
Para bailar más ufano.
H. 5.° Creo que van á cantar.
H. 4.° Ahora, sí... pero, hay habanos,
¡Bien! partamos como hermanos
Esta docena...
H. 5.° ¿Tomar?
Tantos?
H. 4.° Habrán de venir
Á parar en boca de otros,
Pues tomémoslo nosotros
Y no hay nada que sentir,
(Se guardan en el bolsillo algunos cigarros.)
H. 5.° Oigamos.
H. 4.° ¡Ah! es María,
La cantora destinada;
«Como es tan aficionada
Al canto y la poesía.» *(Cantan.)*
«De los poetas la triste vida
Si algo la cura de su dolor,
Es el amor, es el amor.
Y el sueño de oro que al alma agita
Desde la ardiente primer edad,
La libertad, la libertad.»

ESCENA II.

CÁRLOS, FEDERICO *y* DICHOS.

Aparecen en la escena ántes de concluir el canto

FED. He leido esta cancion.
CÁR. Pues quiera usted olvidarla,
Ó al ménos donde la ha visto.
FED. ¡Oh! no hay temor: reservada
Es mi lengua cual ninguna.
H. 5.° *(Al hombre 4.°)* ¡El poeta!
H. 4.° Me dan ganas
De reir lo que le veo.
H. 5.° ¿Por qué?
H. 4.° Si tiene una cara
Siempre tan séria... ¿Crees tú
Que tiene tan séria el alma?
H. 5.° Botaratería es todo.
FED. *(A Cárlos)* ¿Quiere usted que yo la haga?
CÁR. Sí, al momento.
FED. No hay cuidado,
La saco á bailar, y... ¡vaya!
Verá usted :: Señores, creo
Que está buena la jarana.
H 4.° ¡Excelente!
FED. Pues veamos
Si una cuadrillas se bailan: *(Entra)*.
CÁR. Y bien, señores, ¿qué es esto?
¿Ya no hay flores en la sala
Para su ámbar respirar?
H. 4.° De todo, hay rosas y malvas
Y jazmines y vireinas;
Pero dejamos las damas,
Y la música y las flores,
Porque el estómago estaba
Con suma inquietud.
CÁR. ¿Y ahora
Van ustedes á la sala
Otra vez?
H. 5.° En el momento:
¿Y usted no viene?
CÁR. Sin falta:
En el instante.
H. 4.° Pues vamos.
H. 5.° Sí, sí, la noche se pasa.
(Entran en la sala y cuando pasan la puerta Cárlos se vuelve.)

CÁR. Pasad vos, gente dichosa,
Y con el alma dormida,
Dejad despierta la vida
Jugando su juventud.
Pasad, así rueda el mundo:
Unos lloran y otros cantan,
Con vida unos se levantan
Y otros caen al ataud.
Dejad que corran las horas
Sin ver que se van con ellas
Las esperanzas más bellas
En nubes de oscuridad;
Y entre risa ó entre llanto,
Al pasar cada minuto,
Vamos pagando un tributo
Que guarda la Eternidad!!!...
¿Y yo aquí, qué es lo que busco?
Verte, María, un instante,
Ya que la suerte inconstante
Me aleja siempre de tí.
¡Un mes! un siglo ha corrido,
Y ni un momento tus ojos
Para calmar mis enojos
He visto cerca de mí.
¿Qué vale que en cada carta
Me jures ser siempre mia,
Si no te veo, María,
Ni llega al alma tu voz?
Amar y ser desgraciado:
Sentir que hay algo en la mente,
¡Y estar humilde la frente!
Esto no es vida, por Dios...
Querer mi patria; querer
Hasta el polvo de su suelo,
Y ver rodando en su cielo
Las nubes de tempestad:
Huracan que en sus bramidos
Nada el hermoso respeta,
Y ahoga la voz del poeta
Como ahoga la libertad!!!
¿Dónde hallar inspiraciones?
¡Porvenir, yo te venero!
Muéstrame un rayo ligero
De tu hermosa claridad:
Aliéntame con tu lumbre
Pues se entibia mi coraje,
Al ver el negro ropaje
Que viste mi sociedad.

ESCENA III.

CÁRLOS *y* FEDERICO.

FED. Está hecho, amigo mio;
Quiero decir, medio hecho:
Me fuí á Dolores derecho;
Porque baile insto, porfio,
«No puedo, me duele el pecho»
Me dió por contestacion.
Entonces, la hablo, la digo:
Á usted espera un amigo
En la entrada del salon;
¿Quiere usted venir conmigo?
«Voy allá,» me dijo al punto,
Y con rostro de alegría
Se fué á charlar con Maria
Y se olvidó del asunto.
¡Es burla, por vida mia!
CÁR. No, Federico, vendrá.
FED. ¿Qué ha de venir? Suelto el pico
Una vez y el abanico
De una mujer...
CÁR. Ahí está,
¿La vé usted, don Federico?

ESCENA IV.

MARÍA, DOLORES *y* DICHOS.

FED. Pues, señor, milagro ha sido.
CÁR. ¡María!
MAR. ¡Cárlos!
DOL. (*A Cárlos*). ¡Cautela!
Este vals anda que vuela;
Mi incomodidad se ha ido.
Si usted quiere... (*A Federico.*)
FED. Me revela
Usted su bondad con eso.
DOL. Pues entremos... Ven, María,
En el instante.
FED. Yo sentia
Que usted sufriera el exceso...
DOL. A bailar... La noche es fría...

ESCENA V.

CÁRLOS, MARÍA.

CÁR. ¡Dueña del alma!
MAR. ¿Has llorado por mí?
CÁR. ¿Quién puede amarte y no llorarte au-
[sente?
MAR. ¡Tanto tiempo sin vernos!
CÁR. No hay tormento
Que yo no haya probado.
MAR. Insuficiente
Hasta el llorar me ha sido —vé si el al-
Ha sufrido esta vez. [ma
CÁR. Pero te veo,
Vuelvo á tener tu mano entre las mias,
Y ya no sufro más, ni más deseo.
MAR. Pero hoy solo gozar...
CÁR. Y ya mañana
Volver á padecer.—¡Suerte maldita!
Pues entonces gocemos el presente...
¿Sientes mi corazon cómo palpita?
¡Fatalidad, por Dios!
(*Reparando en el jóven que entra.*)

ESCENA VI.

HOMBRE 4.° *y* DICHOS.

H. 4.° Unas pastillas
Para endulzar la boca... Hola, señores.—
Vaya un merengue.
CÁR. *(A María).* Inapiadada suerte.
MAR. No tomo.—Gracias.—No.
H. 4.° Están mejores
Las pastillas.
MAR. Tampoco, muchas gracias.
H. 4.° Pues entonces, salud. (Ya lo adivino).
(Váse).

ESCENA VII.

CÁRLOS, MARÍA.

MAR. ¡Qué habrá dicho, por Dios!
CÁR. ¡Que nunca quiera
Un momento ser grato mi destino!
¿Qué habrá dicho? ¡Dá gracias á tu padre
Si la maledicencia te acrimina!
MAR. ¡Si supieran amar como tú amas!
CÁR. No se puede vivir en tan contínua
Fatal agitacion... Es necesario
Un partido tomar, cualquier que sea
Siempre que á nuestra suerte se dirija,
Siempre que por su senda no se vea
El genio ó el demonio que nos sigue
Para hacernos sufrir.
MAR. ¿Y cuál?
CÁR. Atiende...
(Cárlos hace un movimiento de impaciencia al ver los nuevos personajes.)
MAR. ¡Serenidad! mi situacion comprende.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELISA, *algunas* DAMAS *y* CABALLEROS.

ELI. Tomaremos unos dulces...
Á ver... Aquí hay unas frutas...
Tome usted sin cumplimientos...
Señores, ménos pinturas,
Y hagan mi personería
En la mesa. Sola una
No puede acudir á tantas *(A María.)*
Atenciones... ¡Criatura! *(A Cárlos).*
¿Tú sin bailar?... Caballero...
MAR. Me sentia con alguna
Incomodidad y vine...
CÁR. Á tiempo que mi fortuna
Me hizo pisar este sitio
Para servir su hermosura
Saludo á mi bella amiga,
Apura tu suerte injusta
Y sufre más, corazon!!
ELI. Y yo tengo la fortuna
Mi desleal caballero,
De veros en mi tertulia.
¿Qué dias? Un mes lo ménos
No veia á usted... ¡ya! las musas
Son niñas tan seductoras,
Que á sus queridos subyugan
Hasta encerrarlos con llave...
Nos sentaremos... Es mucha
La concurrencia en la sala,
Y tanto bailar abruma.
Conque en fin, amigo mio,
Espero de usted excusas
Por sus olvidos.
CÁR. Injusta
Es usted, amable Elisa;
Es tanto lo que me ocupa
En estos dias, que tengo
Que sufrir la suerte dura
De no visitar á usted,
Pero en cambio de esto, nunca
Sale usted de mi memoria.
ELI. ¿Sí? Pues usted, no presuma
Que por mí sola le absuelvo;
Si estas señoras me ayudan,
Entónces sí. ¿Creen ustedes
Que es bastante esa disculpa?
¿Le perdono?
S. 1.ª Doy mi voto
Por su perdon.
S. 2.ª Fuera mucha
Mi crueldad, si no dijera
Lo mismo.
ELI. Con su fortuna
Y el auxilio de estas damas
Está usted libre de culpa.
CÁR. Así lo esperaba yo.
Hay siempre tanta dulzura
En las señoras...
S. 1.ª Parece
No las llama usted injustas
Como muchos...
CÁR. No, señora;
Jamás he puesto entre dudas
La bondad de una mujer,
Y es, señora tan profunda
Esta conviccion en mí,
Que quizás no crean muchas
Lo siguiente. Si algun dia
Me pusiera la fortuna
En trance tan apurado,
En situacion tan adusta,
Que para salir debiera
Precisar de eterna ayuda;
Y mirara en torno mio
Á cuantos hombres me juran
Su amistad y su cariño,
Y una mujer á quien nunca
Hubiera visto en el mundo,

Lleno de confianza oculta
Diria, «mujer, salvadme.»
Y la mujer noble, pura,
Sin cálculos, sin temores,
Y sin pretension alguna
Se arrojaria á mi auxilio
Como un ángel de ventura.

H. 4.° *(A otro)* Pinturas de los poetas.

S. 2.ª Es la primera alma justa
Que he conocido en un hombre.

ELI. Se me ocurre una pregunta,
Amigo mio, no atino
Porque usted tanto se oculta
De las damas, si de ellas
Tanto como dice gusta.
¿No sabe usted que sería
Una completa ventura
Para una jóven tener,
Un alma como la suya
Subyugada con sus ojos?

CÁR. Lo que usted llama fortuna
Lo creo tan pobre cosa
Que no lo ofreceré nunca.

ELI. A lo ménos á sus versos
No les dé usted sepultura
En sus gavetas; imprímalos
Y ya no serán tan nulas
Nuestras horas Vea usted
Hoy todo el mundo se ocupa
En hablar de guerras, muertes,
Y de mil cosas que asustan
A nosotras. Los maridos,
Desde que se desayunan
No nos hablan de otra cosa
Que de tiranos, de luchas,
De política, de enredos,
Que de nosotras ninguna
Hay que entienda una palabra.

S. 2.ª Por supuesto.

S 1.ª Es cosa dura.

MAR. Pero los hombres es fuerza
Que hablen de lo que, no hay duda,
Hoy á todos les conviene.

ELI. Cada papa con sus bulas;
De política hablen ellos,
Nosotros de las tertulias,
De los versos, del teatro,
De modas y vestiduras,
Y así cada cual se queda
Con aquello que más gusta.

H.4.° Dice muy bien.

S. 2.° Por supuesto.

ELI. Pero usted, Cárlos, se burla
De nosotras, hoy me han dicho
Que ha entrado usted en la lucha
Periodística! Que escribe
Un papel de mucha bulla
Criticando al ministerio.
¿Es verdad eso?

H 4.° Y asusta
El articulon de hoy
Sobre la asamblea.

CÁR. Es mucha
La propension á asustarse
Entre nosotros. Se abultan,
Amiga mia, las cosas,
Pues si escribe algo mi pluma
En ese papel, es poco:
Por otra parte, no hay duda
Que si el diario es altivo,
No se ha desmandado nunca
Con el gobierno; al contrario,
Cada dia le procura
Iluminar sus medidas,
Y si alguna vez no gusta
De ellas, lo dice al momento
Sin insultos y sin burlas,
Con el deseo tan solo
De que no andemos á oscuras,
Pudiendo con luz andar,
Ya ve usted que se me acusa
Sin razon.

ELI. Pues hay razon;
Sí señor, la hay y mucha;
Pues ese tiempo que gasta
En la eterna baraunda
De política, en su diario
Debia poner alguna
Otra cosa.

CÁR. Ya lo he dicho;
No doy el diario, y nunca
Es probable que consienta
En ser redactor, alguna
Vez que otra, mando unos
Pocos renglones.

ELI. Pues suplan
A esos renglones, prolijos
Versos de amores, algunas
Lindas novelas, artículos
De costumbres, y censuras
De modas; y si usted quiere
Un drama de los que asustan
Con su bullicio y sus muertes,
Y si cuando lo concluya
Cree usted que ha exagerado,
Ó que ha escrito una locura,
No desmaye usted por eso;
Diga que la obra suya
No es suya... que es de Monsieur...
Del primer francés que ocurra;
Y entonces el triunfo es cierto,
Porque es ya tanta la suma
De desafíos franceses,
Que uno más no hará ninguna
Impresion entre nosotros.

CÁR. Fuera mucha mi ventura
Si complaceros pudiera,
Mi bella amiga. No hay duda
Que lo haria con gran gusto.
Si adoptara la censura

Y dijera, por ejemplo:
Que hay una ofensiva duda
De la virtud de las niñas
Entre nosotros, que muchas
Madres mandan á sus hijas
Todavía, que una a una
Vayan sueltas por la calle
Al salir de una tertulia;
Y el brazo de un caballero
Lo desdeñen con astucia;
Que si va una niña sola
Con su criada, la censuran,
Que si es cortés é ilustrada
De su talento se burlan:
Dígame usted ¿no es verdad?
Que diria cada una
¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia!
¿Es la mia esa pintura?
Pues cada hombre, otro tanto
Dice, si se les acusa
Á todos en general,
De alguna idea caduca
O de algun hábito malo...
Para el drama es aun más dura
Nuestra suerte. No tenemos
En lo pasado, ninguna
Relacion con lo presente.
Y lleno de luto y duda
Nuestro presente se muestra.
Nuestro pasado se oculta
Entre una nube europea,
Y cuando usted más lo busca
Tanto más inaplicable
Lo encuentra. Nuestra cuna
No tiene sino treinta años
Señora, mas no es cordura
Querer irse más allá....
De esos treinta años, sin duda
Muchos dramas se podrian
Componer; pero la astucia,
La imaginacion, el génio,
Se quedan sin fuerza alguna,
Al ver que en un mar de sangre
Se habrá de mojar la pluma:
Al ver que quizás ofenda
A alguna entraña insepulta,
Que se agita entre las olas
De ese mar de desventura.

ELI. ¿Pues qué hacer?

CÁR. Nada,
O tener que sufrir muchas
Desazones é inquietudes.

ELI. ¡Pobres poetas!

S. 1.ª Asusta
El oirlos hablar.

CÁR. Iremos
Á la sala, si usted gusta.

ELI. Iremos; tanto me agrada
Conversar cuando no hay luchas
De tiranos, y de guerras,
Que quizá he sido importuna
Con mis amigas. Entremos,
¡Jesús! ¡qué bailar, qué bulla.

ESCENA IX.

CÁRLOS, MARÍA.

Al entrar Cárlos toma de la mano á María y la vuelve á la escena.

CÁR. Aguarda, aguarda, amor mio.
¡Qué terrile situacion!
Tener la risa en los labios
Y el llanto en el corazon...
Ya estamos solos, María,
Hablemos de nuestro amor,
Es lo único que en el mundo
Pronuncia alegre mi voz.

MAR. Advierte...

CÁR. No temas nada.
Solos estamos los dos,
Y en la sala no se acuerdan
De lo que hay en derredor.
Es necesario....

MAR. ¿Qué?.. pronto.

ESCENA X.

DOLORES, FEDERICO *y* DICHOS.

DOL. Te esperan en el salon
Para repetir el canto.

FED. (*A Cárlos.*) ¿Está usted de mal humor?
Se cura con un minuet.

MAR. Voy allá....

DOL. ¿Y usted, señor?

CÁR. ¿Yo? sí.... Bailaré sin duda....

MAR. Iremos juntos los dos, (*A Dolores.*)
Tiene por fuerza que hablarme.

FED. ¡Qué brillante es la reunion!
Venga suted, mi buen amigo....
Venga usted.

DOL. (*A Federico*). Usted, señor,
Conmigo es quien debe entrar
Otra vez.

FED. ¡Ah! corazon,
No me anunciasteis en vano
Que esta noche era de amor. (*Entran*).

ESCENA XI.

CÁRLOS *y* MARÍA.

MAR. Amigo mio, está visto,
Parece una maldicion
Esta pieza—entre el tumulto
Bailemos juntos los dos,
Y así podremos hablarnos
Con ménos interrupcion.
Vamos.

CÁR. ¿Ves esto, María,
Ves este tenaz rigor
Con que la suerte maldita
Me ha perseguido aquí hoy?
Pues es diminuta copia
Del cuadro de maldicion,
Que representa mi vida
Desde que ví el primer sol.
Siempre obstáculos, reveses
De un destino abrumador,
En cuanto toca mi mano,
En cuanto vé el corazon;
Y para mayor tormento,
En cada paso que doy
Veo el placer á mi lado,
Voy á tocarlo, y veloz
Se escapa de entre mis manos
Burlando de mi dolor.
MAR. No tengas en este instante
Tan negras ideas, no,
Ven á la sala y contentos
Hablemos de nuestro amor.
CÁR. Vamos, vengan infurtunios
Si estamos juntos los dos.

ESCENA XII.

DON ANTONINO, *un* COMISARIO DE POLICÍA *y* DICHOS.

Al encaminarse Cárlos al salon salen los nuevos personajes.—Don Antonino indica al comisario la persona de Cárlos.

ANT. Caballero, escuchad. *Tocando á Cárlos (en el hombro)*
CÁR. ¡Qué audacia!
MAR. ¡Cielos!
ANT. Quiere con vos hablar *cinco minutos*
El señor comisario.
(Toma á María del brazo y entra con ella al salon mirando ántes su reloj).
CÁR. ¡Si hay infiernos
Por qué no me arrebatan de este mundo!
COM. Señor.
CÁR. ¿Qué me quereis? yo no os conozco.
COM. Este pliego...
CÁR. Traed.
COM. (El trance es duro).
(Despues de leer el pliego),
CÁR Esto tambien, gran Dios!!! Tambien des-
¡Otro sueño feliz! Salid al punto. hecho.
COM. ¡Señor!
CAR. ¡Ah! perdonad, no es culpa vuestra
¡Oh! ¡patria mia! si al destino plugo
Que fueras infeliz, por qué no apagas
En tus hijos los rayos de su mente
Y de tu libertad su sed ardiende!!
Por tí voy á sufrir mas no te culpo,
Ni siento más pesar, que tus desgracias.
Vamos ... ¡María!!... Andad... *(Vánse.)*

ESCENA XII.

DON ANTONINO.

Asomándose por la puerta del salon y mirando el reloj.

ANT. ¡Cinco minutos!

ACTO CUARTO.

Decoracion y aparato del acto primero.

ESCENA I.

FEDERICO *y* DOLORES.

FED. Todo lo que usted me dijo,
Lo que me dijo María
Y cuanto á mí me ocurria,
No anduve poco prolijo
En decirle, amiga mia.
Las dos cartas le entregué,
Las ha leido y releido;
En fin, cuanto yo he podido
Hice, y otra vez lo haré,
Sin quedar arrepentido.
DOL. Solo usted es generoso,
Y si por usted no fuera...
FED. Qué!... Si esto es una friolera.
DOL. Aquí sola, sin mi esposo,
A quien esta vez pudiera
Volver los ojos; á quien
Para saber de mi amigo,
Cuando en cada hombre que ven,
Ó encuentran un enemigo,
Ó indiferencia y desden?
FED. Pero á qué cabeza humana
Se le ocurre tal idea?
Decir que el pueblo pelea
Y que en la lucha no gana
La libertad que desea...
Que los dias van pasando.
Que sangre á rios se vierte,
Y sin mejorar de suerte
Nos vamos atrás quedando
Obedeciendo al más fuerte,
Y que en fin, es necesario
Que la juventud ardiente
Levante altiva la frente
Para escudar el santuario
De la ley?
DOL. ¿Y quién no siente
Esa verdad?
FED. Sí, y sucede

Lo que ahora ha sucedido:
Que él en la cárcel se quede,
Y que no haya hombre nacido
Que quiera verse perdido
Por ir á verlo y hacer
Su estado ménos amargo.

DOL. Pero usted.

FED. Tomo á mi cargo
Cada instante el irlo á ver,
Y á lo corto, ó á lo largo,
Algo se ha de conseguir.

DOL. Qué bueno es usted!

FED. Yo poco
Trabajo tengo, y tampoco
Pueden de mí presumir,
Que me haya vuelto tan loco,
Que si visito á mi amigo
Es porque soy escritor;
No tengo, no, tal primor,
Pero estar libre consigo,
Y este es el mejor honor.—
No soy sugeto de pluma
Ni de talento afamado,
Pero soy un hombre, en suma,
Bueno, tranquilo, callado:
Propio para diputado.

ESCENA II.

MARÍA *y* DICHOS.

MAR. ¡Ah! Federico, he oido
Su voz de usted, desde adentro;
Le ha visto usted? Pronto, pronto...
Me ha escrito! Pero. no es eso...
¿Ha escrito á Dolores?

FED. No,
Porque no ha tenido tiempo.
Un cuarto de hora se ha ido
En leer la carta ó pliego;
¡Pues no era poco abultado
El qué llevé! y en lamentos
Y suspiros y arrebatos
Se fué otro cuarto, ligero,
Y como una hora estuve
Se pasó el resto del tiempo,
En el sermon muy lucido
Que le eché con alma y cuerpo:
Pues le dije: amigo mio,
Usted...

MAR. No quiero saberlo;
Despues me lo dirá usted;
Quiero saber si está bueno,
Qué desea, qué pronuncia,
Todo en fin... Si algo se ha hecho
Por su libertad; si hay alguien
Que se empeñe en el momento
Por él... ¡Dios mio! seis dias,
Seis dias en negro encierro!

FED. Señora, tantas preguntas
Me enredan, y yo no puedo
Desenredarme tan pronto;
Andemos ménos ligero;
Vamos; ¿qué desea usted?

MAR. No lo he dicho ya... deseo...

DOL. Te lo diré, prima mia:
Nuestro amigo está muy bueno.
Federico le ha entregado
Mis cartas, y en el momento
No ha podido recibir,
Como era nuestro deseo,
La contestacion de ellas.
Nadie toma con empeño
Su libertad; temen todos;
Piensan que con el gobierno
Se comprometen, si buscan
Para libertarlo medios.

MAR. No, Dolores, porque Cárlos
Nunca un amigo sincero
Encontró sobre la tierra;
Sino hombres de falso pecho
Desnudos de ingenuidad:
Mil veces, bien lo recuerdo,
Me lo dijo suspirando:
«María, nunca en el suelo
Le dí á un hombre mi amistad,
Sin que ántes de mucho tiempo
Tuviera que arrepentirme.»

FED. No, señorita, no es cierto;
Yo soy su amigo, y de veras,
Y siempre, siempre he hecho
Por probarle mi cariño...
En muchos dias de invierno,
Le he ofrecido mi volanta
Para que salga á paseo;
Le he ofrecido mi caballo,
Le he ofrecido...

MAR. Yo no quiero
Saber lo que usted le ha dado...
Ya me lo imagino. Anhelo
Saber si hay una esperanza
De volverlo á ver ..

FED. Yo creo
Que es probable que así sea;
Pues en ese oscuro encierro
No ha de estar toda la vida.
Pero ya lo dije: un bledo
No es lo que él ha cometido.
Están hechos un infierno,
Diez infiernos, los ministros.
Dicen... Si ya no me acuerdo
De tantas cosas que dicen;
Pero lo cierto del juego
Es que, están como una furia
Y que no dejan un tiesto
Sin tocar y revolver
Porque Cárlos siga preso.

MAR. Qué injusticia!

FED. Yo le habia
Pronosticado todo esto;
Y él mismo ¿qué cree usted?

Él mismo en cierto momento
Me dijo, que era un delirio
Escribir en estos pueblos,
Pues derechito á la cárcel
Se iba á dar con tal empeño.
DOL. ¿Él?
FED. Él mismo; sí señora,
Y cuando hoy, con tono sério,
Porque sério sé ponerme
Cuando me llega el momento;
Le dije: «qué tal, amigo?
Se acuerda usted del proyecto
Que tenia hace muy poco
De no escribir? Pues por cierto
Que lo ha cumplido usted bien.»—
Me contestó revolviendo
Su cabello con las manos:
«Es verdad; bien lo recuerdo
Pero ignora usted, mi amigo,
Que no cumple esos proyectos
Quien ama, como yo amo,
El americano suelo;
Quien como yo le desea
En cada fugaz momento
Del cielo una bendicion?»
Y se quedó satisfecho
Cual si hubiera dicho mucho.
MAR. Siempre, siempre dividiendo
Entre su amor y su patria
Los latidos de su pecho!
FED. En fin no hay que desmayar;
Se está perdiendo un empeño,
Que es el mejor, el que solo
Puede dejarnos contentos
Á todos, quedando libre
Nuestro tan querido preso.
MAR. ¿Cuál es?
DOL. Pronto.
FED. *(A María).* Su padre
De usted. Su tio materno. *(A Dolores).*
¿Pues sabe usted que me gusta
Que no conocieran esto?
¿Quién otro con más influjo
En los jueces y gobierno?
Que les hable, que se empeñe,
Y se verá si no acierto
En lo que digo.—¡Friolera!
Cuando él entra al Ministerio
Edecanes y ministros
Se levantan del asiento.
MAR. ¡Mi padre!
DOL. ¡Pobre María!
FED. Yo no dudo que haya hecho,
Ó esté por hacer alguna
Diligencia; pues recuerdo
Cuantas horas se pasaba
Por delante del damero
Jugando don Antonino
Con Cárlos; y bien que creo
No habrá de encontrar quien tenga
Como Cárlos tal empeño
En complacerle.
MAR. Su vida
Le habria dado contento.
FED. Con que, amigas, yo me marcho
Á ver á Cárlos de nuevo,
Y llevarle unos habanos,
Como el mejor pasatiempo.
Ya ven ustedes —el dia
Lo paso yendo y viniendo.
De aquí allá, y de allá aquí;
Pero en fin, yo me divierto
Con hacerlo, pues maldito
Si sé en qué pasar el tiempo.
MAR. Sí, vaya usted, vaya usted,
Sea usted tan solo el bueno
Que de su suerte se duela.
Dígale usted que no tengo
Sino una idea, un...
DOL. María,
Yo hablaré con más acierto:
Dígale usted que pasamos
María y yo los momentos
Pensando en él; que no hay duda
Habrá de ser pasagero
El tiempo de su prision,
Y que para distraerlo
Se olvide de cuanto pasa,
Y entregue su pensamiento
Á lecturas, ú otras cosas;
En fin, que cuanto podemos
Hacemos por él.—No más.
FED. ¿No más?
MAR. Que tengo mi pecho...
DOL. Muy afectado hace dias
De un resfrío, pero esto
No lo diga usted, no vale
La pena de retenerlo.
FED. Con que entonces?
DOL. Nada más.
MAR. Vuelva usted pronto.
FED. Hasta luego. *(Váse.)*

ESCENA III.

MARÍA, DOLORES.

DOL. Es preciso, amiga mia,
Más moderacion, por Dios,
¿Quieres acaso que todos
Se impongan de tu dolor?
¿No basta que yo lo sepa,
Que guarde en mi corazon
Tus lágrimas, tus suspiros,
Y cuanto exhala tu voz?
MAR. ¿Qué me importa de los otros
La necia murmuracion?
Yo le adoro, y donde quiera
Confesaria mi amor;
Mi amor que es toda mi vida,

Mi felicidad, mi Dios,
Y que ante él desaparece
Cuanto hay en la creacion...
Las almas de crudo hielo
Ríanse de mi dolor,
Ellas no tienen pasiones,
Y á todas desprecio yo.

DOL. María, ya es necesario
Que cese tu situacion
Llena de llanto, de penas,
De incertidumbre y dolor.
Si no te importa tu suerte,
Ten siquiera compasion
De la de Cárlos.

MAR. ¿Qué dices?
No hay en el mundo un dolor,
Un sacrificio, el más grande,
Que no lo soporte yo,
Porque él sea venturoso?
¿Qué debo hacer?

DOL. Plugo á Dios
Encender en vuestras almas,
Un afecto que creció
Rodeado de lo más dulce
Que le brindaba el amor.
Pero si Dios desde arriba
Vuestras almas anudó,
La sociedad ha querido
Que no exista tal union.
Y la sociedad, María,
Poco se cura de Dios,
Pues dice cada momento
«Aquí abajo mando yo.»
Tu sabes que siempre ardiente
De Cárlos el corazon,
Si trato de separaros,
No dá oidos á mi voz,
Y el separaros, María,
Es tan necesario hoy,
Que si ántes yo me afanaba
En proteger vuestro amor,
Ahora conozco que es fuerza
Su fatal separacion.

MAR. No la propongas jamás,
Que rasgas mi corazon.

DOL. Sí. Mi vida, algunos años
Bien sabes apareció,
Ántes que la vida tuya,
Y porque así plugo á Dios
En sus ocultos arcanos,
No fué igual tu corazon
Al corazon de mi pecho.
El tuyo siempre abrigó
Muy exaltadas pasiones,
Y á tan fatal condicion
Unió la naturaleza
Sensibilidad y amor.
Menos pródiga conmigo
Tanta pasion no me dió,
Pero me dió generosa
Mucho peso en mi razon.
Tú te exaltas, te conmueves
Al primer soplo veloz,
Y despues eres juguete
De tu mismo corazon;
Yo á todas las impresiones
Les doy su justo valor,
Y ántes que agiten al alma
Las ha visto mi razon.
Por tus dones, tú no pruebas
Sino infortunio y rigor;
Con los mios, más felice
Bien sabes que vivo yo.
Hallé un hombre que amaba,
Y sin ser febril mi amor,
Le dí tranquila mi mano
Y le dí mi corazon.

MAR. ¿Y por qué no he de ser suya
Si tambien le encuentro yo?

DOL. No me interrumpas. Muy jóven
Pisé el primer escalon
De ese brillante palacio
Que deslumbra en su exterior,
Y que sociedad le llaman,
Por sarcasmo, creo yo,
Pues todo está en él disuelto
Y en perpétua confusion.
Allí conocí que habia
Muchas sendas en redor,
Cuasi todas, bellas, grandes,
Llamando la admiracion.
Mas la mujer, una sola
Debia correr veloz
Quizá la peor de todas;
La senda del corazon.
Para los hombres, la gloria,
El poderío, el valor,
Cuanto hay de hermoso en la tierra,
Dependiendo de su voz;
Para la mujer, tan solo
Un imperio—el del amor
En él está nuestro mundo,
Nuestra gloria, y nuestro Dios;
Y hace quien le sacrifica
El sacrificio mayor.
Pues bien, si cabe en tu alma,
Como dices, tanto amor,
Por el mismo á quien adoras
Sacrifica esa pasion.

MAR. Él no será venturoso
Y su suerte quiero yo.

DOL. ¡Su suerte! Puede tenerla
Cuando ni escucha tu voz?
Tú misma quieres más llanto
Que el que vierte tu dolor,
En cada instante del dia
Con tan cruel agitacion?

MAR. Lloro por él.

DOL. No conoces
Que tu padre en su rigor,

Primero querrá que mueras
Que avenirse á tu pasion!
Y en tal estado ¿qué quieres?
Un escándalo por Dios?

MAR. (*Con mucha espresion*).
«Con que no hay otro remedio
En tan dura situacion,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor?»

DOL. No, María, el tiempo cura
Las llagas del corazon,
Y lo que hoy más te conmueve
Mañana verás que no.

MAR. ¡Insensata! ¿tú no sabes
Que hay almas en que el amor,
Es una nueva existencia
En que el alma se anidó?

DOL. Cárlos es jóven, mil cosas
Reparten su corazon,
Y si no escucha á María,
De su patria oirá la voz.
En los primeros instantes
Mucha será su afliccion.
Pero al cabo, de su pecho
Irá saliendo el dolor,
Y entonces ¡de cuántas penas
Se habrán librado los dos!
El esposo que hace tiempo
Tu padre te destinó,
Es jóven, es caballero.
Y si no puedes tu amor,
Tu fina amistad al ménos
Le darás, lo espero yo.

MAR. Y no has pensado algun dia
En el martirio, el horror,
Que habrá en entregarse á un hombre
Á quien no ama el corazon?
Que entre sus brazos estando,
En vez de sentir ardor,
Se sienta frio en el alma
Con el beso que imprimió?

DOL. Sé solamente María,
Que no hay infortunio atroz,
Que no mire traslucirse
Á través de tu pasion.

MAR. «Con que no hay otro remedio
En tan dura situacion,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor?»

DOL. ¡María!

MAR. Por fin, Dolores,
Ruega que no quiera Dios,
Se aproxime el trance amargo
De sofocar mi pasion.

ANT. (*Dentro*). Díle que no tarde mucho
Porque esperándole estoy.

DOL. Viene tu padre, María,
Ya te he aconsejado yo,
Ahora quedan mis palabras
Al juicio de tu razon.
Solo una cosa,—recuerda
Que si en tu pecho hay amor,
En esta casa hay disgustos
Desde que vemos el sol.
Tu porvenir está oscuro,
Tu amante en una prision. (*Váse*).

ESCENA IV.

MARÍA, DON ANTONINO.

Don Antonino entra por la puerta de la derecha á tiempo que Dolores se retira por la de la izquierda.

ANT. Parece que no ha gustado
Á mi sobrina el mirarme,
¡Bueno! pretenden cansarme,
Tratarme como un criado.....
Pues no digan de repente
Que soy un viejo insufrible,
Que soy grosero, insensible,
Y hasta torpe con la gente.

MAR. Señor, nunca nuestro labio
Pronuncia tales acentos,
Ni quizá en los pensamientos
Abrigamos tal agravio,
Dolores tuvo que hacer
Y fué á sus ocupaciones.

ANT. Nunca te faltan razones
Cuando quieres defender;
Para tí, todo está bueno.

MAR. Siempre que lo creo justo.

ANT. Ya se vé! soy tan injusto,
Que por eso entre tu seno
Ya no hay amor ni obediencia.....

MAR. No, padre mio, eso no;
Siempre la misma soy yo.
Y mi padre en mi existencia
Siempre tendra su lugar.

ANT. Pues! Y en cuanto yo deseo
Desobedecerme veo,
Hasta obligarme á mandar!

MAR. No, padre mio, María,
Siempre será lo que ha sido ..

ANT. Pues bien, si hube presumido
Que en mi hija ya no habia
La sumision, el esmero
Que en otros tiempos miré,
Bien pronto conoceré
Si fué mi juicio ligero,
Ó si pensé una verdad.

MAR. Cielos!

ANT. Enrique ha llegado,
Y sabes le he destinado
Para tu felicidad.
Hemos hablado muy largo
Sobre tu enlace, te quiere,
Y á otras muchas te prefiere,
Muy pudientes sin embargo.
El matrimonio es brillante,

Él es bueno; su fortuna
No halla igual en caja alguna
Del más rico negociante.
Hoy debe comer conmigo,
Hoy debe todo ajustarse,
Y esta semana cerrarse
El matrimonio contigo.
Pero á qué viene ese llanto?
Piensas que no he meditado
Sobre todo el resultado
De este enlace, y todo cuanto
Sacaremos de provecho?
Vamos, sé dócil María,
No quieras con tu porfia
Provocar á mi despecho.

MAR. Padre mio, no soy yo
Quien habla en este momento;
Es un escondido acento
Que está pronunciando: NÓ;
Es una voz que vomita
Cada aliento de mi vida,
Que en cada seno se anida
Y en cada fibra se agita.
Mi corazon ya no es mio,
Y el mismo Dios no podria,
Con su inmenso poderío
Trasmutar el alma mia.
Amo, señor.

ANT. Insensata!
Y ese amante tan querido
Será el loco y atrevido
De Cárlos? Mozo que trata
De engañarte, de perderte.

MAR. Nó, padre mio, eso nó;
Contenta sufriré yo
Que me den, hasta la muerte,
Pero no escuche mi oido
Que le ofenden sin razon,
Que al honor su corazon
Agita en cada latido.
Á Cárlos, señor, adoro,
No con amor, con delirio,
Con un deleite ó martirio
Que en mi existencia atesoro.
Y pedirme que le olvido
Es tan inmenso imposible,
Como dejar insensible
El alma mientras se anide.
Y creer que á otro he de amar,
Es pensar puedan los muertos
Entre sus despojos yertos
Otra existencia abrigar.

ANT. Esta muchacha está loca!
Ven acá; díme ¿qué intentas?
¿Cuál esperanza alimentas?
¿Qué te vá, ni qué te toca
Con abrigar tal pasion?
Qué te promete ese hombre,
Que toda su plata es nombre,
Y versos su profesion?
Un hombre que no respeta
Ni al gobierno, ni á mí mismo,
Charlando con pedantismo
En la maldita gaceta....
Á ver? que su poesía
Le saque de donde se halla.
¡Y quiera Dios que no vaya
Más léjos al ser de dia!

MAR. ¿Qué dice usted, padre mio?

ANT. Que con justicia el gobierno
Se ha puesto como un infierno
Por su insolencia... y no fio;
Hay quien dice sin disfraz,
Que en la próxima mañana
Habrá no sé qué jarana
De destierros y algo más.

MAR. Señor, señor, por piedad!
Por cuanto en el mundo adora,
Sálvelo usted sin demora
De tan terrible maldad...
Su influjo, sus relaciones,
Cuanto necesario sea...
Vaya usted, indague, vea,
Arránquele sus prisiones,
Vuelva á decirme propicio
Que no hay temor por su suerte,
Y venga despues la muerte,
O el más grande sacrificio.

ANT. Sería empresa taimada...
Sí, muy bonito, muy tierno
Está conmigo el gobierno
Desde que no le doy nada...!
Yo no veo más que uno
Que mucho podria hacer...

MAR. No hay momento que perder.

ANT. Pero si es tan importuno
Que tu enojo causaría.

MAR. Por Dios, por Dios, padre mio.
Si hoy le miré con desvío,
Ahora adorarlo sabria
Si á Cárlos puede salvar.
No hay sacrificio que espante
Si ha de salvar á un amante
En horas de peligrar.

ANT. El tiene influjo, y es rico
Y puede... creo ha llegado;
(Mirando adentro).
El ha de ser... me he engañado,
El que viene es Federico.—
Voy á escribirle. Contenta
Recíbelo, con dulzura,
En fin, con esa ternura
De mujer, que tanto alienta
Al que es corto de palabras...
Salvas á Cárlos con eso,
Y sin pensarlo, al exceso
Tu felicidad te labras.

Váse por la puerta de la izquierda. Maria cae desfallecida en una silla.)

ESCENA V.

MARÍA, FEDERICO.

Entra Federico manifestando agitacion y cansancio y cuando repara en María, despues de los primeros versos, toma una silla y se sienta á su lado.

FED. Pues señor, ya no les busco,
Que ya esto es mucho sudar,
Corriendo por todas partes,
Sin el tal hombre encontrar.
María! qué gracia! acaso
Por simpática amistad
Tambien se ha enfermado usted?
MAR. No, Federico, no tal;
Fué un desmayo pasajero
Que me vino á molestar;
Pero, ó no lo he comprendido
O de ajena enfermedad
Me ha dicho usted algo...
FED. Sí.
Sí, señorita, otro hay,
Que está llevado al demonio
Con una fiebre brutal.
MAR. Cárlos?
FED. El mismo, señora.
Pues qué, mi cara no está
Diciendo cuanto he corrido,
Buscando por la ciudad
El médico que le asiste
Cuando le ataca algun mal?
MAR. ¡Dios mio, todo tu enojo
Hoy me mandas sin piedad!
Pero qué tiene?... hable usted.
FED. La fiebre más infernal
Que he visto en toda mi vida.
Cuando hoy ántes de almorzar,
Estuve á verlo, me dijo:
Que cierta incomodidad
En el pecho y la cabeza
Le empezaba á disgustar.
Yo me vine á ver á ustedes,
Me fuí despues á almorzar,
Me voy otra vez á verlo,
Y un susto de Satanás
Me llevo al abrir la puerta.
MAR. ¿Qué?
FED. Estaba sin pestañear,
Tendido sobre la cama
Cual un muerto—llego más,
Le llamo, no me contesta;
Le toco, y pensé tocar
Una llama en vez de mano,
¡Qué fiebre descomunal!
De repente, entrecortada
La palabra, quiere hablar,
¡Y qué hablar de desatinos!
Qué propension de nombrar
Á María, y á su pátria,
Y á presos y á libertad,
Y... qué sé yo cuantas cosas,
En fin, un delirio tal
Que me hizo á veces reir.
MAR. ¡Infeliz!
(*María mientras habla Federico, estará como ocupada de un pensamienlo profundo,—sin dar atencion á lo que la dice.*)
FED. Sin más ni más
Con el alcaide hablé luego;
Le pude al cabo ablandar,
Vimos que era necesario
Un médico, y además,
Mientras se le procuraba,
Hacer á Cárlos sudar,
Echándole cuanta ropa
Se podia presentar;
Y yo le eché sus frazadas,
Su capa, tambien un frac,
En fin, cuanto hallé á la mano
Para hacerlo traspirar.
Despues salí,—he corrido
Por entero la ciudad,
No hallo al médico, y no sé
Qué partido he de tomar.
MAR. Yo si lo sé, le suplico
Que tenga usted la bondad,
De pasar al escritorio
De mi padre, y si allí está
Le diga que yo preciso
Con él al instante hablar.
FED. Con mucho gusto—no puedo
Ni un cigarrito fumar.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

MARÍA.

MAR. Perdon, perdon, madre mia,
Si es horrible el pensamiento,
Descienda tu alma un momento,
Hasta el alma de María.
(*Se sienta á escribir manifestando una firme resolucion.—Cierra la carta y la guarda en el seno*)
Ya queda en este papel
El porvenir de mi vida.
¡Corazon, sufre tu herida
Pues que las sufres por él!

ESCENA VII.

DON ANTONINO *y* MARÍA.

ANT. Vamos á ver, qué me quieres?
Es algun nuevo embeleso?
MAR. No, señor; es un asunto,
por mi desgracia, muy sério.
ANT. Los asuntos de mujeres
Siempre son graves, de peso;

Pero, al grano.
MAR. Dice usted
Que Enrique puede al momento
Con su influjo, ó lo que sea,
Salvar á Cárlos?
ANT. Lo creo.
Pero no haria tal cosa
Si recibe un menosprecio.
MAR. Pues entónces, al instante,
Tiene mi mano, mi afecto,
Cuanto usted quiera que tenga,
Si tambien en el momento
Cárlos tiene libertad.
ANT. Muy bien, yo me comprometo
Para que consienta en todo.
MAR. Otra cosa. Si yo cedo
Á lo que usted me ha pedido
Ha de ser, y no hay remedio,
Fijando dos condiciones:
La primera, que al momento
Salga Cárlos; la segunda
Que en el dia venidero
Seré de Enrique la esposa.
ANT. No habrá que perderse el tiempo.
Hoy mismo si tú lo quieres.
MAR. No, señor, mañana; quiero
Ver ántes á Cárlos libre,
Despues, mi alto casamiento.
Consiente usted?
ANT. Lo repito.
MAR. (Entónces ya no hay un medio!)
ANT. Volveré. (*Váse por la derecha*).

ESCENA VIII.

MARÍA, DOLORES, FEDERICO.

DOL. (*A María.*) Te procuraba.
MAR. (*A Federico.*) Esta carta es un misterio
Que dá la muerte á los vivos,
Y dá la vida á los muertos...
Si Cárlos puede leerla,
Su fiebre cesará luego.
FED. Al instante—hasta despues. (*Váse*).
DOL. Sabes el triste suceso?
MAR. Ven á preparar mis galas;
Mañana es mi casamiento.

ACTO QUINTO.

Alcoba de María, puerta al foro. Sobre una mesa una escribanía con luces.

ESCENA I.

MARÍA, DOLORES.

María sentada delante de un espejo poniéndose alhajas, Dolores á su lado.

MAR. Te parezco bien, Dolores?
DOL. Como nunca, en este instante,
¿Mas, porqué de tu semblante
Se marchitan los colores?
¡Ah lo comprendo, María,
El sacrificio es violento,
Mas siquiera este momento
Haz que brille la alegria.
MAR. ¡Qué ocurrencia! Alegre estoy.
¿No ves mi risa vagando?
¿No estoy perlas ostentando?
Muy venturosa que soy.
¿No es el dia de mis bodas?...
DOL. No, María, tú me engañas;
Tus ideas son extrañas,
Y tus expresiones todas
Traen un no se qué de horrible
Que me hacen extremecer.
Mirando al reloj.
MAR. Las ocho deberán ser
¡Las ocho! (¡Noche terrible!)
DOL. Vamos, María, al salon,
El sacerdote ha llegado.
MAR. (*Se levanta*) ¿Y mi esposo?
DOL. No ha faltado;
Te espera... Las ocho son.
Hora que vá tu destino
Á fijar en este mundo:
Si hasta hoy te fué iracundo,
Mañana por tu camino
Quizá derrame sus flores;
Que un porvenir más dorado
Tienes quizá reservado
Para olvidar tus dolores.
Ven—al triste sentimiento
Lo sustituirá la calma.
MAR. Verdad es que exhaló su alma
Mi madre en este aposento?
DOL. ¿No lo has oido á tu padre?
Por qué tan triste ocurrencia?
MAR. Ten un poco de paciencia;
Deseo hablar de mi madre
Porque no está en este dia
Para besar á su hija,
Cuando su suerte se fija
Porque el cielo se la envia...
Es tan frágil mi memoria
Que todo se me ha olvidado;
Pero tú, tú has conservado
Una parte de esa historia.
¿Es cierto que al darme al mundo
Perdió mi madre la vida?
DOL. Es verdad.
MAR. ¡Hora homicida!
¿Que el cielo estaba iracundo,
Y el rugir de la tormenta,
De mi madre la agonía
Con mis gritos confundía?
DOL. Es verdad. Tambien se cuenta
Que al instante de su muerte,

Tan cerca un rayo estalló,
Que hasta al lecho extremeció.

MAR. ¡El rayo fué de mi suerte!
¿Y en ese paraje mismo
Señalando el que ocupa el suyo.
Mi madre tuvo su lecho?

DOL. Por Dios, María, tu pecho
Parece un terrible abismo
De las más negras ideas.
Basta ya; no es el momento
De tan negro pensamiento.

MAR. Cesaré, pues lo deseas— (*Se levanta*).
Estoy muy tranquila ya.

DOL. Vamos.

MAR. Aguarda un instante.
Tengo que escribir bastante—
Mi escribanía no está
Lista cual la necesito.
Arregla su escribanía.

DOL. Alguien que se acerca creo;
Nunca haces lo que deseo
Por más que te lo repito.

ESCENA II.

DICHOS, DON ANTONINO, ELISA

ANT. ¿Se concluirá hoy ó mañana
El ajustar el corpiño?

ELI. ¡Hola, la elegante novia!
¡Qué traje tan bello y rico!
¡Que peinado! Vaya, Enrique
Ha hecho bien en ser cumplido,
Y no querer con nosotros
Penetrar en este sitio.
De este modo, con las luces
Del salon y entre el gentío,
Vas á parecerle un ángel
En blandas nubes caido.

MAR. ¡Elisa, tú eres muy buena!

ANT. Sí; pero el tiempo es preciso;
Hace media hora larga
Que espera el pobre Toribio;
El mismo cura que un dia
Te echó el agua del bautismo.

MAR. ¿El mismo, señor?... De veras
La tal ocurrencia estimo.

ANT. Con que vamos... son las ocho
Y está causando fastidio
Á los demás tal demora.

ELI. Semejante era el vestido
Que en mis bodas estrené.
Recuerda lo que te digo:
Dos vestidos recordamos
Las mujeres de contínuo;
El vestido que llevamos
Al primer baile que fuimos.
Y el que llevamos al templo
Cuando el padre nos bendijo:
¿Es cierto, Dolores?

DOL. Sí.

ANT. Vamos, pues.
Vánse — queda la escena un momento sola.

ESCENA III.

CÁRLOS *y un* CRIADO.

MAR. (¡Al sacrificio!)

CRI. Mas, señor, si el casamiento
Se está haciendo en el salon.

CÁR. No importa, me quedo aquí.

CRI Como usted guste, señor.

CÁR. Necesito otro servicio;
Ahí vá por la comision. (*Dándole dinero*)

CRI. ¿Qué manda usted?

CÁR. Al instante
Introducete al salon,
Y con sigilo, á María
Dila la busca un señor.

CRI. Como soy nuevo en la casa
Su nombre no lo sé yo.

CÁR. Dila que «mando que venga»
Y adivinará quien soy.

CRI. ¿Nada más?

CÁR. No más deseo.

CRI. Pues al momento, señor. (*Váse*).

ESCENA IV.

CÁRLOS *solo.*

CÁR. ¡Cómo pesa en mis hombros mi cabeza!
Parece que mi espíritu se ha ido,
Y mis helados miembros desfallecen....
Solo mi corazon lo siento henchido
De una fiebre ó volcan que le devora....
Ah! María! María! tú debiste
Clavar en mis entrañas un acero
Si tan falsa mujer te conociste....
Cuando fuera en mi seno penetrando
En tus ojos, mis ojos espirantes
Embriagados de amor se extasiaría
Bendiciendo mis últimos instantes.
Pero dejar mi vida palpitando
Y á otros brazos pasar en mi presencia...
¡Engañarme, perjura, hasta el instante,
De consagrar á otro hombre su existencia....
Ella que ya conoce mis pasiones,
No temer, que viniera, y en mis brazos
Á ese rival feliz despedazára!
¡No temer que los siga hasta la fosa
Y si unidos allí los encontrára,
De venganza cruel mi sed rabiosa
Alentára el rencor en mis entrañas,
Y ¡malcicion! lanzando al pavimento,
Los descarnados huesos levantando
Los arrojára en trozos por el viento!!
Todo conmovido se arroja en una silla.
Cálmate, corazon... te necesito
Con más valor que cólera en mi seno;
Ya bebiste la gota postrimera

Del vaso inmensurable del veneno.....
Ella debe vivir sobre la tierra,
Llorar en orfandad fué tu destino:
El último dolor que te esperaba
Súfrelo solo, en tu postrer camino.
Mañana quedarás en el sepulcro,
Cual vives en el mundo... solitario;
Pero al ménos allí, si no palpitas,
Tampoco hallarás falso tu sudario.

ESCENA V.

CÁRLOS, CRIADO.

CRI. Hay tanta gente, que apenas
Recien he podido hablarla...
CÁR. ¿Y bien?
CRI. La dije al oido,
Que en la alcoba la esperaba
Un caballero.... al instante
Se quedó como abismada,
Y despues dijo «allá voy.»
Pero es vana la esperanza;
Se terminó el casamiento
Y están ahora en la jarana
De los abrazos y besos,
Y los consejos y lágrimas;
Tan solo la señorita
Está como si acabara
De salir de entre los muertos,
Pálida, triste...
CÁR. Bien, basta;
Véte, no te necesito.
CRI. Me iré pues que no hago falta. *(Váse).*

ESCENA VI.

CÁRLOS *solo.*

CÁR. Se concluyó tu himeneo;
Ven á presenciar el mio,
Con ménos pompa y gentío
Pero más hermoso, sí.
Ven, no demores, María;
Te espera otro juramento
Que harás con tu pensamiento
Para acordarte de mí.
Ven que en tu lecho te espera
Para perfumar tu suerte,
El aliento de la muerte
Que vá mi pecho á exhalar.
Aliento que tibio siempre
Dentro tu seno encerrado,
Creerásme ver á tu lado
Cuando más quieras gozar....
Sí, que al sentir de tu esposo
Ecos de amor en sus besos,
Creerás escuchar mis huesos
Dentro la tumba crugir.
Creerásme ver, cual ahora
Vas á verme al pié del lecho,
Brotando sangre mi pecho,
Agonizar y morir. *(Saca un puñal.)*
¡Ven, oh puñal, á mis manos,
Unica fiel esperanza,
Hasta tí el hombre no alcanza
Para poderte engañar.
Opongan á mis deseos
La fuerza del orbe entero;
Estás en mi mano, acero;
Y por fuerza has de matar. *(Lo guarda).*

ESCENA VII.

CÁRLOS *y* MARÍA *pálida y caminando con lentitud.*

MAR. ¡Cárlos!... ¡Gran Dios!.... ya nada necesi-
El cielo lo trae, y lo agradezco... [to.
(Cárlos se acerca á ella, la toma de la mano, con mucha delicadeza, y la conduce al sofá.)
CÁR. ¿Me conoces, María?
MAR. Diga mi alma
Si está latiendo aun... (Ya lo comprendo).
CÁR. Entónces, óyeme... Díme, recuerdas
(Se sienta á su lado.)
Aquel instante que con puro acento
Te consagré mi fé?
MAR. Sí.
CÁR. Tus palabras
Cuáles fueron, María?
MAR. Las recuerdo.
«Te doy mi amor, y que la luz del dia
La oscurezca á mis ojos el Eterno,
Si te falta mi fé.»
CÁR. Y algun instante
Dudaste de mi amor?
MAR. Él, el postrero
Fuera de mi vivir. Nunca, lo juro...
CÁR. Al conocerte yo, tu pensamiento
No penetró en mi sér un insufrible
Disgusto de vivir; un desconsuelo
Que en mi alma recóndito y tirano
Se abrigaba fatal?
MAR. Porque era cierto,
Mas te supe querer.
CÁR. Y desde entónces,
No viste que exhalaban mis alientos
Con la nueva existencia que me diste
De *vivir* y de *sér* grandes deseos?
MAR. Y tú me referias que anhelabas,
Cuanta gloria enriquece al universo
Para adornar con ella mi cabeza.
CÁR. Y bien, María; ayer estaba preso
Y recibí esta carta de tu mano,
Vuélvela á leer, acaso no me acuerdo.
MAR. «Cuando ama una mujer, y no es propicio
El mundo á su pasion, en el instante
Su corazon arrostra un sacrificio:
Tendrás tu libertad.... seré constante.»
¿Estás contento ya? guarda esta carta.

FIN.